

Isidoro Errázuriz **Tres razas. Informe de los colonos europeos en Araucanía, 1887**¹

(Iván Inostroza Córdova, Editor).

Resumen: Informe del avance de la colonización y los asentamientos de colonos europeos en las provincias de Malleco y Cautín en el verano de 1887, con observaciones generales sobre la economía y la sociedad de las villas y comunidades mapuche, y estadísticas productivas de los colonos de Angol, Los Sauces, Traiguén, Galvarino, Nueva Imperial y Temuco, Lautaro, Quillem, Victoria, Ercilla, Collipulli.

Palabras claves: colonización, colonos europeos, Malleco, Cautín, mapuches

Indice: 1. Angol; 2. Los Sauces 3. Traiguén 4. Galvarino 5. Nueva Imperial 6. Temuco 7. Lautaro 8. Quillem 9. Victoria 10. Ercilla 11. Collipulli.

They summarize: Report of the advance of the settling and the accessions of European colonists in the provinces of Malleco and Cautín in the summer of 1887, with general observations on the economy and the company of the villas and communities Mapuche, and productive statistics of the colonists of Angol, Los Sauces, Traiguén, Galvarino, New Imperial, Temuco, Lautaro, Quillem, Victoria, Ercilla, Collipulli.

Key words: settling, European colonists, Malleco, Cautín, Mapuche

Indice: 1. Angol; 2. Los Sauces 3. Traiguén 4. Galvarino 5. New Imperial 6. Temuco 7. Lautaro 8. Quillem 9. Victoria 10. Ercilla 11. Collipulli.

¹ Isidoro Errázuriz *Tres Razas*, Imprenta de la Patria, Valparaíso, 1892.

I DE ANGOL A TRAIGUEN

En el pequeño departamento de pasajeros del tren que salió de Angol, en dirección a los Sauces, a las 8:30 A.M. de un día del mes de marzo de este año, reinaba una animación, si no considerable, por lo menos inusitada.

Ocupaba asientos, en la sección del carro de sistemas norte-americano destinada a los de primera clase, diez o doce individuos que solamente en fuerza de circunstancias extraordinarias pasaban la antigua y misteriosa Frontera que, durante largos y tristes años, ha separado la cultura de Chile independiente de lo que hemos convenido en llamar la barbarie araucana.

Componiase un grupo especial de estos viajeros del señor Martín Drouilly, Inspector General de las Colonias, en cuya casa de Angol se nos había brindado, desde la tarde anterior cariñoso y cómodo hospedaje, del señor Wharton P. Jones, empleado de la Colonización de Chile en Europa y del Agente General de Colonización, cuyo nombramiento había sido firmado pocos días antes en Santiago.

Un serio propósito de inspección y estudio del territorio colonizado entre Malleco y Cautín animaba a los miembros de esta reducida comitiva.

Mas numeroso, y al mismo tiempo, más animado y bullicioso era el grupo a que pertenecía el resto de los viajeros. Componíanlo residentes acaudalados de Angol y propietarios de terrenos vendidos por el Estado en subasta pública, para quienes el viaje tenía el doble encanto de la novedad y de la aventura, pues se trataba nada menos que de unas carreras de caballos y de un rodeo de animales, que debían tener lugar, el día siguiente, en un fundo a inmediaciones de Traiguén, y a los cuales se esperaba ver concurrir en masa a los agricultores chilenos del Sur del Malleco, y probablemente, también, a artistas de hábitos menos sedentarios e inofensivos que los cultivadores del virginal suelo araucano.

El doble tono de las impresiones del agricultor y del *sportman* se dejaba sentir en las conversaciones de los viajeros. Ponderaban unos la excelencia de las nuevas máquinas segadoras y trilladoras ensayadas este año; otros no se cansaban de contar las hazañas de la cancha y las felices audacias de la carpeta verde.

Era aquella una singular fraternización del trabajo y del azar, que no es, sin embargo, sorprendente en nuestro país. El azar reina en Sud-América desde los tiempos heroicos de la epopeya, en que el conquistador castellano perdía el sol, -el sol de oro de los Incas,- antes de que amaneciera... el sol de los cielos. En cuanto al trabajo, es elemento más moderno en los Estados que educó la España en el nuevo mundo.

Sean cuales fueren las vacilaciones y las faltas que han sido cometidas en todo tiempo por la administración chilena en el manejo de los negocios, y especialmente, de la propiedad territorial pública al Sur de Bío-Bío, es preciso reconocer que, por lo menos, las grandes líneas están diseñadas en el nuevo sistema de ocupación definitiva de estas regiones.

Junto con las medidas de reivindicación y amparo de los terrenos del Estado contra la usurpación de poderosos y pequeños, han venido los remates y la colonización, esto es: el establecimiento de la antigua propiedad considerable, última concesión, -preciso es expresarlo,- al espíritu feudal de la encomienda, y el establecimiento de la propiedad reducida, bajo el régimen del trabajo europeo y del cultivo intensivo.

Y en pos de hacendados y colonos, se han hecho avanzar el riel y la locomotora, sin los cuales la obra de ocupación se desarrollaría muy lentamente y quedarían las nuevas

colonias condenadas a una vida tan difícil como la del esforzado grupo germánico, que ha necesitado treinta años para irradiar de las orillas boscosas de la laguna de Llanquihue a todo el departamento de este nombre y a una buena parte del sur de Chile.

Como se sabe, fue adjudicada, hace años, en virtud de licitación pública, la construcción de una doble vía, de Angol a Traiguén, en línea recta de Norte a Sur, y de Angol a Victoria, con rumbo al Sur-este hasta Collipulli, y en seguida, desde el punto en donde cruzará la barranca del Malleco el soberbio puente que presentaremos como timbre de orgullo del país, con dirección más recta al Sur, hasta la estación de término de Victoria, que no será sino un alojamiento de un día, en la marcha tenaz aunque lenta de la máquina a vapor hacia la playa del golfo de Reloncaví.

Al emprenderse esta importante obra, se pensó que la línea de Angol a Victoria estaría destinada a figurar definitivamente como ramal exigido por el servicio de las colonias y propiedades fundadas en la ceja de la montaña, al paso que la línea de Angol a Traiguén era considerada como la continuación de la espina dorsal de nuestra viabilidad a vapor, y se atribuía a Traiguén la importancia de futuro punto de arranque de la prolongación de la línea férrea central hasta Osorno y Puerto Montt.

Posteriormente, se ha reconocido que la región montañosa que va a recorrer, de Norte a Sur, el ferrocarril a Victoria, es la que, realmente, continúa el gran valle central de Chile, debiendo, en cambio, ser considerada la comarca que principia a acarrear sus frutos por el ferrocarril Angol- Traiguén como la faja más importante del valle de la costa, dividida en esta parte de nuestro territorio, por los cerros de Nahuelbuta, en dos secciones desiguales, la más estrecha de las cuales queda del lado del mar y contiene las poblaciones de Arauco y Cañete y la colonia de Contulmo.

No era posible, en efecto, insistir por mucho tiempo más en el error primitivo, en presencia de los caracteres tan marcados de cada una de esas regiones y de las analogías de ambas con cada uno de los valles correspondientes en que está dividido Chile al Norte del Bío-Bío.

De este trastorno en las apreciaciones, ha provenido, necesariamente, un cambio en los futuros destinos, la importancia de hoy y de siempre, de las dos líneas que arrancan de Angol. La de Traiguén ha pasado a ser considerada como el ramal, y hay motivo para esperar que el que debió ser el ramal a Victoria, elevado ya en el concepto de público y gobierno a la altura de prolongación del ferrocarril central, será continuado hasta la margen. Norte del Cautín, de donde, cobrando nuevos bríos en fuerza del progreso y el enriquecimiento de estos lugares y del aumento de la población entre Cautín y Toltén, se lanzará de nuevo hacia el Sur, para no descansar sino el día en que el humo de la locomotora se confunda con las ágiles nubes que beben las aguas del canal de Chacao y del seno de Reloncaví.

En el curso de la construcción de estas líneas del Sur, han surgido dificultades e incidentes judiciales que, naturalmente, han producido demoras con que no se contaba.

El hecho es que el plazo de más de treinta meses, fijado para la entrega, ha comenzado a correr hace poco tiempo, y que, entretanto, la parte de las dos líneas que se halla terminada, esto es, la de Angol a Collipulli, en el trayecto a Victoria, y la de Angol a Quilquén, estación situada a dos leguas de Traiguén, es explotada por cuenta de los empresarios, tanto para el servicio de las faenas de construcción cuanto, también, en beneficio directo de los agricultores, que, en este mismo año, han podido confiar a los transeúntes una parte de la inmensa cosecha que se perdía, en años pasado, por falta de elementos de acarreo.

Se espera, con fundamento, al parecer, que el próximo verano, los vecinos de Traiguén verán llegar la locomotora a las puertas de su floreciente ciudad. En la línea Angol-Collipulli Victoria, depende, especialmente, el progreso de los trabajos de la terminación del puente sobre el Malleco, que, en este mismo otoño, cruza el océano, embarcado por fragmentos en cuatro grandes buques de vela, entre Inglaterra y Talcahuano.

Mientras tomo nota de estas primeras noticias e impresiones destinadas a servir de base a una indagación más seria, el tren que nos conduce continúa su marcha con lentitud, deteniéndose en un punto para tomar a remolque trenes llenos de piedra, que cargan en las bocas de las canteras, y otros materiales de construcción de la línea, y en otro para desembarcar empleados de la empresa, que son conductores de fondos para el pago de diarios de las cuadrillas de trabajadores.

Estas demoras me permiten convencerme, hasta dónde es dado formar juicio cabal a una persona que no es del oficio, de que los trabajos de construcción de la línea han sido y continúan siendo ejecutados con especial esmero. Desfila ante mi vista una serie no interrumpida de cortes, revestimientos, albañales, en que se ha empleado excelente material y cuidadosa labor.

Atravesamos, sin embargo, aquí y allá, hondos cauces que se llenan de agua, de ruido, de espuma y de amenaza con los torrentes invernales, de manera que, para la entrega de estas secciones, habría siempre que aguardar la construcción de los puentes definitivos, algunos de los cuales se ve ya principados o en progreso, al lado de la línea.

Circulan, entre los viajeros de nuestro reducido departamento, alarmantes leyendas sobre la lentitud que emplean en su marcha estos trenes, que son todavía más bien del servicio interno de la empresa constructora y solamente de una manera subsidiaria trenes de acarreo público de personas y mercaderías. Sin embargo, dos horas después de haber salido de la estación inicial de Angol, a las 10:30 A.M., nos encontramos en los Sauces, y nos echamos a recorrer, en busca de almuerzo, las tristes y sucias casuchas de madera que llevan el título de fondas en este villorrio improvisado en una desierta colina, muy semejante por su aridez, su abandono, sus cajas rotas de conserva y sus rápidas y frágiles construcciones de madera a los que improvisan los mineros y el comercio que vive de las minas en los desiertos de arena de Atacama.

Hemos recorrido 34 kilómetros en dos horas. No sería esto gran cosa en la parte del país que cuenta ya con servicio antiguo y normal de ferrocarril. Sin embargo, viajar con toda comodidad, en un carro de sistema americano, en donde es posible cambiar de asiento según el interés que ofrece, alternativamente, la comarca, a uno u otro lado de la línea, y viajar con una velocidad continua, igual a la del mejor carruaje arrastrado por vigorosos caballos en calzada de macadam, es algo con que uno puede darse por muy satisfecho en un punto del territorio de Chile que, hasta hace pocos años, se hacía notar por la lentitud con que se efectuaba el viaje de entrada y la precipitación con que se emprendía, a menudo, el viaje de vuelta.

Arauco!, la resistencia inmortalizada por la epopeya, la larga y desastrosa contienda de la Frontera, con su episodio tremendo de la guerra a muerte y el episodio menos salvaje pero, hartamente dramático también, de los Pincheira; Arauco!, el misterioso teatro de la creación levantada de Ercilla y del idilio encantador de Pineda Bascuñan; todos los ecos vienen repitiendo *Arauco!*, a medida que se avanza e el suelo consagrado por el heroísmo y la poesía; y mil recuerdos vagan flotantes en la atmósfera, y hacen palpar más ligero el corazón, *Arauco!* Exclama, sucesivamente, el viajero chileno en las márgenes del Bío-Bío, del Malleco y del Regüe.

Pues bien, -preciso es confesarlo,- un desencanto profundo, abrumador, asalta en los umbrales de *la tierra*, el espíritu embriagado por los recuerdos de la eterna batalla y por los efluvios de poesía de que está cargada la atmósfera histórica de Arauco. ¿Dónde están las huellas de todo lo grande que se ha verificado aquí durante tres siglos? ¿Dónde está, sobre todo, el bosque, el bosque virgen, impenetrable, que amparaba con su sombra los secretos conciliábase de la resistencia y a favor del cual preparaba el indómito indígena sus asaltos contra las ciudades y lo campamentos del conquistador?

Ah! En toda la comarca que atraviesa el ferrocarril, desde el Bío-Bío hasta Angol, y en seguida, a lo largo de las márgenes del Regüe, que corre de Sur a Norte, escondido en el fondo de una barranca, acompañando la línea por el lado del poniente, no descubren las miradas curiosas e inquietas un solo rastro del pasado inmortal, a no ser una pequeña torre que servía de abrigo a las avanzadas de la fuerza chilena, y el bosque ha sido completamente destruido, o lo que es más probable, no existió jamás, en esta zona que, como he dicho antes, debe ser considerada como la continuación del valle de la costa, sino en grupos modestos a orillas de los ríos o arroyos.

Falta el bosque, y lo que es más serio para el porvenir agrícola de esta región, falta, también, el agua.

Para el servicio de las miserables habitaciones que asoman, de tarde en tarde, a enormes distancias unas de otras, empinadas generalmente en la cumbre de árida colina, hay que acarrearla del fondo de algún modesto curso de agua. Para la bebida del ganado, es menester cavar pozos en los lechos de los esteros, que, este verano, continuando dignamente uno de los inviernos más secos de que hay memoria en todo el país, ha hecho desaparecer de la superficie.

Lo que caracteriza el paisaje y bastaría para establecer la identidad entre el valle que aquí puedo llamar *del medio*, y que está encajonado entre la cordillera de Nahuelbuta, por el poniente, y el macizo de cerros de Nielol, por el Oriente, y el valle que más al Norte llamamos *de la costa*, es el lomaje, el lomaje, que se extiende, hacia el Oriente y el Sur, en interminable oleada, el lomaje virgen para el cultivo, que ha producido y continúa produciendo al sembrador chileno las fabulosas cosechas a que debe el antiguo territorio de Arauco su fama bien establecida, aunque reciente, de granero del Sur.

Lomajes desnudos, a propósito, en toda su extensión, para la siembra, con escasísima existencia de agua para las bebidas, y sin otra provisión de combustible que la que proporcionan las apartadas montañas que los encierran por el Oriente y el Poniente o el hondo cauce de los ríos; he aquí, en resumen, lo que el ojo desencantado del viajero encuentra, al entrar al antiguo territorio araucano, por el ferrocarril de Angol a Traiguén, en lugar de la selva impenetrable y altísima de que la imaginación se ha acostumbrado a suponer a cubierta la virginal comarca.

¡Qué tristes lugares!, piensa en sus adentros el turista, ¡Qué lindos campos!, exclama, por su parte, el cultivador, que, acaso, recorre el país en busca de datos y antecedentes para el próximo remate. Y tanto el turista como el cultivador, cada cual desde su punto de vista especial, tienen razón. Esta vastísima extensión de lomajes desnudos, a los cuales falta hasta el marco grandioso de los Andes, carece de todo encanto para el que busca bellezas de paisaje. En cambio, se ha recogido en ella, en los primeros años de cultivo, hasta 40 fanegas por una; y todavía hay que considerar un rendimiento de 18 y 20 por una como el término medio de un año de regular cosecha.

Pero es evidente que la fuerza productiva del suelo va agotándose con rapidez, y esta circunstancia hace aparecer ante el ojo menos perspicaz un aspecto muy alarmante y desconsolador del cultivo chileno en esta parte del país.

A la barbarie araucana, conservadora de la riqueza de los terrenos, ha sucedido un sistema no menos bárbaro de explotación. Si el sistema de las cosechas sucesivas continúa por algún tiempo más, el empobrecimiento del suelo se hará sentir de tal suerte, que no costeará sembrar, y habrá que destinar los campos a la ovejería.

Entretanto, de los millones que va entrando a los bolsillos de los dueños y arrendatarios que quedará, en la región al Sur del Malleco, ninguna huella benéfica, ningún germen de futura civilización. Si se deja a un lado cierto número de construcciones muy primitivas y provisorias, puede decirse que no se ha edificado. No se ha establecido plantaciones ni trabajo de ninguna especie a fin de aumentar el caudal de las aguas para el riego de arboledas o para la bebida. No se ha cumplido, siquiera, a no ser muy excepcionalmente, con la obligación de cerrar las propiedades.

Al divisar, aquí y allá, en los rastrojos y pástales resecaos por los soles de un largo verano, piños de ovejas y aun algunos vacunos, asaltaba mi ánimo la idea de que, en pocos años más, estos van a ser, acaso, los únicos usufructuarios, los únicos pobladores de la que es hoy una de las más ricas comarcas trigueras de Chile.

Lo que observo hasta aquí no me impresiona muy favorablemente respecto de la acción civilizadora de la más numerosa e importante de las tres razas que, encerradas dentro de las Fronteras del antiguo Arauco como en un palenque, están librando allí entre ellas, silenciosamente, la gran batalla de la existencia y del predominio. El sembrador chileno pasa sobre el suelo, que rinde a su esfuerzo óptimo tributo, como un huracán devorador. No piensa sino en disfrutar de la hora presente. Le haría sonreír desdeñosamente la pretensión de que devolviese a la tierra, en una forma u otra, el vigor que le arrebató. No se preocupa de fundar para el porvenir, ni siquiera de reservar fuerza y recursos.

¡Pobre Arauco, si la civilización de Chile no entrase en acción, al Sur del Malleco, con más elementos que el arado de sus sembradores!

De la más antigua de las razas establecidas en el territorio,-de la familia araucana, vencida y sometida,- no he tenido a la vista, en esta primera jornada, sino escasos y pobres vestigios; la ola de la invasión pacífica, más irresistible, a veces, que la ola de la invasión a sangre y fuego, ha ido arrastrando, sucesivamente, sus restos del Bío-Bío al Renaico, del Renaico al Malleco, del Malleco al Traiguén. Uno que otro mocetón, corriendo en pos de los bueyes de su carreta, espantados por el tren; uno que otro miserable pastor al cuidado de escaso rebaño,-esto es todo lo que he descubierto, en esta parte de los lomajes trigueros, de la belicosa nación que supo defender sus hogares como ninguna otra del nuevo mundo. Escasísimos es ya el número de los *mapuches* en esta región. Casas de indígenas no he visto todavía.

En cuanto a la raza europea establecida en suelo araucano,- la última, y sin duda, la mejor preparada, de las que luchan aquí por la supremacía industrial y social, necesito avanzar más al Sur para encontrar sus representantes y conocer su obra. La colonia que primero visitaré es la que se halla situada en la vecindad de Traiguén. La de Quechereguas está más al Norte que la de Traiguén, pero demasiado al Oriente de la línea de viaje que llevamos, de suerte que debo renunciar a conocerla, a pesar de que me la describen como una de las más florecientes y como aquella cuyo suelo y cuyas colinas mejor se prestan al cultivo de la vid.

Nuestro almuerzo en los Sauces ha terminado. A la puerta de la miserable construcción de tablas que ocupa la fonda, a donde una mala e inquieta estrella nos condujo, aguarda un carrujito americano, de liviano aspecto, pero de sólidas y bien probadas articulaciones, y a él confiamos nuestras personas y escasísimo equipaje. El compañero Wharton P. Jones empuña las riendas con las mismas manos que sujetaron el tren de las 8 A.M. cuando se precipitaba por la bajada de Tabón, y volamos en dirección a Traiguén con una velocidad igual, si no superior, a la que empleará el tren, que debe continuar, en media hora más, su marcha a Quilquén.

El carácter del paisaje no cambia. Del carruaje divisamos, en toda dirección, la misma sucesión de lomas, generalmente suaves, cubiertas de rastrojos y barbechos que admiramos, a primera hora, desde las ventanas del tren. Tenemos sí el consuelo de ver a distancia la casa de un alemán emprendedor, que ha sabido proveerse de agua y ha plantado una buena extensión de arboleda y viña. Otras pocas habitaciones, con cierta apariencia, pero ya en ruinas, a pesar del zinc de los techos y de la pintura de los tabiques de tabla, están proclamando a gritos, desde la cumbre de solitarias colinas, que sus dueños han tenido algún día la intención de residir en las casas de sus fundos de ultra-Malleco, y que han vaciado, una vez siquiera, sobre el suelo generoso de Arauco, el bolsillo que el suelo les llenó año por año desde la hora del remate en la Moneda de Santiago.

Hacia el Oriente, a poca distancia del camino que recorreremos y que es frecuentado por las pequeñas carretas empleadas en acarrear a las estaciones provisorias la cosecha de los fundos vecinos y de más al Sur, desde Traiguén a Galvarino, la línea del ferrocarril se destaca vigorosamente con sus cortes y viaductos. En la parte comprendida entre Quilquén y Traiguén avanza con lentitud la construcción. Esto no impedirá que, como he dicho, los trigos del valle del medio sean embarcados, el año entrante, en la estación de término de Traiguén.

Al cabo de dos o tres horas de viaje, al llegar nuestro vehículo a lo alto de una colina, divisamos de súbito a nuestros pies un amontonamiento pintoresco de edificios con techos de linda teja plana de color encendido. Falta, para completar el cuadro, el hilo de agua, que es el encanto y la arteria vital de las poblaciones de Chile. Falta el árbol, que suaviza las líneas de las pesadas construcciones humanas y es indicio de cultivo inteligente y de prosperidad. No importa; hay animación en la escena que se presenta ante mis ojos. Hay coquetería y limpieza en la ciudad improvisada por la avanzada de la ocupación de Arauco. Después de cinco o seis horas de desierto chileno, es una satisfacción encontrarse de nuevo a las puertas de una población chilena. La que tengo a la vista es Traiguén.

II TRAIGUEN, CIUDAD Y COLONIA

Traiguén es, en toda la extensión de la palabra, un pueblo nuevo. No hace muchos años que el silencio de la barbarie y de la indolencia araucana reinaba en la comarca, en donde los ecos de la colina y la llanura repiten hoy los mil rumores de una civilización activa y vigorosa. La orgía de las juntas de guerra lo interrumpía de tarde en tarde; hoy es el trabajo; hoy son los gritos del sembrador y del cosechero, los ruidos del molino a vapor y del taller, los golpes del constructor y del herrero los que anuncian, desde lejos, el cambio de dominio que ha tenido lugar al cabo de siglos de tan larga espera.

Es una lástima que no se haya dado más ensanche a la planta de la ciudad, que, al trazar sobre el papel el plano de las calles, las plazas y los lugares de recreo y ornato público, los ingenieros militares y civiles no hayan sido inspirados por fe más ardiente en el porvenir. Parecía, sin embargo, después de tan larga y dura experiencia en cabeza propia y en cabeza de vecinos, que la hora de la mezquindad y la estrechez en la edificación de las ciudades hubiera pasado para Chile. Anchas avenidas, como en la República Argentina; parques espaciosos y poblados desde el primer día, -tal es el programa de nuestro siglo. Es una imprudencia injustificable que no se aproveche, para realizarlo, la época en que el terreno no ha alcanzado todavía mucho valor con la aglomeración de pobladores.

Es menester, por lo demás, confesar que, si las autoridades no han estado a la altura del deber y de la previsión, los particulares, en cambio, han dado en Traiguén muestras de que creen en el rápido desarrollo de la ciudad. No han plantado, y en esto han influido, naturalmente, la escasez de agua y la dificultad de traerla en cantidad suficiente para los riesgos; pero han construido con esmero, y en uno que otro caso con atrevimiento. Difícilmente se emplea en el Norte materiales comparables con los pies derechos de roble, el adobillo y ladrillo de los tabiques, y la teja de la generalidad de las habitaciones. La tienda que lleva el nombre de Casa Francesa se halla establecida en un edificio de ladrillo en que se invirtió 20,000 pesos. De más efecto, todavía, es la construcción de altos, de tabique relleno con ladrillo, que está terminado, en una esquina de la plaza, el cervecero alemán Otto, uno de los animosos industriales que han acudido, sin vacilar, al Sur del Malleco, guiados por la estrella del destino de Arauco.

La colonia fundada a inmediaciones de Traiguén es una de las más antiguas y de las más adelantadas, a lo cual han contribuido la feracidad del suelo y la facilidad que presta para el cultivo del trigo.

El grueso de las hijuelas se halla situado al Sur de la población, en donde el río corre al frente de todas ellas. Antes, sin embargo, de visitar el suelo cultivado aquí por el europeo, me tocó conocer a los cultivadores y oír de boca de muchos de ellos la historia de sus experiencias y sus progresos, su aprendizaje y sus esperanzas.

Dos o tres colonos alemanes tienen sus hijuelas al Norte de Traiguén, a alguna distancia de los demás, que son casi todos suizos de lengua francesa y alemana y franceses. Uno de los alemanes, hombre de edad madura, seco y robusto, trabajaba, a unos treinta metros del camino, en compañía de su hijo de doce o catorce años. Tuve curiosidad de conocer la situación de este primer colono que se presentaba a mi vista, y obtuve los siguientes datos:

El colono era prusiano de la Ukermarck, y ha cosechado, este año, por tercera vez, en su hijuela. La papa le dio mal resultado, por la excesiva sequedad del verano; pero recogió 230 fanegas de trigo, fréjoles y diversos granos para su propia alimentación y para la venta. Posee ya 14 vacunos de toda edad y algunos cabalgares. Ha empleado, con buen

resultado, el guano que produce su establo, y ha comenzado a trabajar con caballos. Se declara muy satisfecho con su suerte y en camino de prosperidad.

Según mis informes, este primer tipo de colono no pertenece, estrictamente, a la clase de agricultores. Ha aprendido el cultivo después de su llegada a Chile; pero es hombre trabajador y laborioso, y esto le ha bastado para salir airoso de la doble prueba de la aclimatación y del aprendizaje.

En un año más, la casa de tablas en que hasta ahora ha vivido pasará a formar parte de las dependencias destinadas a establos, graneros, etc., y una sólida y aseada construcción de dos pisos, con techo de zinc o teja, persianas y puertas pintadas de verde, y coronada por cuatro o cinco cañones de chimenea, anunciará a los transeúntes que allí vive una familia para la cual pasaron los años duros y han comenzado los años de abundancia.

Nos instalamos en el salón principal del Hotel, pieza bastante decente, que tiene puerta a la plaza y se presta, así, muy bien para la investigación, que es el principal objeto de nuestro viaje. Los colonos, a quienes se había hecho convocar con anticipación, aguardaban, aisladamente o en pequeños grupos, que les llegara su turno de audiencia, la que emplean, de ordinario, en formular quejas y exigencias.

Después de una comida que habría hecho honor a una mesa de hotel de las provincias centrales, dimos principio a nuestra doble tarea, -el Inspector General de las colonias, a la de oír y resolver reclamaciones, y el Agente de Colonización, a la de interrogar a los colonos respecto de las dificultades pasadas, los resultados de las diversas cosechas, y la importancia de sus construcciones y crianzas de animales.

Muchos de los individuos con quienes estuvimos aquí al habla pertenecían a la colonia de Quechereguas, y eran introducidos por su intérprete, el colono suizo Villiger, uno de los hombres más serios y respetables que conocí en mi excursión.

Se manifestaban los de este grupo muy satisfechos con la cosecha del año y con la perspectiva del cultivo de la viña. Desgraciadamente, aquí como en las demás colonias que visitamos, no eran, en general, los más trabajadores y acomodados, sino los más charlatanes, camorristas y exigentes los que acudían a conferenciar con el Inspector General. El colono bueno en toda la extensión de la palabra no abandona la casa y el campo sino en caso de absoluta necesidad. A muchos de ellos no les habría conocido si no hubiéramos visitado sus hijuelas.

Entre los colonos que más honor hacen a Quechereguas, oí mencionar al suizo Luchsinger, hombre que llegó al país con un pequeño capital de 4,000 francos y al frente de una familia numerosa. Hoy es dueño de 30 animales vacunos y de centenares de puercos, que mantiene a pesebrera, y su cosecha de este año pasa de 300 fanegas. A más de algunos de sus 11 hijos, trabajan, bajo sus órdenes, dos peones chilenos.

Las buenas cosechas no han sido raras, este año y el anterior, en Quechereguas y Traiguén.

El colono español Aguirre, individuo, de muy escasa cultura, como todos los de la misma nacionalidad que han logrado mantenerse en las colonias, ha recogido, este año, más de 300 fanegas; y su compatriota Antero Bazarte igual cantidad.

El francés Pagnaud cosechó, de 7 fanegas de siembra, 170, a más de una buena cantidad de papas y diversos cereales.

Los Basly, padre e hijo, cosecharon más de 400 fanegas de siembra, y declaran que están completamente satisfechos de su suerte.

El suizo Cern, de Zürich, colono de tercer año como los anteriores, cosechó 430 fanegas en su hijuela de Quechereguas, a pesar de habersele quemado no menos de 30. Es dueño de 8 animales, entre vacunos y cabalgares.

Otro suizo de Quechereguas, llamado Schifferle ha cosechado, con ayuda de sus dos niños, su hermano y un peón chileno, 400 fanegas. También ha formado ya un grupo de buenos animales.

El francés Noubrac (de Charente) refiere que llegó a Chile el 22 de Enero de 1886 sin más fortuna que 15 centavos y sus buenos brazos, y ha recogido 150 fanegas. Desea hacer venir su mujer, que quedó en Francia, y está dispuesto a enviarle 100 pesos para gastos de viaje.

Como se ve, no faltan, en Traiguén y Quechereguas, ejemplos de lo que pueden dar si, en nuestras colonias, los cultivadores franceses.

A los que he mencionado ya debo agregar a Farfal, de la Gironde, hombre pequeño y hablador, pero de robusta constitución, que ha cosechado, este año, sin ayuda de nadie, 360 fanegas de trigo, 10 de arvejas y buena cantidad de otros cereales y legumbres. Este colono es uno de los pocos que tienen concluido o por concluir el cierro de su propiedad. Es casado y padre de un hijito. El buen resultado de sus tres años de trabajo se halla corroborado por la circunstancia de que, a pesar de haber llegado sin un cuarto y de faltarle algunos años para devolver al Fisco lo que ha recibido a título de anticipo por su pasaje, mesadas diarios, carreta, bueyes, aperos y semillas, está vivamente empeñado en cancelar completamente su deuda.

Igual deseo manifestaron al Inspector General el suizo Desnières, gran charlatán, pero, también, gran trabajador sujeto muy económico, que ha prosperado sin valerse de más auxiliares que sus buenos brazos, y Dufeu (de Quechereguas), cuya cosecha ha sido, este año, de 360 fanegas de trigo, 10 sacos de papas, etc.

Ha habido, en las dos colonias, individuos de más de 400 fanegas de cosecha, lo que representa ya una suma de dinero para un europeo industrial. Así, en Traiguén, recogió el francés Blairleuil, viñatero de Gironde, 481, su compatriota de Cornbeler 480 y otro francés Moreau 550. Y en Quechereguas, entre los franceses, Sabelle 450, y Dosque 660, - la mejor cosecha de todas las colonias,- y entre los suizos, Kern, 430, Desnières 415, Schurch 420 y Stappungk 450.

De los colonos de esta categoría, y de los que han cosechado de 200 a 400 fanegas solamente en trigo hay motivos para afirmar que han doblado el Cabo de las penurias y de las dificultades. La época de las economías y de la capitalización modesta ha comenzado para todos ellos. Esto me pareció comprobado de sobra por el hecho de que todos se hallan en vía de formar pequeños rebaños de vacunos y de que no son pocos los que cuentan con fondos sobrantes para enviar a los deudos cercanos que dejaron en Europa y para cancelar la deuda con el Fisco, que no será, en ningún caso, de menos de 400 a 500 pesos por jefe de familia.

En tramos inferiores de la escala de bienestar figuran individuos como los siguientes, con quienes tuve ocasión de hablar:

Un colono francés de Traiguén, que declaró haber cosechado, este año, 150 sacos de trigo; pero que ha podido dar ya principio a la construcción de lo que se llama “la casa definitiva”, en reemplazo del edificio provisorio de tablas, que constituye la primera instalación;

Dos hermanos alemanes, llamados Frindt, de talla y figura digna de los antiguos Reyes del mar, que atravesaban con sus carretitas el costado de la plaza a que daba la puerta

de nuestro alojamiento y que, interrogados por mí, expusieron que su cosecha había sido de 90 fanegas de trigo y de papas y otros cereales en cantidad suficiente para el consumo del año.

Ninguno de ellos es agricultor. El menor es buen herrero mecánico, y ha obtenido permiso para trabajar en Valparaíso durante el invierno.

Un alemán de Hanover, en Traiguén, recogió, este año, 150 fanegas. Ha reunido los fondos necesarios para encargar a su país de origen una pequeña máquina trilladora.

Geppcke, colono alemán de Quino, cosechó 150 fanegas de trigo, de una siembra de 10 fanegas.

Wike, alemán, cosechó 100.

El francés Brouillot cosechó, también, 150 fanegas de trigo, y además, arvejas, porotos, etc., para el consumo. Calcula que recogerá 50 sacos de muy buena papa.

No sería completo el cuadro de la situación de las colonias de Traiguén y Quechereguas, tal como lo exhibieron antes mis ojos las declaraciones de individuos de cuatro a o cinco nacionalidades, si pasara en silencio ciertos casos harto menos brillantes que los anteriores y que constituyen y caracterizan el grupo de los náufragos y rezagados, por culpa propia o por efecto de accidentes desgraciados.

El colono Roger trabajó solo, el año anterior, y tuvo una cosecha de 120 fanegas de trigo. Este año atrabajó *en medias* con un chileno, y su parte de cosecha fue 9 fanegas. En papas espera cosechar, fuera de lo necesario para su consumo, unos 20 sacos. El hombre no se manifiesta, sin embargo, acorbadado, y tiene suelo listo para sembrar hasta 12 fanegas, renunciando al sistema de las medias.

Fuera de éste, me presentan como el colono que ha salido peor parado, este año, en Traiguén, al llamado Carrer, dueño de una hijuela de 20 hectáreas. Este llegó soltero y se ha casado con chilena; su cosecha fue de 50 a 60 fanegas.

Lombard, de Quechereguas, padre de dos hijos grandes, cosechó 42 fanegas de trigo, y la papa se le dio pequeña.

Todavía más abajo en la escala de los infortunados, y de los infortunados por culpa propia, quedó, este año, el colono soltero A. Gollonza. Su cosecha fue de 30 fanegas de trigo.

Las noticias que recojo de los directores de la colonización, de los intérpretes y de los colonos mismos me autorizan para creer que los ejemplos que he logrado exhibir representan, con regular exactitud, los tipos medios de la situación que habían alcanzado, en el otoño de este año, los diversos grupos en que los pobladores europeos de Traiguén y Quechereguas podrían ser divididos, según el mayor empeño, y si se quiere, también, según la más o menos buena estrella con que han trabajado en los tres primeros años de la colonización.

En general, la prosperidad rápida del colono depende de dos cosas:-antes que todo de sus aptitudes para el trabajo agrícola, y en seguida de los recuerdos en dinero con que comenzó.

Mi impresión es que el verdadero agricultor, y no solamente él sino todo europeo con hábitos de orden, actividad y economía, prosperan en estas colonias, sin necesidad de más capital que sus brazos y su maña. Es innegable que Traiguén y Quechereguas se hallan en muy buen camino; que las dificultades serias han pasado; que se observa ya la acumulación de pequeños capitales en edificios, animales, enseres, dinero; y que el porvenir se presenta con colores hermosos. Y bien ¿cuántos de los miembros de las dos colonias llegaron a ellas con recursos en dinero? Solamente he oído citar al suizo

Luchsinger, que trajo 4.000 francos. Noubrac declaró, francamente, que su capital de instalación fue de 15 centavos, y ahora envía dinero a su esposa para el viaje de Europa. Farfal llegó con los brazos cruzados, y está empeñado en pagar su deuda al Fisco. Y así llegaron los demás. A ninguno le oí hablar de los capitales que introdujeron a Chile, y es seguro que el colono se inclina a disimular la modestia y desnudez de sus primeros tiempos de trabajo.

Ahora, si a los conocimientos en la agricultura, si a las cualidades que son propias del trabajador europeo, y a las cuales debe éste su superioridad, se agrega la posesión de una pequeña suma de dinero, es indudable que la empresa se hace más fácil, se gana tiempo, y se vive fuera del alcance de contingencias que suelen ser funestas. Especialmente, la adquisición, en el primer año, de una segunda yunta de bueyes, de algunas vacas lecheras, y de algunos sacos de semilla, a más de las que proporciona la inspección General, permite al colono resistir sólidamente a las pruebas y mortificaciones de la instalación. Y en caso de enfermedad o de pérdida de la cosecha, no está de más un depósito de 4 a 500 francos en el Banco de Angol o en el fondo de un baúl antiguo y bien cerrado.

Los colonos de Traiguén y Quechereguas –prescindiendo de uno que otro caso excepcional, -llegaron al país sin recursos en dinero ¿Cumplían, en cambio, con la condición fundamental de éxito? ¿Han sido, antes de venir al país, agricultores de profesión?

Este es un punto de mucha gravedad, un punto que ha sido discutido y ha dado lugar a ataques y defensas. Me propongo examinarlo, con ánimo imparcial y tranquilo, en el curso de esta visita a las tierras de colonización, y lo que observe he de referirlo tal como lo he observado.

Desde luego, no es posible presumir que han sido agricultores en Europa los individuos que, al tomar posesión de sus hijuelas, han comenzado por declarar que no conocían los trabajos agrícolas, y el número de éstos es ya considerable. Entre los 50 colonos establecidos en Traiguén, apenas 15 se hicieron inscribir como agricultores, y me siento inclinado a creer que, si todos los sub-inspectores hubieran tenido, en sus interrogatorios, el mismo cuidado que el de Traiguén, la proporción sería igual en lo restante de las dos colonias. Muchos de los que han recogido, este año, las mejores cosechas eran vinicultores de de la Gironde, como Farfal, Blanleuil, etc. El excelente intérprete de Quechereguas, Villiger, era carpintero, Brouilleau caminero.

Quedaría, en seguida, por averiguar cuántos de los que han declarado que son agricultores han faltado a la verdad, por miedo de perder sus hijuelas. Entiendo que el número de estos labradores apócrifos es considerable, y que ha aumentado, a medida que los engaños de que hemos sido víctimas han ido obligando a los agentes del Gobierno en Europa y a los directores de las colonias a adoptar severas medidas de precaución. Los hechos se encargaran de refutar o confirmar esta impresión.

Sea de ellos lo que fuere; con agricultores o no agricultores, el hecho es que hemos logrado formar, en Traiguén y Quechereguas, en el breve plazo de tres años, dos núcleos de población europea animosa y emprendedora, moral y económica que, por la sola fuerza de las cualidades generales de las razas a que pertenecen, están habilitados para implantar en el centro del antiguo territorio araucano métodos de cultivo y hábitos de vida que, si llegaran a generalizarse, producirían en Chile el cambio más trascendental y saludable.

No sería justo esperar y exigir maravillas de individuos que se hayan empeñado con todas sus fuerzas en las luchas de la aclimatación y de la instalación y muchos de los cuales han debido comenzar por instruirse en las primeras reglas del cultivo. Sería, sin embargo,

ciego o caprichoso quien intentara negar que hay ya, a esta hora, en acción, principios de progreso agrícola y de mejoramiento social, en nuestras jóvenes colonias de Arauco.

Tres mil quinientos individuos de diversas nacionalidades, de diversos idiomas y de diversas comuniones religiosas, distribuidos en pequeños grupos, en la región que se extiende del Malleco al Cautín, constituyen una sola raza, en concepto del vulgo, en virtud de ciertas cualidades y ciertos hábitos que son comunes a casi todos ellos. Casi todos ellos trabajan. Casi todos ellos saben guardar; han sabido guardar, aun en los días de la prueba y las privaciones más amargas.

Es cierto que hay, entre nosotros muchos que hacen mofa del que guarda, y hasta del que trabaja. La antigua aristocracia valdiviana comenzó por mirar con soberano desden a los animosos alemanes que llegaron, en hora feliz, a su soñolienta ciudad, y vivió durante años, aferrada al mástil del glorioso privilegio de no dejar la capa y los zuecos, que los caballeros de hoy heredaron de los caballeros de la colonia.

Andando el tiempo, ha podido verse quiénes sirven mejor al engrandecimiento del país y a su propia conveniencia, -los caballeros de capa y zuecos, o los caballeros del trabajo; y es probable que se haya verificado un cambio en las ideas y tradiciones reinantes y que se piense seriamente en recobrar el terreno perdido por orgullo e indolencia.

Pues bien; si las preocupaciones que han sido tan perjudiciales para la población nacional en las márgenes del Calle-Calle llegaran a levantar cabeza más al Norte, sería, indudablemente, para sufrir el mismo castigo y el mismo desengaño, y para ceder el campo, tarde o temprano, al convencimiento de que el predominio industrial y social corresponde fatalmente a los que trabajan y guardan.

A medida que este convencimiento cunda, crecerá el país en prosperidad y fuerzas.

El día en que el grueso de la población chilena sepa trabajar y sepa guardar será el de la independencia industrial de Chile.

He aseverado que los colonos que he podido interrogar hasta aquí, y que casi en su totalidad son residentes de Traiguén y Quechereguas, han pertenecido, con excepciones muy contadas y brillantes, más bien a las industrias de las ciudades que a las de los campos de Europa. A pesar de esto, sorprende muy agradablemente la manera como todos los ellos tratan el ganado. Al mismo tiempo, que en su propio alojamiento, han pensado en el de sus bueyes, vacas, caballos y puercos, de tal suerte que puede sostenerse que no hay un solo animal perteneciente a colonos que no duerma, de Enero a Diciembre, bajo techo y en cama de paja.

Parece que, al principio, el estado de la bueyada dejaba que desear, y ello provenía de que, careciendo todavía de establos o corrales seguros, muchos de los colonos mantenían sus animales de trabajo sólidamente a la estaca, a la puerta de las habitaciones, en las horas en que no los ocupaban. Si esto es verdad, el cambio que ha tenido lugar ha sido bien completo. No se ve en las provincias centrales bueyes tan hermosos, tan mansos y tan gordos como los de las colonias; los abasteros de Valparaíso los envidiarían en años mejores que el presente.

Vencidas las dificultades de la primera época, el colono experimenta la necesidad y el deseo de mejorar los procedimientos de cultivo. Mas de uno de ellos me refirió que había cosechado sus papas en terreno abonado con el guano de sus establos, y se hacia, en pequeño, ensayos de la misma aplicación para el cultivo del trigo y demás cereales.

El mal estado de los caminos, sobre todo en el invierno, obligarán a los colonos a conservar, por algún tiempo más, las carretitas de ruedas de una pieza que se les entrega, a su llegada a Angol, por cuenta del Fisco, y a renunciar a medios más perfeccionados y

rápidos de acarreo y locomoción. En cambio, son muchos los que han pedido y siguen pidiendo a Europa máquinas trilladoras, herramientas y semillas.

En Quechereguas se fabricará este año el primer vino de planta cultivada por los colonos, y tanto en ese punto como en Traiguén aprovechan los viticultores franceses las colinas que están al abrigo de los vientos del sur para establecer pequeñas plantaciones que la inspección General fomenta muy eficazmente.

El sentimiento de todos los colonos, franceses, alemanes, suizos de las dos lenguas, a quienes he interrogado, es de completa y ostentosa satisfacción. La primera época, dicen, fue dura; pero el que tiene voluntad de trabajar surge seguramente. Ahora, los buenos tiempos han comenzado.

El colono no está reducido a la venta de la cosecha. Sabe sacar ventaja de todo. El artesano se traslada, con permiso de la inspección General, durante los meses de invierno, a Angol, a Concepción, a Santiago o Valparaíso, y vuelve en la primavera con el bolsillo bien provisto de fondos que le permiten aumentar su ganado, dar mayor impulso a los cultivos, emprender la construcción de una buena casa y ensanchar los edificios destinados a establos y graneros. El jornalero gana en las faenas del ferrocarril. Es raro, también, el que no recoge alguna entrada por arriendo de bueyes o carreta, fletamentos, arriendos de tierras, ayuda prestada al vecino, venta de leche, pan, carne de puerco, etc.

En ninguna hijuela falta el horno, y el pan constituye la base de la alimentación, en invierno y verano. Un almud representa el consumo de tres días de una familia no muy numerosa. La papa es otro gran recurso; conocí un colono francés, llegado a Chile en Octubre de 1866, que comía, desde mediados de marzo, las papas de su primera cosecha. La carne de chanco se ha generalizado quizás más de lo conveniente.

En ciertos días de la semana, se envía al pueblo por carne de vaca para la sopa; y en cuanto al vino, no falta en la mesa del colono de lengua francesa, como no falta el café, más o menos reforzado por la achicoria, en la del colono de lengua germánica.

En el estado sanitario ha habido, de algún tiempo a esta parte, un cambio muy favorable. Durante el primer año, se hicieron sentir los efectos de la larga navegación, sobre todo en los niños de pecho, y más allá de este plazo todavía hicieron víctimas el cambio de clima, la intemperie y la escasez de la alimentación. En el día no ocurren más enfermedades que casos de disentería, que algunos atribuyen a las aguas y otros al exceso en el consumo de la carne de puerco. El número de nacimientos va siendo considerable, y los niños se desarrollan vigorosos y alegres.

En el hospital militar visité una sala destinada a los colonos, que no es atendida con el mismo esmero que la sala que ocupan los soldados enfermos en ella encontramos dos pacientes; uno de ellos era un francés de edad avanzada que había sido víctima de un accidente de caza. Días después supe que había muerto. El caballo y la escopeta tienen para los colonos mucho encanto, y no es insignificante el número de los que han pagado caro estas entreteniciones únicas de su áspera vida de avanzada agrícola.

En Traiguén y Quechereguas, encuentro al colono en contacto con la población chilena. Dos razas, preparadas ambas para el cultivo y la ocupación del antiguo territorio araucano, están aquí la una en frente de la otra. El conflicto entre el elemento nacional. Fuerte por su número, por su conciencia de vencedor, y por sus antecedentes de antiguo poseedor del suelo a título de conquista, y el elemento europeo, encumbrado en sus derechos de propietario, en el favor de que disfruta y en el convencimiento de su superioridad industrial, no podía menos que pronunciarse, y se ha pronunciado, en efecto, con caracteres de que es menester darse cuenta con equidad e imparcialidad.

Los primeros colonos han llegado a la región del Sur del Malleco en circunstancias muy poco favorables para el establecimiento de buenas relaciones con los chilenos avocados allí.

Esta población a vivido, en su mayor parte, del usufructo de la propiedad fiscal, desde que la ley puso término a las negociaciones lucrativas, a que daba, en virtud de un benévolo eufemismo, el título de *compras* de tierras de indios y desde que se han levantado trincheras respetables en defensa de los terrenos del Estado. Ya que adquirir el suelo, gratuitamente, como en épocas pasadas, ha llegado a ser imposible, o por lo menos muy difícil, se ha desarrollado y arraigado la creencia de que el uso de la propiedad pública constituye el primero y más trascendental de los derechos del hombre establecido al Sur del Malleco.

La sociedad entera se manifiesta penetrada de este convencimiento, a que se ha dado alas, un poco temerariamente, en la prensa y hasta en el Congreso. Los mismos agentes del Ejecutivo, arrastrados por la corriente de la opinión y los intereses dominantes, o sin autoridad contra ella, sancionan con su actitud el principio de que lo que es del Fisco pertenece a todos.

Ahora bien; las medidas de legislación destinadas a amparar el derecho fiscal contra los usurpadores, y la creación de una oficina de ingenieros del Estado, con encargo especial de verificar la mensura e hijuelación de los terrenos públicos, -en una palabra, la obra de reivindicación que han emprendido los últimos gobiernos,- ha sido, en concepto de los grandes y pequeños usufructuarios del Sur del Malleco, motivada y aconsejada por el deseo de fundar colonias. El cultivador de contrabando a quien se ha desposeído del terreno que explotaba, para entregarlo a la inspección General de las colonias, se siente, pues, inclinado a considerar al europeo como la causa de su desgracia y denuncia, en el tono feroz que es propio del interés lastimado, el establecimiento de colonias como origen de un despojo inhumano y de una injusticia horrenda.

De aquí a obstruir en lo posible el trabajo de colonización y a molestar y hostilizar de mil maneras a los colonos, no había sino poca distancia, y esta distancia ha sido salvada. Hay atmósfera pesada y mala sobre la obra que, en pocos años más, levantará el antiguo Territorio de Arauco a una altura que Llanquihue, Osorno y Valdivia no han podido alcanzar, por la inferioridad de sus condiciones de cultivo y de sus medios de comunicación con el resto del país.

La mala atmósfera no impidió que, en los dos primeros años de la colonización, se estableciera cierto *modus vivendi* entre colonos y pequeños cultivadores chilenos desposeídos.

Buen número de los colonos se hallaban en situación embarazosa, por su ignorancia e inexperiencia en cosas de agricultura, por la exigüidad de sus recursos para la instalación de la casa y la faena, en fin, por la perturbación moral que resultó para algunos del cambio de escena y del sistema desmoralizador de las mesadas. A los cultivadores chilenos, en cambio, se les hacía duro emprender la marcha al Sur en busca de terreno fiscal desocupado.

De aquí nació, entre colonos no agricultores y agricultores chilenos, la celebración de contratos de cultivo *en medias*, ventajosos, en apariencia, para ambas partes, y que parecieron a algunos anuncio y principio de una era de cordialidad y buena inteligencia entre las dos razas. El colono contribuía con la tierra, las herramientas, semillas y animales y su trabajo. El chileno, con su trabajo y sus bueyes.

Durante algún tiempo, los arreglos en medias marcharon regularmente. Mientras el colono tuvo necesidad de maestro y auxiliar, soportó, con mucha mansedumbre, las travesuras y las insolencias del socio, que construía generalmente su rancho a inmediaciones de la casa del colono y no tardaba en manifestarse emprendedor y arrogante, sobre todo bajo la influencia de las copas.

Pero no bien se creyó el europeo en aptitud de cultivar por sí mismo su hijuela, y no bien adquirió convencimiento del amparo de la ley y de la autoridad, cuando se pronunció la lucha, y el contrato de medias se convirtió en un germen inagotable de discordia y riña. Tan lejos se ha ido en este camino que la inspección General se ha visto obligada a adoptar serias medidas para evitar escenas violentas, y ha acabado por intimar a los colonos que deben renunciar a las medias, lo mismo que a los arriendos a chilenos, y atenerse estrictamente a las cláusulas de sus contratos.

Las relaciones del colono con sus vecinos, -usufructuarios de terreno fiscal, inquilinos y arrendatarios de grandes fundos, o antiguos socios que se han retirado de la hijuela en son de guerra,- dejan, también, mucho que desear por el lado de la buena armonía. Noche a noche, los animales del cultivador chileno entran a la propiedad del colono, talan y destrozan hasta que amanece, a no ser que el colono, alarmado por el ladrido de sus perros, se levante y los reduzca a corral. ¿Proviene este sistema de destructora invasión del descuido que es propio de nuestra gente de campo o del propósito de molestar al extranjero? No sabríamos decirlo; pero el hecho es que las quejas por daños causados por animales del vecino son muy frecuentes y que no tendrán término mientras los colonos no cumplan con la obligación de cerrar, cosa que no es tan sencilla como parece, puesto que la cuadra de foso cuesta hasta 20 pesos, y no hay en Traiguén madera en abundancia para construir cierros de madera.

Robos y asaltos no han faltado, sobre todo en la primera época de la colonización, y no dudamos que causarían efecto desastroso en individuos acostumbrados a la seguridad de las poblaciones y los campos de Europa. Creo no engañarme aseverando que, a este respecto, la situación ha mejorado, tanto porque los colonos viven más precavidos cuanto porque la gente sospechosa y nómada va alejándose, poco a poco, en dirección al Cautín, en busca de terreno fiscal no ocupado todavía. Pero se teme que esta tranquilidad relativa sea de larga duración; las faenas del ferrocarril están en pocas horas de Traiguén, y estas son malas vecindades en todo Chile.

Los animales del vecino chileno causan daños al colono, es cierto; en cambio, no puede decirse que faltan al colono los medios de obtener justicia y reparación amplísima.

Jueces de subdelegación o de distrito son, invariablemente, en los lugares donde hay colonias establecidas, los mismos empleados chilenos de la colonización, antiguos oficiales de ejército y hombres muy serios y respetables todos ellos, comenzando por el señor Contreras Solar, sub-inspector de la zona central, que comprende Quechereguas, Traiguén y Galvarino.

Ante estos funcionarios, a quienes conoce y de cuya imparcialidad ha tenido más de una prueba, se presenta el colono acompañado del intérprete, denuncia el daño causado por animales que se hallan todavía detenidos en su corral o que ha presentado al juzgado, y formula una cuenta de perjuicios, generalmente exorbitante. El juez oye, en seguida, al demandado; se nombra, por una y otra parte, peritos que tasan el daño, y el negligente o travieso vecino se apresura a pagar, sin causar mucha demora, y sin intentar recursos de obstruccionismo forense, porque, entretanto, sus animales están sin comer, en castigo de las golosinas de la noche anterior.

Entre los huéspedes distinguidos del Norte que recorren, en estos días, el territorio araucano, figura el Diputado señor F. de B. Echeverría, iniciador de la actual temporada de inmigración y colonización en el carácter de Agente General de Colonización en Europa.

He tenido el gusto de encontrar en Traiguén a este culto e inteligente caballero, y de oírle exponer las ideas que ha sostenido en materia de colonización, en la Cámara de que es miembro y en un folleto que hizo circular en el curso del pasado verano.

El señor Echeverría parte de la observación de un hecho de incalculable gravedad, que la inmensa mayoría de la nación se obstina en ignorar, pero que, a esta hora, es ya fuente funesta de perturbaciones e inmoralidad que amenazan y minan nuestra existencia social. Ese hecho es la organización viciosa de la propiedad territorial y el rápido crecimiento del proletariado nómada, consecuencia natural e inevitable de aquella.

¿Qué remedio habría para este mal, que alcanza cada día proporciones más alarmantes y que, en una hora de crisis industrial, puede conducir a Chile a la más dolorosa extremidad? hay un remedio, y está a la mano, afirma el señor Echeverría. Consistiría en proporcionar tierra, gratuitamente o vendida a largo plazo, en la región comprendida entre el Malleco y el Toltén, a los que carecen de ella en todo el resto del país.

Basta exponer este plan para manifestar que el señor Echeverría sufre un error muy sensible al apreciar la extensión de la llaga social cuya existencia reconoce.

El reparto de toda propiedad fiscal del Sur no alcanzaría a producir alivio digno de ser tomado en cuenta en la situación general de nuestro proletariado agrícola. Veinte o treinta mil individuos encontrarían allí hogar; centenares de miles seguirán formando, entre el desierto de Atacama y Reloncaví, una masa flotante, sin propiedad y sin techo, sin familia y sin ahorro, sin más solaz que la borrachera y sin más ley que el puñal, y el cáncer antiguo y tan extendido como toda la gran propiedad de Chile reunida continuaría en supuración, cada vez en forma más seria y aterrante.

El señor Echeverría desconoce, también, otro aspecto de esta grave cuestión. La vida nómada, como la esclavitud desmoraliza. Hace perder los hábitos regulares de la existencia sedentaria y produce lastimosas inquietudes. La casa, la propiedad, la familia carecen de encanto para el que ha pasado, desde que estuvo en edad de andar, vagando entre los campos y la ciudad, entre las salitreras y el ejército, entre la cárcel y las faenas de ferrocarril. ¿Cuántos de estos alentados nómades tendrían paciencia para cultivar y fuerza de voluntad para abstenerse de llevar al despacho el valor de la primera cosecha y el de la hijuela misma?

Estoy de acuerdo con el señor Echeverría en que es indispensable que se abandone, completamente, o por lo menos, que se reduzca en lo posible el sistema de remates de grandes lotes de terreno, que esta haciendo extensivo al Sur el vicio de la organización de la propiedad agrícola en las provincias centrales, y mediante el cual se ha comenzado a aplicar a esta interesante región el método de cultivo más expoliatorio y agotador que es posible concebir y se ha reemplazado la soledad y el silencio de la ociosidad indígena por la soledad y el silencio del feudalismo colonial. Aplaudo decididamente el propósito de vender hijuelas de 40, 80, y hasta 100 hectáreas a lo sumo, más no como panacea contra la enfermedad mortal que aqueja a Chile sino como medio de abrir camino a cierto número de pequeños cultivadores de las provincias del Sur que son capaces de poseer y cultivar, como los que han tenido trabajo en medias con colonos. El progreso de las colonias exige, igualmente, que haya posibilidad de adquirir hijuelas a inmediaciones de las colonias, tanto para el establecimiento de los hijos de los colonos como para el de los deudos y amigos que han de querer venir de Europa a establecerse cerca de ellos.

En cuento a la lepra del proletariado nómada, pasto del vicio, del crimen y del futuro desorden social, no diviso para ella posibilidad de remedio directo y rápido. Los que han querido curar a la humanidad según ese método, -han hecho fiasco. Un paliativo diviso yo: es la fábrica, con la respectiva población de obreros, en donde pudieran adquirir propiedad los que supieran mantenerse en el trabajo durante cierto número de años. Para eso sería preciso que nos dejáramos de vacilaciones, que proclamáramos con la frente alta la necesidad de hacer a Chile país industrial, antes de que lo postre la anemia, y de que comenzáramos por dictar una legislación en armonía con ese propósito, cuyo primer efecto sería atraer al país fabricantes y fábricas enteras.

IV

DE CHOLCHOL A NUEVA IMPERIAL

LA RUCA Y LA FAMILIA ARAUCANA

Dejando a Galvarino sumergido en la claridad de la mañana y la quietud de un día de guarda, sin misa y sin campanas, pero, por desgracia, con expectativa de copas de funesto licor en abundancia, subimos a caballo las colinas del Sur, que siguen escalonándose suavemente hasta formar un elevado y extenso macizo de lomajes idénticos a los que habíamos atravesado desde Traiguén.

Barbechos y rastrojos cubrían aquí, también, las alturas, hasta donde la vista alcanzaba. En el aspecto general del paisaje se pronunciaba, sin embargo, más y más, un aspecto que, el día anterior, me había causado alegre sorpresa. El bosque, el celebrado y soñado bosque del Sur, comenzaba a hacer su aparición, en grandes manchas de verde oscuro, a lo largo de las quebradas y en las faldas de los cerros que cerraban a lo lejos el valle, y más cerca de nosotros, sobre nuestras cabezas, en la forma de hermoso parque, maltratado y amenazado, es cierto, y con distancias de árbol a árbol suficiente para la circulación de los rayos del sol y del aire sobre la faz de la rica tierra triguera, pero siempre con bastante belleza para recrear el ánimo entristecido por la aridez y la sequedad, y con bastante frondosidad para servir de amparo al hombre, a las bestias y a la hierba.

Este cambio favorable renueva la antigua e importante cuestión a que no se ha dado todavía solución satisfactoria en Chile, a pesar de que se plantea por sí sola en todas partes.

Este bosque raleado que adorna las colinas, aquellas manchas espesas de la quebrada y el cerro, ¿han existido, en esta misma forma, durante los últimos siglos, o son los restos de una impenetrable y majestuosa selva, que cubría, en cierta época, el valle de la costa, como lo cubre hoy mismo, en las provincias más australes, y como cubre inmensos trechos del valle central? O en otros términos, el valle de la costa ¿ha sido siempre un páramo, sobre el cual alcanza a duras penas el soplo del invierno y de la primavera a producir fugitivo verdor, o lo han convertido en eso la furia destructora y la imprevisión del hombre?

Sería muy conveniente que este punto fuera sometido a un estudio serio, porque se halla en muy estrecha relación con todos los fenómenos que pertenecen a la climatología de Chile y debe ser tenido en cuenta, muy especialmente, el día en que una generación más cuidadosa y prudente que la actual, acometa la doble empresa de poblar de árboles las alturas, hoy improductivas, y de aumentar el caudal de aguas de que dispone el país para la irrigación y para las bebidas.

Bajo la sombra cambiante de los grandes árboles del bosque chileno, distribuidos a tal distancia unos de otros que permiten abarcar con la mirada una vasta extensión, la comarca causa una impresión poderosa de misterio y solemnidad. A cada instante, se cree ver aparecer bajo la bóveda de verdura luminosa los perfiles de una gran ruina o de una elegante construcción moderna. Los gritos de los conductores de un convoy de carretas ocupadas en el acarreo de trigo, resonando como en una concavidad y multiplicados por el eco de la selva, es lo único que interrumpe, por momentos, el grandioso silencio de la mañana.

Los rematantes de terrenos se han penetrado, a su modo, de la poesía del paisaje, y probablemente para evitar en lo posible que sea profanada por el polvo y las inquietudes del tráfico, han corrido, aquí, también, sin piedad el arado sobre lo que debió ser camino real, y

han dejado al viajero reducido a la necesidad de seguir su buena estrella al través de los campos abarbechados y de dar a menudo vueltas considerables para encontrar salida.

La población de Cholchol se compone de un número considerable de ranchos de regular construcción y de una que otra casita de buen tabique y techo de teja, agrupados frente a un cuartel y antiguo fuerte, que ocupan el lado oriente de la plaza.

El alférez Villate del 4° de línea, bajo cuyas órdenes se encontraba la guarnición, por ausencia de su superior inmediato, nos hizo, con la amable llaneza del soldado, los honores de la hospitalaria mesa de cuartel. Allí mismo encontramos al ingeniero señor Montt Vergara, de la comisión topográfica, y a su compañero de profesión, el señor Fonck, hermano del malogrado joven médico que cayó en el lazareto alemán de Santiago, en los últimos días del cólera,- dependiente este último de la inspección General de Colonización. Ambos, cada cual por su lado, trabajan activamente en la hijuelación de los terrenos fiscales que se extienden de los cerros de Nielol, por el oriente, hasta Nueva Imperial, por el Poniente.

Pude recorrer el fuerte, cuya defensa consistió en un foso con palizadas, por el frente y por los dos costados, y en la barranca abrupta del boscoso río Renaico por el fondo. La madera de las palizadas hizo, probablemente, viaje a la cocina, en los pasados inviernos, y es natural que los fosos vayan desapareciendo, ya que desapareció también el taimado enemigo que mantuvo nuestro ejército en alarma durante tantos años. Lo que resistirá, por algún tiempo más, es el cuartel, edificio sólido de madera, con comodidad para alojar una compañía de soldados.

Toda esta construcción se halla muy ventajosamente situada, en el vértice del ángulo que se forma en la confluencia del río Renaico, de que acabo de hacer mención, con el remanso Cholchol, el cual, en su vega extensa y fértil, en sus colinas suaves y con exposición al Norte y en su caudal de aguas a propósito para la navegación, sobre todo en los meses de invierno, época de incomunicación completa para estas comarcas, ofrece a la colonización y al cultivo condiciones excepcionales de prosperidad.

Al Sur-este se divisa una selva de considerable extensión, alta y oscura. La inspección general mantiene allí en actividad, durante buena parte del año, una de las máquinas que emplea en aserrar la tabla para la primera instalación de los colonos. Ahora se le ha presentado un competidor en la persona de un ex – capitán de ejército, a quien las tentaciones del usufructo de la propiedad fiscal han decidido a cambiar la espada de Arica y de Santa Teresa por la sierra del maderero. Otros explotan la riqueza del suelo,- ha pensado probablemente este oficial,- ¿por qué no explotar lo mismo el árbol de la montaña fiscal? Lo que es del Estado no es de nadie, o es de todos,- esta ha sido, desde época inmemorial, la base de la propiedad en Arauco, y no faltan en el Norte agitadores temerarios que den aliento a esta desvirtuación peligrosa del sentimiento público.

Está cometiéndose una obra de salvaje iniquidad, exclaman estos patriotas de entusiasmo barato, cada vez que los funcionarios del Estado avanzan un paso en la tarea de preconstitución de la propiedad nacional en el Sur. Está implantándose un sistema de cruel despojo contra nuestros compatriotas, y obligándoseles a llevar el contingente de su industria y su energía a los campos de la República Argentina, en donde el cultivador es recibido a brazos abiertos. Por obtener el mezquino lucro de los remates, y por favorecer a unos pocos centenares de europeos, va a producirse la emigración en masa y el despueblo de la hermosa región que hemos ocupado a costa de tantos sacrificios.

Es lástima que no haya en la opinión pública chilena fuerza y bríos suficientes para condenar como es debido esta propaganda, que, con la máscara de un falso sentimentalismo

patriótico, tiende a apartar al pueblo de las nociones justas del trabajo y a desarrollar los gérmenes del comunismo, que han sido hasta aquí uno de los grandes obstáculos para fundar y consolidar la propiedad fiscal y la particular en el territorio antes araucano.

Yo viera qué cara ponían los Vicente de Paula de los usurpadores de terreno y bosque nacionales en el Sur si los proletarios del Norte aprendieran bien de corrido la cartilla de derechos que se ha compuesto para el uso de sus hermanos del Sur y pretendieran aplicarla, por cuenta propia, a los campos de las grandes haciendas. Muchos de los que hoy dan aliento a los propagadores de las teorías de libre ocupación se convencerían, en ese caso, de que hay grave peligro en sacudir ciertas pilastras en que descansa la organización social en los Estados.

En cuanto a la emigración en masa, hoy, desde el foso del antiguo fuerte de Cholchol, he visto algo de ella.

Recordando que habíamos encontrado antes en el camino una que otra carretita cargada de muebles, mujeres, niños, animales y útiles de servicio doméstico y que desfilaba de nuevo a nuestra vista un pequeño convoy de esta especie, pregunté a dónde se dirigían, y se me dijo que eran familias que iban en viaje al otro lado del Cautín, en busca de terreno fiscal desocupado, para sembrar.

He ahí la inmigración, y ahí el despueble. Se ve gente en movimiento, pero no en dirección a la República Argentina, en donde lo único que ha habido hasta aquí gratuito para los chilenos han sido golpes y servicio militar forzoso, sino en dirección a los ricos campos vírgenes que posee la nación entre Cautín y Toltén. Allí vamos a encontrar, en pocos años más, a estos ocupadores de vanguardia, ufanos en sus ranchos miserables, sobre las ruinas del bosque incendiado, y disputando a los funcionarios públicos la posesión del suelo empobrecido por una serie de cosechas.

Una de las pequeñas carretas se hallaba detenida cerca de la entrada al fuerte. Venía en ella una familia de vendedores de fruta, que había sido rechazada de Angol en virtud de las medidas de precaución contra el cólera adoptadas allí por la autoridad local. Esta aparición era, probablemente, un acontecimiento para los pobladores de Cholchol, a quienes no les acontece comer todos los días duraznos del Norte a 20 centavos la docena. Soldados y paisanos se acercaban a la carreta, y volvían muy satisfechos, con su provisión de fruta.

Desde Angol, encuentra el viajero del Norte indios en buen número. Todos ellos andan de viaje, trabajando en las faenas de ferrocarril o de campo, por una temporada, agitando pleitos o reclamos ante diversas autoridades, o haciendo compras. Se ve que allí no están los hogares de la raza que dominó, durante tanto tiempo, en estas comarcas.

En Cholchol, o más bien, desde que se atraviesa el claro y caudaloso río que cubre por el Poniente la pequeña población, la cosa cambia. Aparecen las *rucas* al lado del camino, y se divisa buen número de ellas en las faldas de las lomas que forman el valle de ríos o esteros. En una extensión de menos de una legua, conté no menos de cuarenta de estas construcciones.

Yo había oído proclamar la superioridad de la ruca sobre el rancho en que habita, en las mejores provincias de Chile, el cultivador sedentario; pero no imaginaba que iba a conocer edificios de carácter arquitectónico bien definido y en que está reflejada la organización de la familia, base única de civilización colectiva en la Araucanía.

A la distancia, hace la ruca el efecto de un buque tumbado por el temporal y con la quilla en el aire, con la sola diferencia de que, en la parte que, correspondería a la proa, que es la de la entrada a la ruca, está cortada verticalmente. Esta parte mira al Oriente; no vi,

entre muchos centenares, una sola en que se faltara a esta regla fundamental de la construcción araucana.

Desde la línea superior, que equivale a la quilla, y por cuyas dos extremidades escapa el humo, hasta el suelo, por los lados del Norte y Sur y por el Poniente, que tiene la forma exacta de la popa en el casco del buque, está cubierta la ruca por una paja fina y fuerte, muy semejante al cordón, que la protege de la lluvia mejor que la totora que emplea el cultivador del Norte en la construcción de sus techos.

Entrando por la ancha abertura del Oriente, que se cierra con un cuero de buey en las noches de viento y lluvia, cree uno encontrarse en una capilla de campo. Dos hileras de gruesos pilares de roble sostienen la techumbre, dejando entre ellas un espacio, que llamaré nave del medio, y que representa la unidad de la vida polígama.

Allí se ejerce sobre toda la familia la jurisdicción del indio, esposo y padre, y en ausencia de éste, la de la esposa de más edad, a la cual deben las demás obediencia, y cuya autoridad puede afirmarse, en casos graves, mediante la aplicación de ciertos castigos. Allí, también prepara cada una de las mujeres, en fuego aparte, su comida y la de su prole. Allí, por fin, ejecutan las mujeres de la familia, en común y bajo la dirección de la esposa principal, los trabajos de tejido, que son la ocupación favorita y una de las fuentes más seguras de entradas para la casa araucana.

En las dos naves laterales, mucho más bajas, naturalmente, que la del medio, se hallan las habitaciones de las esposas del indio, separadas unas de otras por frágiles tabiques de coligüe, y en otros pequeños departamentos formados del mismo material la cosecha destinada al consumo del invierno, la lana para los tejidos, y los animales y las aves que son parate de la familia.

La primera ruca que visité fue la de Ramón Painemal, situada a algunas cuadras al Sur del Renaico y probablemente una de las mejores que existen en esta región y en todo el territorio araucano.

Los pilares del centro, dorados por el humo, lo mismo que el techo y los tabiques, daban al alto salón un aspecto serio y respetable. La india principal, instalada cerca de la entrada, amamantaba tranquilamente a un chicuelo, y cuatro o cinco indias más, con los pies descalzos, pero con grandes aros y collar de plata y con las trenzas negras ajustadas entre una serie de hileras de cuentas plateadas, se hallaban ocupadas en las distintas operaciones del tejido. No manifestaron saber español; pero hablaban entre ellas y reían alegremente; y como una indiecita de seis o siete años se negase a aceptar una moneda que le pasamos, le aconsejaron vivamente y la decidieron a extender la mano.

A pesar de que el jefe de la familia andaba de viaje a la Argentina, a donde había ido a vender, como es costumbre, las mantas tejidas por las mujeres de su casa, se conocía que el orden, el buen humor y la abundancia reinaban en la ruca. Los departamentos de guarda se hallaban llenos con la cosecha del año, parte de la cual se veía todavía en montones, en el departamento del medio, o colgada, en pesadas guirnaldas, de las vigas del techo. No había que desear en materia de limpieza, y cada cosa parecía estar en su lugar.

Estos Painemal pertenecen a la categoría de los indios más acomodados. No menos de cien vacunos volvían, esa tarde, del campo vecino buscando el abrigo del corral de la familia.

El llamado Antonio Painemal, indio progresista a su modo, o quizás demasiado empeñado en gastar algunos reales sobrantes, tuvo la idea de instalarse en una casa a la chilena, con sus mujeres, sus chiquillos y sus perros, y el edificio fue construido, en efecto, por artesanos bellacos, que explotaron la vanidad del indio. Lo peor del caso fue que

Painemal, o talvez, las esposas de Painemal descubrieron, un poco tarde, que aquella construcción, a propósito para un hacendado chileno con una sola esposa en la casa, no correspondía a las necesidades y organización de la familia polígama. El hecho es que la instalación de ésta en la nueva habitación a estilo de los *huinca* no tuvo lugar y que Antonio vive hasta hoy en su antigua y hermosa ruca, a poca distancia de la de Ramón, al paso que el edificio moderno ha quedado ahí, condenado a ser ruina antes de haber sido hogar, y proclamado, por todas sus puertas y ventanas destruidas por el sol y los vientos, ciertas reglas de aplicación y ciertas verdades que los fabricantes de castillos de barajas políticas y sociales olvidan con mucha frecuencia, en lugares de más cultura que el valle del Cholchol.

La ruca araucana y la vida que se desarrolla bajo su alta bóveda ahumada me colocan en presencia de uno de los más importantes problemas de nuestra ocupación del territorio araucano.

Este problema es el siguiente:

¿Qué actitud asumen, respecto de la institución especial de la sociabilidad indígena, -respecto de la constitución y mantenimiento de la familia polígama,-la legislación y las autoridades judiciales y administrativas de Chile?

Yo estaría hasta este momento en duda sobre el particular, y acaso sospechando que ha hecho falta a los funcionarios de Chile el tino necesario para dejar el tiempo la resolución de esta cuestión de tanta gravedad, si el distinguido defensor de indígenas² de Angol, don Tomás Romero, uno de los hombres que mejor conocen los asuntos de ultra Bío-Bío y más capaces de juzgarlos con claro y humanitario espíritu, no me hubiera referido el curioso incidente que voy a relatar en breves palabras y comunicado, en época posterior, copia de actuaciones judiciales que creo necesario transcribir íntegramente como epílogo documentado de mi visita a la ruca de Ramón Painemal y por vía de comentario fidedigno sobre la situación de la raza indígena ante la legislación chilena.

El indio Minchiqueo Melín introdujo a su casa, en calidad de esposa, a una joven india, después de entregar a sus padres, conforme a la antigua costumbre de la tierra, animales y prendas que Melín avaluó en algunos cientos de pesos.

Tres o cuatro años después, la india dio a Melín serios motivos de disgusto y,-no recuerdo si voluntariamente o repudiada por su esposo,-se apartó de su lado.

Melín, en todo caso, no intentó hacerla volver. Se dirigió a los padres de la india, exigiendo que le devolviese los animales y objetos de valor que había entregado por ella.

Esta pretensión fue tenazmente rechazada por los parientes de la india. Para ello se fundaban en que no estaban ya en su poder los objetos cuya devolución se exigía y en otras alegaciones que, en el fondo, implicaban el reconocimiento de la validez de las costumbres que constituyen la legislación matrimonial araucana.

Minchiqueo Melín, después de reiterar inútilmente su demanda, amenazó a sus recalcitrantes ex - suegros con la ejecución judicial que es conocida en la tierra con el nombre de malón; y como la amenaza no surtiera efecto, se hizo acompañar por algunos indios amigos suyos, cayó de sorpresa sobre sus adversarios, les arrebató animales por un valor aproximado al que atribuya a su propio don matrimonial, sin que faltara, según parece, una distribución, fuera de programa, de garrotazos y caballazos sobre los deudos de la divorciada.

Estos entablaron, en el acto, querrela contra el agresor, y aun hubo funcionario judicial de menor cuantía que se prestó a ampararles, pero es digno de atención que, tanto la

² N. E. Protector de indígenas

autoridad administrativa superior, como el juez letrado y la Corte de Concepción, se encontraron completamente de acuerdo en el principio de que las costumbres araucanas conservan fuerza de ley, tratándose de las relaciones entre indígenas, como si estuvieran bajo el amparo de un pacto internacional expreso.

He aquí las interesantes y curiosísimas piezas del proceso:

(COPIAS)
ESPOSICION DE MINCHIQUEO MELIN

Teyuhanque, Octubre de 1879.

Señor Juez de Letras.

Mí respetado señor:

He tenido noticias que Juan Colipí se ha presentado en ese juzgado con unas indias en mi contra, por unos animales que fueron a buscar mis mozos en Quillen.

Es verdad que yo los mandé a ellos y me trajeron dos yuntas de bueyes, dos vacas paridas y doce cabezas de ganado; pero fue porque me debían y ya hace mucho tiempo que estaba esperando me arreglasen por bien, sin que hasta ahora haya podido conseguir mi voluntad.

Cansada mi paciencia, le di parte a esto al señor Gobernador, y le avisé la necesidad que tenia de tomarles prenda a estos indígenas para poder hacer pagarme; entonces me contestó obrara como pensaba.

Cuando volvieron mis mocetones, volví a darle parte y me dijo no entregara dichos animales hasta que ellos no me pagasen por bien, y además me dijo, también, que ni el ni ninguna otra autoridad podían, intervenir en este asunto y para esto me dio una orden por escrito y que conservo en mi poder.

Esa mujer que me anda demandando es una mujer conocida por muy mala en el interior.

Ese día que mis mozos le trajeron los animales, el cacique Coñuepan iba a matarla y acabarle todos sus intereses por varios delitos que ha cometido ella.

Por haberse encontrado ausente ella, ha escapado con la vida; pero no ha librado sus bienes; le han llevado todo lo que le quedaba.

Yo, para darle ese golpe, le he dado parte a todos los caciques, como ser Coilla, Lincomil, Niripil, Pichón y otros; ellos, como saben que yo tengo razón y conocen también que varias veces ha mandado cobrar sin que consiga me paguen, me han dicho que tomara esta medida y ellos mismos han ordenado la entrega de los expresados animales.

Si Juan Colipí ha aconsejado a esa mujer, será por embrollarle algo; él, aunque vea justicia, pasa engañando a los pobres ignorantes indígenas.

He oído decir que ella quería pagarme y por los consejos de aquél cambió de voluntad.

Creo que Colipí hace muy mal mezclándose en asuntos ajenos, mucho más cuando él tiene conocimiento de que yo y mis contrarios nos estuvimos careando en presencia del señor Gobernador.

Para que V.S. no crea ningún cuento en mi contra y conozca lo que hay de positivo sobre lo que me acusan, dirijo a V.S. estas líneas. Sin más saluda a V.S.

Juan Minchiqueo Melin.

Angol, Octubre 8 de 1879.

Agréguese al sumario mandado instruir por denuncia de José Ñanco y Jacinta Caninto, a fin de que se verifique oportunamente la autenticidad de la exposición que hace Juan Minchiqueo Melín. Oficiese al juez de los Sauces para la comparecencia de ese individuo.

ZÁRATE

Hago presente a los caciques que los jueces no deben meterse en asuntos de pagos por mujeres que toman para casarse con ellas, pues los indios, en esto, tienen sus costumbres aparte. Ellos sabrán como se acomodan, y es necesario respetar esta costumbre.

Así, lo que mandó el juez Maldonado de los Sauces está mal mandado.

Angol, junio 27 de 1879.

GOROSTIAGA.

A diez y ocho de Octubre compareció a la presencia judicial Juan Minchiqueo Melín, y por conducto de los intérpretes juramentados don Juan Colipí y José Esteban López prometió decir verdad; fue interrogado y dijo: que la carta que se le ha leído fue escrita de orden suya y que los hechos allí relacionados son exactos, por lo cual reproduce como su exposición lo que allí aparece.

Se ratificó; es de cuarenta años y no firma, por no saber.-*Cruz- Juan Esteban López.- Cid.*

A 22 de octubre comparecieron el indígena Juan Minchiqueo y los ofendidos José Ñanco y Jacinta Coninto, a quienes juzgado llamó a comparendo para procurar un avenimiento amistoso, por resultar de los antecedentes que el hecho de que se trata se funda o tiene por causa los usos y costumbres aceptados por los indígenas.

Juramentados los ofendidos por sus creencias, dicen, por conducto de los intérpretes Juan Colipí y don José Esteban López, que Minchiqueo Melín mandó arrebatárles, por la fuerza, seis animales vacunos y cien cabezas de ganado lanar, protestando la existencia de una deuda con motivo de un matrimonio celebrado por Melín con una hija de la indígena Jacinta.

Minchiqueo Melín, dijo, por conducto de los mismos intérpretes, que, en realidad, ordenó a sus mocetones o sirvientes que fueran a tomarle algunos animales a la indígena Jacinta y que esto lo hizo porque se negaba a devolverle los animales y especies que había dado a su finado marido por una hija con quien se había casado y que había repudiado más tarde.

Agrega que esta es una costumbre aceptada y seguida en todo tiempo por los indígenas y que procedió a hacerse justicia por sí mismo con preciso conocimiento de los caciques vecinos y porque la indígena Jacinta se negaba a devolverle buenamente lo que le había dado por el matrimonio con su hija.

Agrega, también, que los animales tomados a la querellante son dos yuntas de bueyes, dos vacas y doce cabezas de ganado lanar, los cuales se encuentran en su poder.

Ofrece justificar su dicho y el número y valor de las especies entregadas al marido de la indígena Jacinta por causa de dicho matrimonio.

Por su parte, los querellantes ofrecen justificar que asciende a ciento el número de cabezas de ganado lanar tomados por los sirvientes de Minchiqueo, y niegan la deuda de que habla éste.

Para resolver lo que corresponda, el juzgado dispuso y previno a las partes que deben comparecer con sus pruebas el día 30 del actual a la una de las tarde y que, entre tanto, pasen al depósito de la policía los animales tomados en casa de la indígena Jacinta, debiendo entregarlos Minchiqueo Melín en el término de tres días, con lo cual se terminó el comparendo, firmando los intérpretes, no haciéndolo los comparecientes por no saber. – *Cruz. Juan Colipí- José Esteban López.-Cid.*

A 30 de Octubre, Juan Minchiqueo Melín presentó como testigo por su parte a Lorenzo Colipí.

Juramentado en forma, fue interrogado y dijo: que solo ha oído decir a su hermano Luis Mateo Colipí, testigo presencial del hecho que Juan Minchiqueo Melín entregó al indio Ligüenpi, esposo de la indígena Jacinta Caninto, con motivo de su casamiento con su hija, un par de espuelas de plata, un par de barriles de id., un caballo y una vaca, todo lo cual puede estimarse en 105 pesos. Agrega que es costumbre entre los indígenas que el padre de la mujer con quien uno de ellos se casa o bien sus parientes deben devolver lo que han recibido del esposo de su hija cuando éste se separa de ella, y por esto Minchiqueo Melín, como lo presencié el declarante, hizo tomar a la madre de su repudiada esposa, los animales que el mismo Melín confiesa haber tomado a fin de restituirse de lo que había obsequiado al padre y que su viuda rehusaba devolver.

Se ratificó y es de treinta y cinco años de edad, no firmó, previniéndose que el compareciente había con claridad el castellano.-*Jacob.-Cid.*

A 30 de octubre compareció Marcelo Paillaleo, por conducto de los intérpretes juramentados José Esteban López y Narciso González, juró por sus creencias decir verdad y dijo: que concurrió al matrimonio de Juan Minchiqueo Melín con una hija del indígena Huenul y de la indígena Jacinta y que presencié el obsequio que el primero hizo a la Jacinta de un caballo, un toro y dos vacas, un par de barriles de plata y un par de espuelas de id., objetos que le fueron entregados a la Jacinta con motivo del matrimonio aludido y los cuales, a su juicio, importan 177 pesos.

En cuanto a la costumbre consagrada por los indígenas sobre restituciones, cuando el marido se separa de su mujer, se refiere a lo expuesto sobre el particular en la declaración precedente; agregando que, cuando la mujer da origen a la separación con su mala conducta, es castigada con la pena de muerte.

Se ratificó; es como de sesenta años de edad y no firmó por no saber.-*Jacob.- J. Esteban López.- Cid.*

A 30 de Octubre compareció el testigo Ninipil y por conducto de los mismos intérpretes prestó juramento de decir verdad y dio una declaración enteramente igual a la precedente, que reproduce como propia; salvo en cuanto el pareciente declara que lo obsequiado por Juan Minchiqueo Melín a Huenul y la Jacinta, con motivo del matrimonio de su hija, fueron dos vacas y dos caballos, un par de barriles de plata, un par de espuelas de id., estimado todo en ciento cincuenta pesos.

Se ratificó y es como de cuarenta años, agregando que mandó un hijo suyo llamado Cañulef a fin de que presenciara la aprehensión de los animales tomados por Minchiqueo a la Jacinta para pagarse de lo que había regalado a los padres de la esposa repudiada y no firma por no saber.-*JACOB.-J. Esteban López.-Narciso González.- Cid.*

A treinta de octubre compareció el indígena Cheguan Toledo y, por conducto de los mismos intérpretes, juró por sus creencias decir verdad, y prestó una declaración conforme a la de Marcelo Paillaleo, la que reproduce como propia, salvo en cuanto el pareciente declara que las especies obsequiadas y entregadas por Juan Minchiqueo Melín a Huenul y la indígena Jacinta, por razón de su matrimonio con una hija de éstos, son dos vacas, estimadas en ochenta pesos, dos caballos en igual suma, un par de espuelas de plata en cincuenta pesos y un par de barriles id. En diez pesos; y agrega que también proporcionó un mocetón suyo para que fuese con los de Minchiqueo a traer los animales tomados por Minchiqueo a la indígena Jacinta para pagarse del valor de lo que había obsequiado a los padres de su esposa, a quien había repudiado, y que éstos se negaban a devolverle, contra la costumbre seguida por los indígenas sobre el particular.

Se ratificó, es como de cuarenta años y no sabe firmar.-JACOB.- *J. Esteban López.- Narciso González.- Cid.*

A treinta de Octubre compareció Juan Paillali, y por conducto de los interpretes citados, juró por sus creencias decir verdad y prestó una declaración conforme a la de Marcelo Paillaleo, la cual reproduce como propia, salvo en cuanto el pareciente declara que las especies entregadas por Juan Minchiqueo Melín a Huenul y a la Jacinta, por razón de su matrimonio con una hija de éstos, fueron dos vacas, cuyo valor ignora, dos caballos que estima en ochenta pesos, un par de barriles en doce pesos y un par espuelas en cincuenta pesos, y agrega que los animales tomados por Minchiqueo para pagarse de los obsequiado y que debía restituirle, por haber repudiado su mujer, fueron lo que el mismo Minchiqueo asegura haber tomado, lo que le consta por haber estado presente cuando Minchiqueo recibió de sus mozos el botín.

Se ratificó; es como de sesenta años y no firma por no saber.-JACOB.- *José Esteban López.- Narciso Gonzáles.- Cid*

A doce de Noviembre, los querellantes presentaron como testigos a José Quilapi, y por conducto de los intérpretes juramentados Juan Colipi y José Esteban López, prestó juramento por sus creencias y dijo: que le consta que los animales tomados por Minchiqueo Melín a los querellantes fueron dos yuntas de bueyes, dos vacas paridas y como cien cabezas de ganado lanar, lo que le consta porque vio a los mozos de Melín cuando conducían los animales vacunos y lanares hacia sus posesiones.

Agrega que cree que Minchiqueo no haya hecho regalo alguno a los padres de la indígena con que se casó, porque no tuvo conocimiento de tales obsequios, a pesar de que podía saberlo como vecino del territorio.

Se ratificó; es como de setenta años de edad, y no sabe firmar.-FUENZALIDA.- *Juan Colipí.-Cid.*

A doce de Noviembre, compareció Juan Huenul, y por conducto de los mismos intérpretes prestó juramento y dio una declaración enteramente conforme con la precedente, la que reproduce como propia.

Se ratificó; es de cuarenta años y no sabe firmar él ni el intérprete Coñuen.-FUENZALIDA.- *Juan Colipí.- Cid.*

A doce de Noviembre, compareció el testigo Pancho Nancoso, y por conducto de los mismos intérpretes, prestó juramento por sus creencias y prestó una declaración igual a la precedente, que reproduce como propia.

Se ratificó; es como de veinticinco años y no firma por no saber.-FUENZALIDA.-
Juan Colipí.- Cid.

A doce de Noviembre, compareció Juana Nincurra, y por conducto de los mismos intérpretes, prestó juramento por sus creencias, y dio una declaración igual a la precedente, que reproduce como propia; habiendo presenciado la sustracción de los animales tomados por los mozos de Minchiqueo.

Se ratificó; es mayor de edad y no sabe firmar.- FUENZALIDA.- *Juana Colipí.- Cid.*

Angol, Febrero 28 de 1880.- Autos y vistos: con lo dictaminado por el promotor Fiscal, y teniendo presente: 1° que las diversas diligencias de este sumario confirman la exposición de Minchiqueo Melín en cuanto a las causas y antecedentes del hecho que se investiga; 2° que, tratándose de las relaciones o contratos privados entre indígenas araucanos no civilizados, la equidad natural prescribe tomar en cuenta las costumbres de su raza para discernir con acierto hasta qué punto hiere un acto cualquiera los derechos reconocidos por esas costumbres y sancionados por la ley civil, y 3° que, examinando con este criterio el hecho de que se acusa Minchiqueo Melín, no constituye delito de robo ni de hurto, por cuanto no ha intentado apoderarse de una cosa ajena sin derecho, sino recuperar lo que se le adeudaba, según las referidas costumbres; por estos fundamentos se declara que debe sobreseerse definitivamente en la prosecución de esta causa, sin perjuicio de los derechos que pueden hacer valer los demandantes.- Anótese.- Hágase saber y archívese.-
Cruz.- Cid.

Concepción, Junio 20 de 1891.- Vistos: con el mérito de lo expuesto por el Juez Letrado de Angol en la nota que precede, sobreséase en la prosecución de este sumario, ínterin se comprueba el fallecimiento del indígena Minchiqueo Melín, o éste es restituido a la prisión. Se aprueba la sentencia consultada de veintiocho de Febrero del año próximo pasado, corriente a f. 18 en lo que sea contraria a ésta.- Devuélvase.- RISO.- ASTORGA.- SOTO.- Proveído por la Illma. Corte.- *Soto Salas.*

(Nota Editorial: Fin de las copias de las piezas del proceso)

V LOS INDIJENAS – NUEVA IMPERIAL

¿Cuántos son los individuos de las diferentes tribus a que damos el nombre general de araucanos, que viven todavía diseminados entre las provincias de Bío-Bío en Concepción, por el Norte, y la de Valdivia, por el Sur?

Acerca de este interesante punto, he interrogado a personas de diversa condición, -a funcionarios civiles y militares, a comerciantes y empleados de colonización,-y las cifras que me han comunicado varían entre 25 y 60,000.

Los más antiguos habitantes de la comarca, lo que han tenido más motivos para estudiar a los indígenas y para cultivar con ellos relaciones de amistad y negocios,-entre los cuales debo mencionar al coronel don Gregorio Urrutia,-se inclinan, decididamente, a las cifras más elevadas. Esta es, también, mi impresión.

La estadística oficial da cuenta ya de la existencia de 6,000 indígenas entre Bío-Bío y Malleco, y me pareció que esta cifra sorprendía a todos y que no era tomada en cuenta en los cálculos de la población total.

El mayor número se encuentra ahora en las riberas del Cholchol y de sus afluentes, el río Renaico y los esteros Pitraco, Tremeu y Repocura. La vega del Cautín está sembrada de rucas, y no son pocas las reducciones que se hallan establecidas e hijueladas en el valle central, entre Temuco y Lautaro y las colonias de Victoria y Ercilla.

Se sabe que, al Sur del Cautín, y especialmente en Boroa y Maquehua, existen grandes grupos de población indígena, pertenecientes, en su mayor parte, a las tribus que han habitado, desde época antigua, entre Cautín y Toltén, y en parte, también, según presumo, a la emigración que ha debido verificarse en esa dirección, durante los últimos ocho años, por efecto de los progresos de la ocupación chilena, del remate de terrenos, del establecimiento de fuertes y la fundación de colonias.

Hay que agregar a todo esto, todavía, los indígenas diseminados en la zona de la costa, entre el Bío-Bío y el Cautín, cuyo número no puede ser insignificante.

Me inclino, pues, a creer que el día en que se levante cuidadosamente un censo de los restos de la población araucana se obtendrá un resultado superior a los cálculos que circulan en el día, y no veo motivo para que se postergue por mucho tiempo más esa operación en el territorio de las nuevas provincias del Malleco y Cautín.

Poblaciones de indígenas, en el sentido que esta palabra tiene en los países civilizados, no existen en la Araucanía. El indio es sedentario, pero no es sociable. Huye cuidadosamente de las agrupaciones de habitaciones de chilenos o europeos, y hay siempre cuadras de distancia de ruca a ruca, aunque éstas pertenezcan, como las de los Painemal, a familias ligadas entre sí por vínculos estrechos de amistad o parentesco. La poligamia es exclusiva y recelosa.

La vega, la falda de la colina que arranca del lecho de los ríos o esteros, y en menor grado, el llano despejado en la ceja de la montaña, son los sitios favoritos del indígena. Allí tiene éste construidas sus cómodas habitaciones; allí le han encontrado los ingenieros encargados de radicar la propiedad; y allí le han designado las hijuelas, conforme al precepto de la ley. Hay, por consiguiente, motivo para afirmar que los indios van quedando dueños de la parte más rica y habitable de su antiguo territorio, y los denuncios que sobre el particular llegan, a veces, al Gobierno y al público del Norte carecen de fundamento serio.

Si alguna irregularidad se ha cometido hasta aquí, ha sido, más bien, en sentido opuesto,-no obra de injusticia de los funcionarios chilenos, sino de travesuras de los indios.

Así, ha sucedido con frecuencia que se presentan a reclamar hijuelas caciques acompañados de ocho a diez mocetones de su reducción, a quienes exhiben como casados, a pesar de su aspecto casi infantil; y los miembros de la comisión encargada de radicar la propiedad indígena, haciendo honor a las palabras y a las pruebas dudosas del jefe de la familia, entregan a éste tantas hijuelas de cuarenta hectáreas cuantos son sus mocetones casados. Al cabo de poco tiempo, los mocetones han desaparecido, para ir a repetir la comedia en otra parte, y el cacique queda dueño de ochocientas o mil hectáreas de que jamás sabrá sacar mediano provecho.

Y esto no tanto por falta de capitales o de elementos de cultivo, sino,-preciso es decirlo,- por falta de aptitudes para el trabajo. No se cambia así no más, de la noche a la mañana, la lanza por el arado, la vida brillante y ociosa del guerrero por la vida humilde y sacrificada del agricultor. Hoy, todavía, quien desempeña, en la ruca y en torno de la ruca, toda la tarea, es la mujer. Ella es la que trasquila las ovejas, a medida que necesita lana para sus tejidos. Ella es la que rasguña un poco la tierra, a poca distancia de la habitación, la que siembra y cosecha la pequeña cantidad de granos y legumbres que necesita la familia para el consumo del año, y desgraciadamente, siembra a menudo de menos, y la provisión no alcanza hasta el siguiente verano. La mujer es, en fin, la que acarrea sobre sus redondas y fornidas espaldas la leña que va a cortar al bosque, el cántaro que a llenar el arroyo, y la leña y el pasto que lleva a vender a las poblaciones inmediatas. La tarea del hombre era, en los buenos tiempos, la expedición a la pampa, el malón y la guerra contra el *huinca*. En el día, no pelea ni maloquea, pero tampoco trabaja. Vigila un poco el ganado, duerme y trafica. Mientras que son pocos los indígenas que no calzan bota alta, o por lo menos, bota de potro, no se ve una sola india que no ande descalza, a pesar de los grandes aros y del collar de plata.

No parecerá extraño, con estos antecedentes, que los indios se encuentren en las más tristes condiciones de fortuna. Son muchos los que no tienen más propiedad que sus hijuelas, y estas mismas las habrían reducido a aguardiente, si les fuera permitido enajenarlas.

He oído hablar de indios que son dueños de miles de cabezas de ganado vacuno y caballar. Estas son patrañas que ellos mismos echan a volar, a fin de conseguir que se les conceda hijuelas de cierta extensión. De los datos que he recogido resulta, más bien, que es escasísimo el número de los indios que poseen rebaños de más de cien vacunos. No pasaba de esa cifra el que vimos llegar a los corrales de los Painemal, y en este piño estaban comprendidos los animales de dos o más familias.

¿Cuál es, entonces, el porvenir de la interesante raza que alcanzó, merced a su heroísmo indomable, los honores de la epopeya, de la raza cuyos gloriosos antepasados son los nuestros por adopción, de la raza cuyo vigor y cuya nobleza envidiamos e invocamos como timbres de orgullo para el país?

En la competencia del trabajo y de la civilización, que se ha abierto en el territorio araucano entre el europeo, el chileno y el indígena, este último es el peor preparado para la lucha, y sucumbirá, seguramente, como elemento distinto de los demás. Irá a perderse, si el aguardiente, la peste de viruelas, y la nueva peste importada en Chile en Diciembre de 1886 no barren con él, a semejanza de los claros y bulliciosos arroyos que afluyen a los ríos de la región araucana, a la gran corriente de la nueva población chilena que está formándose desde Bío-Bío hasta Reloncaví. El empobrecimiento completo de los caciques, la pérdida de las hijuelas que, de una u otra manera, se verificará, y la reducción final de toda la raza a una sola categoría de desvalidos, reducidos a trabajar como peones para no morir de

hambre, borrarán, sucesivamente, los rasgos de altivez y seriedad que hacen de algunos de los indios tipos dignos de interés y las originalidades del lenguaje, costumbres, instituciones, arquitectura, traje, etc. en algunos años más, se señalará como único rastro de la población araucana las marcadas facciones y el vigoroso desarrollo muscular que heredará un aparte de la clase cultivadora entre Bío-Bío y Toltén.

El araucano desaparecerá; pero, en honor de esta rama de la familia americana, hay que reconocer que no desmiente, en los días de su vencimiento, de su infortunio y de su agonía, las cualidades que le permitieron sostener contra el poder de España y contra el de la República misma una resistencia sin igual en la historia. El mapuche tiene conciencia cabal de su derrota irreparable, y esto, más bien que la falta de elementos y brío militar, es lo que permite abrigar la confianza de que la paz no será perturbada en adelante. En la actitud del indio no hay humildad ruin, ni tampoco taimada soberbia. Se conoce que ayer no más enterró la lanza y que la enterró en virtud de una capitalización honrosa. Está resuelto a cumplirla, y se cree, a su turno, amparado por ella. Camina con la frente alta, con paso elástico, serio, inmutable, como si nada tuviera que desear y nada que temer. Cualquiera otra de las razas americanas, en lugar de ésta, habría perdido toda apariencia de dignidad, o habría agotado sus últimas fuerzas en la vida de vandalaje.

Es muy escaso el número de los delitos que cometen los indígenas, y aun en los casos en que se les cree culpables, habría que averiguar si, en el fondo, no anda por ahí la mano del *huinca* malo. Oí hablar de un robo de animales en el distrito de la montaña; jamás de crímenes feroces o alevosos, como los que se cometen, hora por hora, en todo el país.

No sería, así, justo decir que los indígenas dan que hacer a las autoridades. Necesitan éstas, sin embargo, armarse de un poco de paciencia para oírlos. El indio ha conservado de sus bellos tiempos de confederación republicana el hábito de la oratoria, se entrega a él con una majestad, una amplitud y una monotonía dignas de los consejos de la antigua Grecia. Es su último derecho, es el último resto de su soberanía, y no está dispuesto a dejarse privar de él. Es singular la vivacidad y la malicia que brillan en el ojo de orador indio mientras el intérprete, -el *lengua*- que generalmente es uno de sus mismos mocetones, hace esfuerzos heroicos por no dejar en el camino ninguna de las frases que el cacique quiere hacer llegar íntegras al espíritu de su interlocutor. Lo peor es que el araucano usa tres, cuatro y más veces de la palabra, y repite sus dichos, sus argumentos y sus protestas, con una tenacidad imperturbable, análoga a la que se emplea, de algunos años a esta parte, en el Congreso de Chile. En vano, los funcionarios poco pacientes procuran, con la voz y el ademán, cortar el hilo de la elocuencia indígena; el orador es, también, a su modo, en Arauco, un sacerdote del deber y de la verdad, y no se deja arrebatar, así no más, la libertad de tejer frases y de embarcarse en repeticiones sin fin.

La oratoria de los indios encuentra tema y alimento predilectos en las cuestiones que nacen de la radicación de la propiedad de indígenas y del trato y tráfico con la población chilena. El araucano posee, en grado superior, la maña, la tenacidad y las artes del tinterillo, y pocos le ganan en fecundidad para improvisar tretas de guerra judicial. He apuntado ya el fraude que han empleado para conseguir hijuelas mucho mayores que las que les concede la ley. En general, saben hallar salida en toda dificultad y defensa en toda situación crítica.

Las relaciones entre el indígena y el colono tienden a hacerse amistosas y frecuentes. Al principio, los individuos de las dos razas se contemplaron recíprocamente, con extrañeza y desconfianza; todavía las madres europeas asustan a sus hijos desobedientes con el indio, y las madres indias, a su vez, recurren, en las mismas circunstancias, al cuco de patillas color de fuego. Pero, poco a poco, el colono ha ido

sintiendo la necesidad de emplear mocetones en sus faenas de campo, y esta tendencia se acentúa, a medida que aumentan los recursos y se ensancha la esfera de actividad del europeo, y sobre todo, a medida que se pronuncia el descalabro del sistema del cultivo en medias y la rivalidad entre colonos y chilenos. El resultado no ha dejado descontentos a los patrones europeos; y por su parte, el indio no es insensible a la buena y honrada paga, a la comida abundante, al pan a discreción y al tratamiento amistoso del colono.

Con el chileno,-cultivador en pequeño, traficante en animales y licores, desertor o prófugo y frecuentemente malhechor,- ha vivido el indio, de mucho tiempo atrás, en grande intimidad. El chileno ha sido huésped favorito del cacique, y ha tenido permiso para construir su mal rancho de paja a inmediaciones de la ruca. Se comprende que, en cierta época, mientras la autoridad de la República se detenía a orillas del Bío-Bío o del Malleco y el huésped se hallaba a merced del indio, la situación era regular, y las relaciones entre mapuche y huinca ventajosas para ambos. El chileno trabajaba la tierra en medias, acompañaba al indio en sus expediciones de guerra y pillaje, le iniciaba en pequeños misterios de la industria y la cultura del país. Pero no bien se consumó la ocupación chilena y el sometimiento de los indígenas, cuando comenzó a experimentarse un cambio muy desagradable para el indio. De huésped discreto y útil, el chileno se convirtió en entrometido, altanero, ocioso, bebedor y tirano. Desapareció la abeja y quedó el zángano, armado, por desgracia, con el aguijón de aquella. El *huinca* tiene una idea muy exagerada de la modificación que se ha producido en su favor, en las relaciones con el *mapuche*, y abusa de sus pretendidos fueros, descaradamente. El número de los vivientes chilenos en propiedades de indígenas ha aumentado, y aquí y allá se ve a algunos instalados, personalmente o por medio de mayordomo e inquilinos, en hijuelas entregadas a indios, por más que les salgan al camino de esta usurpación las leyes y los decretos de la autoridad. El alojamiento de la familia indígena trabaja mucho menos que antes, y bebe mucho más; y bajo la influencia de las copas, maltrata al indio, revuelve el gallinero de la ruca, y siembra a cada paso desorden y bochinche.

Hemos bajado el suave declive de la colina, y antes de que alcancemos a darnos cuenta del nuevo aspecto del paisaje y de la extensión de la famosa vega del Cautín, nos encontramos en las calles de la Nueva Imperial, y vemos desfilar, a uno y otro lado, edificios de madera y tabique, concluidos o en construcción, huertos, plazas y una población cosmopolita, anuncio seguro del movimiento comercial y la prosperidad del pueblo, paseando en las bien arregladas veredas sus trajes de domingo.

Se halla situada la ciudad a orillas del Cholchol, que llega a este punto en la plena majestad de sus aguas remansas, claras y profundas, después de recoger en su curso, generalmente regular y recto, de Norte a Sur, todos los ríos y los esteros que bajan al valle del centro de las serranías de Ñielol y de Nahuelbuta.

Un poco más al Sur, a doce cuadras de la población, se junta el Cholchol con el Cautín, que toma desde allí el nombre de río Imperial, y se presenta, mediante el considerable aumento que ha alcanzado el caudal de sus aguas, más allá de las peligrosas rompientes de las Juntas, en condiciones favorables para la navegación.

Se ha discutido con mucho calor, y se discute todavía si hubo acierto en la elección del sitio que ocupa Nueva Imperial, o si los funcionarios encargados de la fundación de la ciudad hubieran obrado más juiciosamente estableciéndola, unos cuantos kilómetros más abajo, en el lugar llamado Carahue (*cara*, viejo, *hue* pueblo), asiento de la antigua Imperial, en la ribera Norte del río, en donde éste ha salvado ya todas las dificultades y los

embarazos producidos por la confluencia con el Cholchol y admite embarcaciones capaces de navegar en el Pacífico.

Los pesimistas afirman que, si los españoles tuvieron, con frecuencia, poco acierto para elegir el asiento de las ciudades que fundaron en Chile, sus descendientes no lo hacen mejor. En concepto de ellos, se ha sacrificado el porvenir de la nueva población a consideraciones de estrategia, evidentemente absurdas, puesto que el peligro de los ataques de los indios, en caso de merecer seria consideración, se presentaba con carácter de muy transitorio, y en todo caso, la mejor defensa de Nueva Imperial contra un levantamiento en armas de la población araucana de los valles de Cautín y Cholchol, que la insurrección habría dominado, habría consistido en la facilidad y la seguridad de sus comunicaciones, por el río y el mar, con Talcahuano y el resto del país.

La cuestión tiene su importancia retrospectiva e histórica: prácticamente, no hay para qué renovarla. Más importante y útil sería investigar si habría ventaja en adoptar alguno de los proyectos que han sido propuestos para evitar las perturbaciones que nacen de las Juntas para el sistema general, reducido pero no despreciable, de las comunicaciones fluviales en esa parte del territorio de Chile.

Existe un plan, si no concebido, a lo menos calorosamente patrocinado por el señor Drouilly, Inspector general de las colonias, para la construcción de un canal, que establecería entre el Imperial y el Cholchol, más debajo de las Juntas, una nueva comunicación, libre de los inconvenientes de la actual. El canal arrancaría de un punto de la ribera Norte, entre la confluencia de los dos ríos y Carahue, y remataría frente a Nueva Imperial. Su extensión sería de tres leguas, y se calcula que podría realizarse la obra con un costo de sesenta mil pesos.

Si el canal correspondiera a las esperanzas que cifran en él sus autores, las ventajas de la comunicación fluvial no alcanzarían solamente a Nueva Imperial; se harían sentir hasta muy al interior, en el valle del Cholchol y en los de algunos de sus afluentes, como el Quillen, a orillas del cual visité la aldea y la colonia de Galvarino. Toda la región que recorren estos ríos quedaría en comunicación directa con la costa del Norte, y podría renunciar, por algún tiempo más, a los beneficios del acarreo por ferrocarril, de que disfrutarán, en breve, el valle del medio, hasta Traiguén y el valle central i de la montaña, hasta Lautaro y Temuco. No quedaría entonces, en todo el antiguo territorio araucano, a lo menos en la parte comprendida en sus dos zonas principales, uno solo de los centros de población y cultura establecidos hasta este momento privado del servicio a vapor para las comunicaciones y el transporte de la mercadería.

Por de pronto, el problema que se halla en camino de resolución y que preocupa vivamente a Nueva Imperial es la navegación a vapor entre las riberas del Imperial y los puertos de la costa.

Vapores pequeños, pertenecientes a una compañía de armadores chileno-alemanes de Valdivia, viajan, de tiempo atrás, con regularidad, entre esta ciudad y un punto inmediato a Carahue.

La Compañía Sud-Americana de Vapores, por su parte, se manifiesta empeñada en entablar el tráfico por medio de buques construidos con las condiciones que requiere la navegación del Imperial.

El principal inconveniente no es el río, que arrastra, desde Carahue hasta su desembocadura al mar, un buen caudal de aguas tranquilas. La dificultad y el peligro están en la barra, y de ello parece más directa y profundamente convencido que nadie el capitán de un vapor de propiedad del poderoso molinero señor Bunster, que esta cruzando frente a

la boca, desde hace tres días, sin atreverse a entrar, por carecer de práctico, según unos, por especulación, según otros, y porque, en realidad, el estado de la barra lo acobarda, según la opinión de los más discretos. Lo cierto es que el señor Bunster estuvo aquí hasta hace dos días, y marchó entonces a Traiguén, sea porque abandonara la partida o porque le llamaran a sus establecimiento de aquella ciudad atenciones urgentes de su vasta negociación.

El vapor del señor Bunster no es de los más aparentes para la navegación del Imperial. Con una capacidad de 160 toneladas de registro, cala nueve pies, y no anda contra la corriente más de cinco millas por hora. El problema estaría resuelto muy favorablemente si una nave de estas condiciones salvara la barra y fondeara sin inconvenientes en el lugar que llaman “el puerto”, a poca distancia de Carahue.

La empresa del señor Bunster no está destinada a beneficiar a Nueva Imperial y al comercio en general de estas regiones, sino de una manera indirecta, por cuanto dará aliento a otros propietarios de vapores y estimulará a la Compañía Sud-Americana a la realización de sus propósitos. En la situación de los fletes, que llegan hasta doce pesos por tonelada, no influirá, porque el señor Bunster cargará sus vapores con la harina del gran establecimiento de molienda que posee en Nueva Imperial, en donde se ha pagado el trigo, este verano, a tres pesos, al paso que se ha vendido la harina a cuatro pesos.

Lo que aquí se necesita es competencia bastante sostenida en el acarreo marítimo, para que los fletes bajen, y competencia de bodegueros, que será consecuencia de la anterior, para que se quebrante el monopolio que el poderoso molinero ha conseguido crear mediante la red de establecimientos de primer orden, que tiene, como he referido ya, extendida de Angol y Collipulli a Nueva Imperial y Temuco, sobre las dos provincias de Malleco y Cautín, y más que todo, mediante su inteligencia, su capital y su audacia. Por el momento, no hay en el territorio del antiguo Arauco más comprador de trigo posible que el señor Bunster, y como es natural, impone éste dura ley a los cultivadores.

La cuestión de la navegación de los ríos me ha hecho olvidar el pueblo. Ella es, por lo demás, el tema de la preocupación universal. No se vive, en esos días, en Nueva Imperial sin interesarse vivamente en vapores y barra, en fletes y canal. La población alentada de esta ciudad nueva y próspera comprende que es su porvenir lo que está jugándose en los ensayos y proyectos de ingenieros y armadores.

Se construye en Nueva Imperial con mucho empeño y empleando material de tan excelente calidad como en Traiguén. Además de los edificios de Bunster, que forman en el extremo Norte del pueblo, al pié de las colinas que cierran allí la vega, un grupo considerable e imponente, llaman la atención algunas casas de dos pisos de muy buen aspecto. Los buenos tabiques y la teja son de uso frecuente; la ciudad ha salido, evidentemente, del periodo crítico de duda e inquietud en que los más acaudalados habitantes se contentan con levantar fáciles edificios de tabla, como si estuvieran expuestos a recibir, a cada momento, la orden de doblar las tiendas y volver a los lugares de donde vinieron. Tampoco han sido muchos los acaudalados, en los primeros años de estas nuevas poblaciones improvisadas en suelo araucano.

Una de las principales casas es la que ha edificado en la plaza el señor Iriarte, hermano del Gobernador de Cañete, sujeto estimable y emprendedor, que ha conseguido realizar, en cinco años, una fortuna en el comercio con los indios, y a quien debimos cariñosa hospitalidad, atenciones esmeradas y muy interesantes datos sobre la historia y estado actual de los negocios en Nueva Imperial.

El tráfico en que este caballero ha alcanzado tan buen éxito es, también, el que sostiene, hasta este momento, la prosperidad del pueblo. Aquí se surten, en efecto, además

de los indígenas que ocupan lo mejor de la vega del Cautín y el valle del Cholchol, la mayor parte de los que habitan al Sur del Cautín, especialmente los de Boroa y Maquehua.

Buenos parroquianos del comercio, en esta y otras ciudades de Arauco, han sido y son todavía los soldados del ejército. A éstos debieron las nacientes poblaciones el amparo y la confianza, de que tanta necesidad tuvieron en sus primeros días. Mas tarde, después que todo peligro de levantamientos de indios desapareció, se les ha destinado a abrir caminos y a construir edificios ¡Y cómo van a lamentarse los habitantes de estos lugares, que no poseen recursos propios para resistir al triste silencio de las noches, el día en que se les prive de la banda de música de la guarnición!

Se encuentra, actualmente, en Nueva Imperial, medio batallón del 4° de línea, el mismo cuerpo a que pertenecen las compañías destacadas en Galvarino y Cholchol. Es una tropa cuya actitud no deja que desear. En ninguna parte vi soldados con el uniforme sucio o en estado de ebriedad, y esto no es poco decir en Chile.

Antes de recogerlos, recibimos una noticia que nos causó alegría y entusiasmo. Por un telegrama enviado de Carahue a Valdivia, para ser transmitido de aquí al establecimiento de molienda del señor Bunster en Nueva Imperial, se supo que el vapor de este caballero salvó, en la tarde, la barra con felicidad y que estaría, a estas horas, fondeado en el puerto cerca de Carahue, si la falta de práctico no le hubiera hecho embancarse.

Posteriormente, las noticias favorables respecto del viaje del vapor se confirmaron. El embancamiento no pasó de ser un percance de poca monta. El buque llegó en la mañana siguiente a puerto, desembarcó la mercadería de que era portador, y salía, cuatro días después, en dirección a Talcahuano, con un cargamento de harinas del establecimiento de Bunster.

El problema de la navegación del Imperial ha dado, con esto, un buen paso adelante. Es tiempo, ahora, de que se establezcan una o más líneas de vapores construidos expresamente en vista de la barra. En seguida, si el empuje del progreso no decae, podrá pensarse en abrir el canal entre los dos ríos, que pondrá a Nueva Imperial, a Cholchol y a Galvarino en inmediata comunicación con Valdivia, Talcahuano y Valparaíso. Habrá motivo, entonces, para creer y declarar que el país no se halla dispuesto a seguir durmiendo sobre los laureles, un poco envejecidos, de sus antiguos triunfos industriales.

La colonización no ha extendido sus trabajos en esta sección del territorio, sino hasta Galvarino. No se ha fundado colonias en las márgenes de Cholchol y del Imperial, sea por la oscuridad en que ha estado envuelta, hasta aquí, la cuestión de las comunicaciones fluviales, o bien porque no se ha podido disponer, antes de ahora, de la extensión necesaria de terreno fiscal mensurado e hijuelado.

Hay que considerar, también, que no conviene tanto multiplicar los centros de población europea como robustecer y hacer surgir los que ya existen y luchan por la vida. Veinte colonias, con veinticinco familias cada una, tendrán muchos más inconvenientes que vencer que cinco colonias de a cien familias, y la acción civilizadora y progresista de las segundas se hará sentir muchos años antes que la de las primeras, en la fundación de escuela y templo y en la planeación de trabajos en común y de pequeñas industrias relacionadas con la agricultura.

De todas maneras, en concepto de la Inspección general, ha llegado la hora de establecer un centro de población europea a inmediación de Nueva Imperial, y el sitio designado para la colonia son las colinas tendidas de las márgenes ponientes del Cholchol. Allí va a concederse hijuelas a dos o tres colonos ingleses, que se encuentran repartidos en las otras colonias o aguardando que se les ponga en posesión de sus terrenos; y este será el

núcleo en torno del cual se agruparán las familias británicas que lleguen en la próxima temporada.

En las primeras horas de la mañana del 21 de Marzo, nos dirigimos a la orilla del río, a fin de dar una mirada al sitio de la futura colonia inglesa.

A nuestros pies dormía el Cholchol, tranquilo, cristalino y profundo como un hermoso lago, y en la ribera opuesta, más allá de la angosta faja de vega, surgía suavemente una serie de colinas que parecen prestarse admirablemente para el cultivo. Las hijuelas tendrán poco frente, a fin de que todas ellas queden con acceso al río y mirando a Nueva Imperial y la ribera Oriente, con las cuales se mantiene ahora la comunicación por medio de una gran lancha de propiedad municipal, que explota por su cuenta el subastador del producto de los pasajes.

Un edificio un poco ruinoso, situado precisamente en el punto en donde desembarcan, en la otra ribera, los pasajeros de la lancha, y que será menester pagar al que tuvo la humorada de construirlo en terreno notoriamente fiscal, fue destinado por el Inspector general para la instalación provisoria del primer colono ingles, individuo que ha venido tras de nosotros desde Angol y que, a pesar de la inmutabilidad habitual de su semblante, se entusiasmó a la vista de la hermosa comarca y de su hijuela separada apenas de él por el ancho del claro y sosegado Cholchol.

Este colono –a quien llamaré X, por motivos que va a poder apreciarse en seguida,- es un hombre de cincuenta años, corpulento y todavía lleno de vigor, pero taciturno y melancólico. Vestía como un habitante de ciudad de mediana condición, más bien que como un cultivador.

Los últimos años de la vida de Mr. X habían sido muy accidentados. Se encontró, en cierta época, al frente de una posada, situada a orillas de un lago pintoresco de Escocia, que estuvo gozando de cierta voga por haber ido la reina Victoria a pasar allí una temporada de verano.

Según Mr. X, esta real visita fue el origen de su desgracia. Presumiendo, bien temerariamente, que la prosperidad producida por ella iba a ser duradera, gastó fuertes sumas en embellecer la casa y mejorar su instalación, tomó terrenos en arriendo, puso su familia en gran pié de alojamiento, trajes y educación, en una palabra, perdió la cabeza, -y cuando volvió en sí de su sueño de riqueza, fue para encontrarse con su negocio arruinado, debiendo fuertes sumas que no podía pagar, avanzando en años, y sin hallar a donde dirigirse o a dónde mirar, con su esposa y sus hijos.

En estas circunstancias, tuvo Mr. X noticia de las colonias de Chile, y se embarcó, en dirección a Talcahuano, después de arrastrar de malilla con todas las existencias, que pertenecían a sus acreedores y de mucha parte de las cuales lograron éstos, posteriormente, ponerse en posesión a bordo del vapor, en aguas chilenas. La esposa de Mr. X, que parece ser el espíritu más vigoroso y activo de la familia, y los hijos, grandes y fuertes, llegaron después a Chile y se encontraban en Angol, cuando salí de esta ciudad.

Si he hecho mención tan especial de Mr. X, no ha sido por el gusto de recordar sus escabrosos percances comerciales, ni aun por la simple circunstancia de ser el fundador de una colonia que promete pronto y rápido desarrollo, en su privilegiada situación a orillas del Cholchol y frente a Nueva Imperial. Su expedición en demanda de la futura hijuela, que su esposa deseaba muy vivamente obtener cerca de un lago, o a lo menos de un río considerable, para acordarse del *loch* de Escocia que reflejó en sus aguas el cuadro de su prosperidad y el de su infortunio, estuvo estrechamente ligada a esta primera parte de

nuestro viaje por incidentes y aventuras de estilo más simpático y liviano, que quiero referir porque son característicos del hombre y hasta de la raza.

Mr. X salió de Angol a caballo, y hasta Traiguén le tuvimos a la vista, y pudimos admirar la inmutabilidad estoica de su figura ligeramente inclinada sobre el cuello de la áspera cabalgadura. Después, le perdimos de vista, y llegamos a Nueva Imperial un poco inquietos por la suerte que habría corrido en su solitaria jornada, en un país cuyo idioma, costumbres y moneda le eran completamente desconocidos.

A poco andar, sin embargo, nos tranquilizó su aparición. Le vimos llegar al Hotel, en donde comimos, con la tranquilidad acostumbrada, pero con las botas muy empolvadas y sin sombrero. Nos refirió que, sintiéndose muy fatigado y maltratado por el caballo, lo había dejado en casa de un colono de Traiguén, y había seguido su viaje a pié. Al salir de Galvarino, le sorprendió la noche, y se tendió a dormir a orillas del camino, y con tan buen sueño, que no sintió que le quitaban el sombrero, a pesar de que, según decía, alcanzó a ver que los autores del despojo fueron unos soldados, que se alejaron rápidamente con la prenda. Recorrió, en seguida, a cabeza descubierta, los 54 kilómetros que separan a Galvarino de Cholchol, y tan buen servicio le prestaron sus piernas escocesas de cincuenta años que llegó a Nueva Imperial casi al mismo tiempo que nuestro carruaje, sin apariencias de cansancio y sin desarreglo en su traje.

¿Cómo logró este hombre silencioso y triste hacerse entender de los chilenos, para preguntarles por la dirección del camino y para conseguir de comer?

¿Tomó siquiera alimento, desde que salió de la casa del colono de Traiguén, en donde dejó su caballo?...

Cuando nos despedimos de él, al montar de nuevo en coche, en la mañana del 21, lo dejamos dominado por el deseo de ver llegar pronto su familia y preocupado ya con la idea de establecer en su hijuela una posada y una panadería u de subastar el pasaje en el próximo remate. Es de esperar que el Cholchol sea para él más benigno que el engañoso lago de las montañas azules de Escocia.

VI LA VEGA DEL CAUTIN – TEMUCO

Saliendo de Nueva Imperial hacia el Oriente, en dirección a Temuco, la capital de una de las nuevas provincias creadas en Arauco, pude, por primera vez, darme cuenta de la extensión y de la importancia de la vega del Cautín.

El llano, limpio y parejo, con una anchura de no menos de dos kilómetros de ribera a ribera, se extendía río arriba hasta perderse de vista. Desde que estuvimos a cierta distancia de la población, las rucas comenzaron a aparecer, diseminadas, en la vega y sobre las colinas desnudas y suavemente tendidas de la margen opuesta del río, en mucho mayor cantidad que lo que había observado en la región del Cholchol. Era evidente que recorriamos, en esos momentos, un asiento muy antiguo e importante, quizás el más importante de civilización y población araucanas.

La agricultura y la industria van a encontrar vasto campo en esta espaciosa y rica vega que el indígena indolente ha arañado, aquí y allá, sin comprender seriamente su fuerza productiva, y sobre la cual podría echarse, con facilidad, toda el agua del Cautín que fuera necesaria para regar campiñas y mover máquinas, por medio de canales idénticos al que sirve al molino Bunster. Y no se tachará de quimérica la esperanza de que, en algunos años más, cubrirá el manto verde claro de una inmensa serie de viñedos y cubrirán grupos espesos de árboles frutales la desnudez de las colinas de Boroa, que se extienden aquí al Sur del río, si se toma en cuenta que, ahora mismo, en los jardines particulares de Nueva Imperial, en suelo bajo de vega, se cultiva con muy buen éxito algunas clases de vid temprana y muchas de las frutas propias de las provincias centrales de Chile. En aquella misma mañana, nos había mostrado el señor Iriarte, en el segundo patio de su casa, un jarrón de planta de chaselas tan bien desarrollada como la que crece en las inmediaciones de Santiago y un huerto de perales, ciruelos, cerezos y duraznos en excelente estado de frondosidad y salud.

En esta primera parte de la vega no tuvimos a la vista, sino por momentos, las aguas del Cautín, que corren en hondo cauce. En cambio, son muchos los indicios de la antigua y actual aglomeración de pobladores indígenas. El número de las rucas, construidas todas según un mismo plan, casi del mismo tamaño y con la entrada por el Oriente, era en algunos puntos tan considerable que el llano y las lejanas lomas de Boroa parecían ocupadas por un enjambre de gigantescas vizcachas. A cada paso aparecían, también, a uno y otro lado del camino, cementerios de indios, completamente abiertos y sin protección ninguna contra las depredaciones de los perros y de los transeúntes mal intencionados. Figuras toscamente grabadas en maderos cuya altura varía entre uno y tres metros y en algunos de los cuales está indicado de la manera más crasa imaginable el sexo de los difuntos, y aquí y allá una cruz levantada en medio del tupido grupo de esos símbolos paganos y realistas, en homenaje a algún indio bautizado, representan el supremo esfuerzo del arte araucano por transmitir a la posteridad el recuerdo de los muertos. Los cadáveres de la gente común son depositados en la concavidad de gruesos troncos, y cubiertos ligeramente con tierra. Cuando el mismo tosco ataúd encierra los restos de algún indio de distinción, se le cubre con otro medio tronco y se le deja descomponerse a todo aire. Sin más defensa que algunas grandes piedras y trozos de madera colocados sobre ellos.

Poco a poco, a medida que avanzamos hacia el Oriente, hace de nuevo aparición el bosque, y el paisaje se transforma. Primero son grupos aislados de hermosos árboles; en seguida grandes manchas de selva, tras de las cuales desaparecen, a nuestra izquierda, las colinas de la ribera Norte, y que, a nuestra derecha, anuncian la vecindad inmediata del

lecho en que está encerrado ahora el Cautín, después de haber ocupado en época remota, todo el ancho de la vega. Finalmente, los grupos forman, a ambos lados del camino y a veces en derredor nuestro, en toda dirección, un elevado cortinaje, entre cuyos majestuosos pliegues va perdiéndose el llano. Este es Arauco, el Arauco que hasta aquí buscaba en vano, el Arauco de que no guarda vestigios la desnuda y fértil región de las lomas del centro, el Arauco que la imaginación, la leyenda,-y de acuerdo con ellas, la historia,- respetan como el escenario de los hechos heroicos de la raza que supo defender y guardar su independencia durante más de tres siglos.

Al pié de los gigantes de la montaña virgen, se desarrolla poderosa vegetación de helechos y arbustos, y de en medio de éstos se desprenden gruesas guirnaldas de enredadera, que envuelven los troncos, se reparten entre los ganchos y saltan de rama en rama. El manzano silvestre, que habíamos visto, el día anterior, en escaso número de ejemplares a orillas de los afluentes del Cholchol, se presenta ya aquí en toda su lozanía, formando verdaderas arboledas en la ceja del bosque indígena primitivo y principalmente a inmediaciones de los lugares despejados en donde existen o han existido, en otros tiempos, habitaciones de indios.

Bandadas de loros llenan el bosque con sus gritos agudos, las torcazas vuelan de árbol en árbol ahuyentadas por el ruido del carruaje, y en los espacios libres del llano que todavía aparecen, de trecho en trecho, se pasean majestuosamente docenas de bandurrias. Mas allá son los rumores del tráfico, que el eco sonoro de la montaña repite, y las escenas de la vida humana propias de estas comarcas, una que otra pequeña carreta luchando en el camino pesado y sembrado de troncos, un grupo de viajeros arreando tres o cuatro animales, chozas miserables de aventureros chilenos establecidos de paso en terreno sin señor, y todavía, de trecho en trecho, a uno y otro lado del camino, hasta muy cerca de Temuco, las últimas rucas de los indios de las tribus abajinas o de los valles de la costa.

Una de éstas, que visitamos, pertenece al cacique Pedro Cayuqueo, a quien se aguardaba, de un día a otro, de la Argentina, a donde había ido, al concluir el verano, con el doble objeto de vender las mantas fabricadas por sus mujeres y de traer algunos animales. Y sea por la ausencia del jefe de familia, o bien porque ésta había almorzado momentos antes y no había tenido tiempo para reparar el desorden propio de esa hora, o por cualquier otro motivo, lo cierto es que eché de menos en la habitación el orden y aseo que me sorprendieron en la ruca Ramón Painemal, a la cual no iguala, tampoco, la de Cayuqueo en el tamaño y en la solidez de los pilares del centro, ni en el esmero general de la construcción.

Un enjambre de chiquillos, perros y gallinas se repartía los restos del almuerzo, y dispersaba en toda dirección las ollas, los pedazos de leña carbonizados y las cenizas de las cocinas. Un indiecito de pocos meses, atado sólidamente a una tabla apoyada a un tabique, hacia gestos desesperados por librarse de las moscas. En uno de los departamentos del fondo gruñía con impaciencia un chancho en engorda.

A las tres esposas del cacique no les hacían falta los collares y los anillos; pero en sus trajes se dejaba ver la mala influencia de la hora, y se veía que andaban en trajines u que no podrían dar principio tan pronto a las tareas del tejido.

Me pasó por la imaginación la sospecha de que el desorden de la ruca podía muy bien no ser resultado exclusivo de la hora indiscreta, sino, más bien, de la influencia chilena, representada allí por un individuo que, en su cara, en su acento y en su acento, manifestaba todas las trazas de un obrero de nuestras ciudades de provincia. Luego supimos que éste era hijo de Cayuqueo, indio chilenuizado, que recibió educación en un colegio de

Angol, se casó allí con mujer chilena, y vino después a construir su casa, mitad a la española y mitad a la araucana, a pocos pasos de la ruca de su padre. Nos hizo ver allí, en departamento separados, una buena cosecha de trigo y otra muy regular de manzanas, y en la pieza que podía llamarse principal una máquina de coser, que han aprendido a usar las indias de la familia. Lo que no me pareció tan correcto e inocente como lo anterior fue la presencia de un individuo bien vestido, que dormía o aparentaba dormir, con revólver a la cintura, en un entresuelo que daba a la habitación. ¿Sería este un viajero honrado? ¿O figurará, entre las novedades que ha traído el joven Cayuqueo a la ruca de su padre, a más del desaseo y del desorden, la intimidad de los malhechores que abundan en las dos márgenes del Cautín?

Estamos en pleno bosque. La selva se ha tragado la vega. Solamente muy de tarde en tarde, se interrumpe la majestuosa bóveda que forman las ramas, enlazándose sobre nuestras cabezas, y aparece un prado de algunas cuadras de extensión, rodeado en todo sentido por la poderosa vegetación del Sur.

Desgraciadamente, la huella del hombre y de sus instintos de destrucción salvaje está estampada en los más tupido del bosque. A cada paso, vemos desfilar, entre masas de verdura llenas de vida y de vigor, grupos de árboles destruidos y ennegrecidos por el roce, que han quedado en pié como protestando contra la barbarie de los nuevos ocupantes de la Araucanía y levantando los brazos al cielo en la crisis de una dolorosa agonía. En un día, en una hora, se ha perdido, así, por obra de un individuo incapaz de medir las consecuencias de su acto, una parte del encanto y de la riqueza de la tierra chilena. Con nuestras propias manos temerarias seguimos arrancando a jirones de los hombros de nuestro país el espléndido é higiénico manto de la selva, que lo adornaba y amparaba, en cierta época, reduciendo a esterilidad y aridez eterna la mayor parte de su superficie, y produciendo en su clima y en sus condiciones de salubridad una funesta transformación.

¿Existe alguna razón capaz de justificar este brutal procedimiento y la imprevisión sin nombre de las autoridades y del público, que lo toleran? En los claros que el roce produce en la montaña, se logra apenas una o dos cosechas, en un suelo sembrado de enormes troncos. El renewal se presenta a vengar la selva, cuando los ingenieros del Estado no se han presentado antes a ahuyentar al usurpador. La utilidad del incendiario es miserable; la destrucción que ha causado, -tomando en consideración el daño directo e inmediato, -podrá evaluarse, en muchos casos, en centenares de miles de pesos.

Con la indolencia propia de nuestra raza, piensan y dicen muchos que los árboles no hacen falta en el Sur, que hay allí árboles de más y que lo que falta es terreno para sembrar; en fin, que es preciso despejar el suelo. No piensan que esta reserva de la zona montañosa de la Araucanía es el baluarte inestimable de la salubridad y la fertilidad de Chile contra la invasión del desierto que se ha extendido por las provincias del Norte, y que, en años como los últimos, ha paseado sombras fúnebres anticipadas por el centro y el Sur hasta las mismas márgenes del Cautín. No se les ocurre que el bosque de Arauco humedece la atmósfera que envuelve a Chile, y que, si alguna vez, se emprende contra la esterilidad y la sequedad de que somos víctimas, una campaña de reconquista y de restablecimiento de las antiguas condiciones de nuestro clima y nuestros cultivos, ello será posible solamente mientras mantengamos, como base de la gran operación forestal futura, la reserva preciosa de la zona de poderosa vegetación que se extiende del Malleco al Sur, a lo largo de la cordillera.

Esta es una de las pocas ocasiones en que un hombre puede desear con justicia, para su voz, un eco profundo y duradero en el ánimo de sus conciudadanos. Yo me siento

inclinado, en presencia del salvaje vandalismo del roce, a exclamar a gritos; amparad el bosque; condenad como delito su destrucción por el fuego; someted su explotación a un severo y juicioso reglamento. De otra manera, andando el tiempo, perderá Chile la mayor parte de las ventajas que le han conquistado su fama de país sano y de país hermoso, merecerá llamarse Atacama en vez de Chile.

Este es también, -debo agregar, -uno de los casos en que el patriotismo se desespera y retrocede intimidado, ante la mole inmensa del absurdo criminal, que rueda empujada por el interés de los unos sobre el suelo que han preparado el egoísmo y la imprevisión de los demás. Hombres empeñados en salvar el bosque no han faltado en el Gobierno y en el Congreso. Sin ir más lejos, el decreto del señor Zañartu, ex ministro de Colonización de 1885 a 1886, que prohibió la siembra de particulares en los terrenos del Estado, tenía por objeto resguardar el suelo contra los cultivos depredatorios y amparar el bosque contra los incendiarios; pero la resistencia de los usurpadores y los rozadores ha hecho fracasar esta medida de oportuna y levantada administración; los más valerosos e íntegros funcionarios se han declarado impotentes para hacerla cumplir y obedecer.

A medida que se penetra en la selva, se nota que disminuye considerablemente en número de las habitaciones de los indígenas. Parece que estos se sienten estrechos y ahogados entre los árboles. Les gusta la loma desnuda, con el río o el arroyo cristalinos a pocos pasos de la puerta de la casa. Les gusta la vega libre de montes y con facilidad para explorar en toda dirección el horizonte. Solamente la necesidad puede obligarlos a instalarse en la ceja de la montaña o en los claros interiores del bosque.

En cambio, la ocupación chilena tiene aquí sus avanzadas, protegidas, generalmente, por los títulos de propiedad de los indígenas. En la mayor parte de las hijuelas de estos, se halla instalado el huésped chileno, el *huinca* forastero, de quien se ignora de dónde viene y a que proviene, mañosos, industrioso mientras no ha adquirido confianza, silencioso y siniestro a ratos, peligroso y salvaje en los días en que el aguardiente circula. Este hombre es el vencedor. El indio lo sabe y se deja explotar por él, y soporta su presencia, la desmoralización y los trastornos que causa en la familia y los golpes y las puñaladas que reparte cuando la rasca le da de atravesio.

En cierto sitio, en donde se nota síntomas de cultivo de la tierra y de explotación regular del bosque, preguntamos a los habitantes chilenos de unos ranchos con qué título ocupaban aquel lugar. Nos contestaron que eran inquilinos de un señor N., vecino conocido de Nueva Imperial, el cual, a su turno, se llama arrendatario de indios. De esta manera es como se prepara, en estas comarcas, la usurpación contra el Estado y contra el indígena. En pocos años más, el pretendido arrendatario figurará como dueño de una hermosísima finca en la vega del Cautín, y nadie le pedirá cuentas, por que no quedará entonces vestigios del indio a quien se adjudicó esa hijuela. El aguardiente, alguno de los percances frecuentes a inmediación de los ríos de Arauco, alguna riña, le habrán hecho desaparecer, y sus mujeres e hijos se habrán dispersado a todos los vientos del infortunio y de la fatalidad histórica que soplan sobre la raza de Lautaro.

El bosque no termina, y sin que nada nos anuncie la proximidad de la ciudad, nos encontramos de repente a las puertas de Temuco, verdadera población de la montaña de Arauco, con una cintura de altos y tupidos árboles, que la envuelve y que parece querer estrecharla, y con el Cautín, que arrastra bulliciosamente su gran caudal de agua, agitado por violentas y frecuentes curvas, al Oriente y el Sur de la ciudad.

El camino que hemos traído de Nueva Imperial no es el más frecuentado, que atraviesa la selva y un terreno muy accidentado, y en línea recta al Noroeste. Nosotros

hemos venido por la vega, remontando el curso del Cautín, a poca distancia del río, y oyendo de cuando en cuando el ruido sordo de sus aguas, pero sin tenerlo a la vista, por la espesa cortina de árboles que acompaña y encubre la ribera en casi todo el espacio que hemos recorrido. Durante la primera parte del viaje, nuestra dirección ha sido del Poniente al Oriente; allí tuerce el Cautín bruscamente, y el camino sigue invariablemente de sur a Norte; hasta Temuco.

La primera habitación que nos anuncia la ciudad es la de un colono, separada de las demás, que están agrupadas, principalmente, al Norte de la población. Una palizada de gruesos tablones de roble, bien labrados, forma, en derredor de la casa, el jardín y el huerto, una defensa bastante sólida contra las depredaciones de hombres y animales. El edificio mismo es de construcción muy esmerada, y tendrá excelente aspecto una vez que se le dé algunas manos de pintura. Si no me equivoco, pertenece a F. Lieweber, carpintero alemán, con catorce meses de residencia en la colonia.

Apareció, en la puerta de la palizada, a nuestro llamado, una mujer joven, de fisonomía simpática y fina, vestida con decencia y limpieza. Supimos por ella que estaban de luto por la pérdida de su único hijito, pero que vivían satisfechos con su situación y con buenas esperanzas para lo futuro.

No hace Temuco la misma impresión de prosperidad y activo progreso que Nueva Imperial. Esto depende, sin duda, de su ubicación en lo más avanzado de la zona de la montaña y de la dificultad de sus comunicaciones con el resto del país, a que se espera que pondrá pronto término la prolongación del ferrocarril de Collipulli a Victoria.

No poco contribuye, también, al aspecto algo caduco de la ciudad la circunstancia de que, por la abundancia de la madera y la escasez de la teja, los edificios han sido contruidos hasta aquí, completamente, de tabla mal preparada, que no resiste a la acción de los soles del primer verano, y abre y decae lastimosamente. Es, también, una desgracia que la pintura no sea todavía considerada por los propietarios como resguardo y adorno de primera necesidad.

Visité la escuela de hombres, instalada en un galpón de madera, que es ya una ruina. El sol y el viento pasan por entre las tablas torcidas del tabique, y el techo no presta protección contra la lluvia. Nos dijo el preceptor que, en 1886, hubo 120 niños inscritos, y la asistencia media fue de 80, buena parte de los cuales son hijos de indígenas.

Algunos mapuches casados venían a recibir lecciones en la noche. Pero esta buena disposición se frustra, por las malas condiciones del edificio, y quizás, también, por la desesperación y el desencanto del maestro. El día de nuestra visita, los bancos estaban despoblados.

Mucho mejor instalada se halla la escuela de mujeres; pero ésta, ignoro por qué causa, no funciona, y el preceptor de la de hombres pide, con cierta apariencia de justicia, que se le permita instalarse allí con sus muchachos, mientras dura el receso del otro establecimiento.

En general, la ciudad se halla muy mal preparada para la instalación de las nuevas autoridades, que, como capital de provincia, va a recibir, en breve, en su seno. Hay negociaciones entabladas con el dueño del edificio que ahora ocupa el Hotel, uno de los más decentes y mejor servidos en el territorio entre Bío-Bío y Cautín, a fin de arreglarlo para casa y oficina del Intendente.

Y habrá que improvisar, en lo que falta para el principio del invierno, construcciones para las demás oficinas públicas. Presumo que el cuartel, que ocupa todo un costado de la plaza y es el edificio de mejores apariencias en la población, tendrá que dar

albergue provisorio, siquiera hasta el próximo verano, a algunos funcionarios que deben llegar al mismo tiempo que el jefe político de la provincia.

La tarea que aguarda a éste, en la ciudad, en el departamento, en la provincia, que salen hoy del régimen de la ocupación militar, requiere el empleo de toda la actividad, de toda inteligencia y de toda la energía de un hombre sano de espíritu y patriota. En Temuco y en Nueva Imperial, el servicio sanitario se halla en mantillas. Despachan, es cierto, en la primera de estas poblaciones, dos establecimientos de botica, bajo la dirección de buenos farmacéuticos; pero en ambas se hace sentir vivamente la falta de médico.

La organización de este ramo ha preocupado al Gobierno y a la Inspección General, especialmente en la primera época de la colonización, cuando se hacían sentir en la nueva población europea las consecuencias del largo viaje marítimo, del cambio de clima y alimentación, de los trabajos a la intemperie y de desarreglos y abusos cometidos por efecto de la facilidad de la vida y de la largueza misma de las concesiones otorgadas en dinero y especies. Alarmado por el exceso de la mortalidad que se pronunció entonces, hizo el Ministerio de Colonización laudables esfuerzos por decidir a algunos jóvenes médicos chilenos a establecerse, con equitativos emolumentos, en las nuevas ciudades fundadas al Sur del Malleco; y como esta propaganda no diera ningún resultado, se recomendó al Agente de Colonización en Europa que procurara enviar a las colonias cierto número de facultativos, a quienes podía conceder hijuelas de 100 hectáreas, pasaje de segunda clase y un sueldo de 100 pesos por mes. Con estas condiciones vino a Chile el médico Frances, doctor Lecomte, establecido hoy en Traiguén, en donde presta servicios valiosos, pero insuficientes, porque solo pueden aprovecharlos los habitantes de la ciudad y los colonos que viven cerca de ella, en la buena estación. En la última época, el gran facultativo y la medicina eficaz por excelencia ha sido la aclimatación, acompañada de la construcción de habitaciones abrigadas y cómodas. El estado sanitario es, en el día, extraordinariamente favorable en todas las colonias.

La organización y el mejoramiento de la policía de seguridad, según las localidades, es otra de las exigencias del servicio administrativo que reclama con urgencia la atención de los Intendentes recién nombrados para Malleco y Cautín. La ola fangosa del bandolerismo, que estuvo detenida, durante siglos, en las márgenes del Bío-Bío, y que, desde 1861, fue empujada por el avance de la ocupación y de la cultura a las del Renaico y el Malleco, se precipita hoy, a lo largo del valle central, en dirección al sur del Cautín. Y en pos de ella, no menos peligrosa para la vida y haberes de los chilenos honrados y de los colonos, ha ido a estrellarse contra las nacientes e indefensas poblaciones de las dos zonas principales del territorio araucano la de los carrilanos de las dos líneas de Angol a Traiguén y de Angol-Collipulli a Victoria, sobre las cuales ejerce vigilancia un solo juez de subdelegación.

No conozco la estadística de las pérdidas que ha sufrido la población chilena por efecto de estas terribles vecindades y del desamparo en que ha vivido toda la comarca. En las colonias ha habido, hasta fines del pasado verano, nueve víctimas: tres en cada una de las agrupaciones de Ercilla y Victoria, expuestas al doble peligro de los bandidos de profesión y de los malhechores de ocasión de las faenas, una en Traguén, una en Quechereguas y una en Galvarino.

La Inspección General de las colonias ha luchado, sin cesar, contra la acción de los malos elementos que hierven en el antiguo Arauco, con una energía y un tesón que el gobierno y el país deben agradecer. Es indudable, sin embargo, que la buena voluntad y la abnegación del distinguido jefe de esa oficina ha de consumirse en infructuoso empeño

mientras le falte la cooperación de Intendentes resueltos, patriotas y provistos de recursos para la lucha en defensa de sus poblaciones, y de comisiones municipales decididas a borrar de sus respectivos territorios el baldón de la inseguridad y del asesinato.

Una necesidad administrativa de primer orden en las dos provincias es, finalmente, la planeación de la enseñanza pública. Lo que se ha hecho, hasta aquí, en este ramo, cuya importancia se manifiestan deseosos de ratificar de nuevo el gobierno i el Congreso, por medio de leyes de alcance y significación considerables, ha sido muy deficiente y transitorio, tanto en las poblaciones nacionales como en las de colonización. Puede afirmarse, en general, que ni los hijos de los chilenos ni los hijos de los europeos reciban educación, aun en la forma más rudimentaria. Entretanto, se manifiesta ya en las colonias el deseo de salir de esta lastimosa y alarmante situación, y se hace tentativas que el Inspector general favorece y estimula. Así, pues, no puede decirse que faltan disposición y elementos utilizables y que la autoridad administrativa está condenada a cruzarse de brazos, porque no encuentra cooperación de parte de los habitantes. El terreno está preparado para la creación de un liceo para cada una de las dos provincias y de una o dos escuelas en cada centro de población. El momento sería oportuno para que el gobierno enviara en visita a estos lugares a alguno de los más inteligentes empleados de instrucción y se hiciera proponer por él un plan de enseñanza adaptado a la ubicación especial de las ciudades y aldeas nacionales y al carácter, agrupación según nacionalidades e idioma, necesidades y grado de prosperidad de las colonias.

Me siento en peligro de ir demasiado lejos en esta enumeración de las tareas que se imponen a la atención y al cuidado de los nuevos Intendentes. Prefiero limitarme a las que dejo apuntadas a la ligera. Por lo demás, lo digo todo diciendo que todo falta y que todo habrá que improvisarlo y que a todo habrá que dar solución o aplicar remedio, como mejor se pueda.

Uno de los puntos más interesantes de la ciudad me pareció la calle que a dar, por el Sudeste, al vado del Cautín, merced al cual se mantiene un tráfico muy activo con los indígenas que viven al Sur del río.

El Cautín describe, en este lugar, una de sus grandes y acentuadas curvas; y en vez de la dirección de Norte a Sur, que lleva hasta la mitad de la distancia que separa a Temuco de Nueva Imperial, viene, desde Lautaro y los llanos de Pillan-Lelbun, con el mismo rumbo decidido de Oriente a Poniente que vuelve a pronunciarse en la última parte de su curso hacia el Pacífico. Frente a Temuco, el caudal de las aguas correntosas se reparte en ancho y poco profundo cauce, que los indios atraviesan sin dificultad, sobre todo en los meses de fines de verano y de un verano como el actual. La escena que uno tiene allí a la vista es pintoresca y no carece de solemnidad. Grupos más o menos numerosos de indios, con la frente ceñida por el pañuelo rojo de algodón que el araucano supo hacer temible en los días de malones y de sorpresas, montados en ágiles, delgados y membrudos caballos, entre los cuales resaltan los preferidos overos, aparecen en la caja del río o entre las aguas, entran al pueblo, visitan las tiendas, dejando los caballos y las mujeres montadas a la puerta, o salen, en viaje de vuelta, con dirección a sus hogares del Sur. En el fondo del animado cuadro, sobre la masa de los grandes bosques, se levanta la gigantesca muralla de los Andes, que habíamos perdido de vista en los últimos días, y sobre ella, a manera de vigilante centinela, el cono elegante del Villarrica, con el manto de eterna nieve sobre las anchas y poderosas espaldas.

El comercio con los indios, que veo en número tan considerable, en esta parte de la ciudad y en el paso del río, constituye, lo mismo que en Nueva Imperial, la fuente principal

de la prosperidad de Temuco. El indio es pobre, pero se le considera buen cliente, porque gasta cuanto tiene, a semejanza de sus primos carnales, el minero y el peón del Norte. No hay mucha variedad en el surtido de artículos destinados a su consumo. El principal es el aguardiente; el tabaco, trapos de baja calidad, artículos de hierro vienen en seguida. Las botas son prendas de lujo, como el sombrero y la ropa de paño, y están solamente al alcance de los más acomodados.

Toda esta indiada, y la que voy a encontrar en adelante, pertenece a las tribus arribanas, las mismas que sostuvieron todo el peso de las últimas guerras contra el ejército de Chile. Se explica la tenacidad de la resistencia que estos hombres armados de toscas lanzas pudieron oponer, durante tantos años, a nuestros batallones de línea y a nuestros soberbios regimientos de caballería, en parte por la flojedad y falta de plan de nuestra ofensiva y principalmente por las condiciones especiales de la topografía de esta región desigual y montañosa, tan apropiado para la guerra de emboscadas y sorpresas y con retirada fácil para el Sur del Cautín y en mucha parte del año para la República Argentina, en donde no se ha puesto termino sino últimamente, y gracias al vigor de la administración Roca, al dominio y las depredaciones de los indígenas en la parte Sur del territorio nacional.

Los sacrificios que impuso la resistencia a las tribus abajinas fueron tremendos, y hacen honor a la energía de la raza. Rucas, sembrados, -todo lo que representaba los progresos del indio en las artes de la vida sedentaria y de cultivo,-desapareció a la larga, por efecto de las tremendas incursiones de las fuerzas chilenas en el territorio sublevado. Lo que escapó a la espada, fue destruido por el hambre, la desnudez y la desmoralización. Ahora mismo, se hace notar, entre los arribanos, la falta casi completa de hombres de edad avanzada. Los que habrían figurado hoy en esa categoría cayeron en los postreros combates librados en defensa de la autonomía, o, si se quiere, como yo mismo me he inclinado siempre a creer, de las vidas, propiedades y hogar de los indígenas.

Los abajinos, que carecían de la protección de la montaña para sus familias y ganados y que se hallaban, además, expuestos a ser tomados de flanco y cortados de la línea de retirada al Sur del Cautín por un ataque emprendido por cualquier punto de la costa, se vieron obligados a someterse muchos años antes que los arribanos. A esto deben la conservación de sus hermosas rucas del Cholchol y de la vega del Cautín, de sus rebaños y del grueso de su población. El alzamiento al que fueron finalmente arrastrados por los arribanos en 1882 no tuvo para ellos consecuencias desastrosas, porque el espíritu que animaba al país y al Gobierno, respecto del indio, era, en esa época, completamente opuesto al que inspiraba a los jefes militares que dirigieron las anteriores expediciones a sangre y fuego al territorio araucano.

Tuvo el gusto de encontrar en Temuco, en un raro período de interrupción de sus tareas de diputado, al coronel don Gregorio Urrutia, uno de los chilenos que mejor conocen la antigua *tierra* de Arauco y que gozan de más prestigio entre los indios de una y otra ribera del Cautín.

Este distinguido jefe vive, en la actualidad, en la capital en ciernes de la provincia de Cautín, consagrado a tareas muy poco análogas a las que le conquistaron la admiración y el aprecio del ejército chileno, el 13 de Enero de 1881, en las lomas de Santa Teresa y al pie del Morro Solar, y el 15 de Enero siguiente, al frente de los reductos y las tapias aspillerazas de la línea de Miraflores. Ha cambiado,-y buen derecho tenía para ello,-la espada del conquistador por los instrumentos del ingeniero y del cultivador. Se halla al frente de un negocio de molino y de una máquina de aserrar madera, y se propone

emprender la obra de construcción de un canal para proveer de agua potable a Nueva Imperial y regar una gran parte de la vega. Hombres de este temple y este espíritu necesita la nueva provincia. Falta ahora que los compromisos políticos del Norte, que el alentado coronel mantiene con ejemplar lealtad, le dejen libertad y tiempo para la realización de sus propósitos de industrial del Sur.

Observo que en estos pueblos del valle del Cautín se da la mano la ocupación chilena, que avanza de Norte a Sur, con las avanzadas de la colonia chileno-alemana de Valdivia, cuyos progresos hacia el centro de la Araucanía han sido en sentido opuesto, estos, del Calle-Calle a Toltén y Villarrica y posteriormente al Cautín.

En Nueva Imperial tuve ocasión de ver y oír, en el Hotel, a algunos jóvenes vestidos con cierto esmero, de pronunciado tipo germánico, pero que hablaban el español con el acento especial que es propio de los mestizos. Mencioné también, oportunamente, la línea de pequeños vapores que ha establecido una compañía alemana entre Valdivia y Nueva Imperial.

Aquí, en Temuco, a inmediaciones del paso del Cautín, ha establecido una curtiembre, por el estilo de las de Valdivia, un joven Westermeyer, hijo de uno de los más antiguos inmigrados alemanes de aquella ciudad. Este empresario, animoso e inteligente, compra cueros, principalmente, a los indios del Sur del Cautín, y realiza, al parecer, buenas utilidades. En su concepto, el desarrollo industrial de la colonia alemana de Valdivia, en especial de sus antiguos y principales ramos de curtiembre y fabricación de cerveza y alcoholes, se encuentra en un período de evidente paralización en parte por efecto de la competencia de las fábricas del Norte, y en parte por la destrucción de los lingues y escasez de la corteza y por el encarecimiento de los cueros. La energía, que encontraba, hasta este momento, campo y provecho en los valles del Calle-Calle y del Cruces y de sus afluentes, busca ahora salida a la Araucanía. por lo demás, el tráfico con los indios ha sido siempre cultivado con ventaja por los comerciantes alemanes de Valdivia, que han mantenido, de tiempo atrás, sucursales en Toltén y otros puntos de la costa, y han viajado, en el mismo período con pacotillas, de San José a Pitrufquén, asiento de considerable y acomodada población indígena, y que acudieron a proveer a la tropa y a los indios tan pronto como el intendente don Anfión Muñoz tuvo la buena idea de demostrar prácticamente que las puertas de roble del viejo Arauco estaban abiertas de par en par para Chile.

VIII COLONIAS DE LA ZONA DE LA MONTAÑA

I.-TEMUCO

La colonia de Temuco, compuesta de 26 familias alemanas y de 2 familias suizas de lengua alemana, que comenzaron a establecerse allí en Abril de 1885, tenía para mí mucho interés como terreno de estudio de nuestro trabajo de colonización.

Estaba a la vista que este grupo de inmigración se encontraba en condiciones menos favorables que los demás, por la mayor distancia que lo separa de la costa y de los ferrocarriles. También bajo el punto de vista administrativo, situación es relativamente desventajosa; en vez de estar amparado y dirigido por empleados de planta de la colonización, depende de vecinos que prestan gratuitamente sus servicios, en cuanto se lo permiten sus otras ocupaciones.

Debo agregar, todavía, que la época en que hacíamos esta visita a Temuco era la que me parece la realmente crítica en el desarrollo de nuestras nuevas colonias.

Durante el primer año, el colono no se da cuenta cabal de las dificultades de su nueva existencia. El que sabe trabajar está empeñado, con todas sus fuerzas, en la tarea de construcción de casa y establo provisorios, de instalación y estudio del terreno. Para éste no hay, naturalmente, crisis, ni periodos de prueba y peligro. Pero los que carecen de la preparación necesaria para el cultivo o de hábitos serios de orden y moralidad pierden, al principio, el equilibrio, por efecto del cambio tan completo de escenas, influencias y circunstancias; y como reciben con puntualidad sus mesadas, se dejan dominar fácilmente por la impresión de que tal estado de cosas durará indefinidamente y de que no necesitan afanarse mucho para asegurar su pan y el de sus hijos. De aquí resulta que la primera siembra es muy escasa y que son pocos los que se resuelven, como el suizo francés de Galvarino, a hacer sacrificios por obtener mayor cantidad de semilla que la que reciben de la Inspección o por aumentar sus elementos de cultivo.

Con el segundo año principiaban las amarguras. Cuando menos lo piensan y menos preparados se encuentran para ello, los colonos se ven privados de la mesada y sin contar con recursos de ninguna especie, ni siquiera con esperanzas en un regular resultado de la cosecha próxima. Entonces es cuando los que algo pueden en cualquier ramo de trabajo y los que son capaces de algo se dirigen a la aldea más cercana, al vecino más industrial o más acomodado, al empleado de la oficina de colonias, en solicitud de una ocupación que les permita vivir hasta la cosecha. Otros contraen deudas. En general, se hacen sentir, en estos días de angustiosa lucha, las ventajas de la educación europea. Son pocos los que se confiesan vencidos y abandonan la hijuela, o son privados de ella por la Inspección, que no apela, sin embargo, a este recurso extremo sino en casos de incompetencia, pereza y desmoralización muy escandalosas. La gran mayoría de los colonos pasan de una manera u otra los días malos, y salen de esta prueba corregidos, experimentados y animosos. La siembra del segundo año se hace con mucho más esmero que la del primer año. Se siembra más y con mejor conocimiento de las cualidades del suelo y de las influencias meteorológicas. Todo anuncia la benéfica y vigorosa reacción que se pronuncia, en el curso del tercer año, en la situación de los colonos más desvalidos.

Las 28 familias de Temuco cosecharon, en 1886, lo siguiente:

	Fanegas
Trigo	294
Papas	877
Arvejas	135
Fréjoles	76
Cebada	96

La siembra de ese año fue:

Trigo	50
Papas	94 ½ (dato incompleto)
Arvejas	31-9 (id. id)
Cebada	14-9 (id. id)
Fréjoles	8-7(id. id)

En 1887 –año seco, en Arauco, como en todo el país, la cosecha de los colonos de Temuco ha sido:

Trigo	795
Papas	1036
Cebada	163
Legumbres	353

La siembra de este año, sin ser tan considerable como pudo esperarse, ha sobrepujado, naturalmente, a la de 1886, en más del doble. He aquí las cifras que la representan:

Trigo	113
Papas	184
Legumbres	54-2
Cebada	27-2

Completaré este modesto cuadro de la situación de la más apartada y desvalida de nuestras colonias con el estado de la existencia de animales y aves de corral en los dos últimos años:

	1886	1887
Bueyes	55	67
Vacas	33	43
Terneros	37	69
Caballos	3	7
Chanchos	117	159
Aves	389	762

Poco progreso se observa en la extensión de terrenos preparados para el cultivo, que, en 1886, era de 102 hectáreas y, en el último otoño, de 163 hectáreas. En cambio, en la construcción de las casas se ha avanzado mucho más rápidamente que en Traiguén, sin duda por la abundancia de la madera y porque la explotación del bosque va despejando un poco las hijuelas. Es raro el colono de Temuco que no tiene, a esta hora, terminada o en construcción su casa y dependencias de madera bien labrada, con techos de tablas o de zinc,

y ha habido uno que otro que ha edificado de adobe y empleado teja de buena calidad. En buenos términos, deduciendo unos pocos miles de pesos, introducidos por unos cuantos individuos, las construcciones representan en Temuco la mejor parte de las ganancias obtenidas y de las economías realizadas por los colonos, en los dos años transcurridos desde que se les puso en posesión de sus hijuelas.

Los individuos a quienes tuve ocasión de interrogar me manifestaron deseos de progresar y confianza en el porvenir. Hasta ahora, la vecindad de Temuco no ha sido tan ventajosa para ellos, como quizás imaginaron al establecerse. Las necesidades de los pobladores de la nueva ciudad han sido, hasta aquí, muy reducidas. Con la llegada de los funcionarios del orden administrativo y judicial superior de la provincia y con la transformación que éstos y sus familias introducirán en el modo de vivir y en las condiciones de sociabilidad se pronunciará, necesariamente, un cambio favorable, y los colonos encontrarán mercado para el pan, la leche, la mantequilla, las legumbres, etc., y estímulo para aumentar sus rebaños y el cultivo de las hortalizas.

Tengo en mi viajero los siguientes datos especiales sobre los colonos de Temuco.

1/ Borcke (panadero de Berlín) dice que llegó a Chile con un pequeño capital de 3.200 marcos (1, 600 pesos de 24 peniques). Ha recogido dos cosechas, la última de las cuales calcula en 41 fanegas de trigo, 200 de papas, 13 de arvejas, etc. Es dueño de 7 animales, y avalúa su casa de tablas y zinc en 900 pesos.

2/ R. Schaefer, uno de los pocos verdaderos agricultores de esta colonia, cosechó en 1886 48 fanegas de trigo, 250 de papas (de 14 de siembra), 25 de arvejas (de 2 de siembra), 8 de maíz, 5 de fréjoles, 3 de cebada, y en 1887, 38 fanegas de trigo, 50 de papas, 16 de arvejas. Ha limpiado de monte 7 hectáreas, una de las cuales va a regar. Su rebaño de chanchos alcanza a 25, y le ofrecen 75 pesos por 5 de estos. Ha edificado una casa de 12 por 8 metros, con granero de 5 pies de altura bajo el techo. El ingeniero de colonias dice, respecto de él, en su estado de 1886: “muy hábil, casa linda de un piso, chiquero y corral, 2 colmenas de abejas”

3/ El carpintero Leinweber, cuya hijuela y casa vimos al entrar al pueblo por el S.O., llegó con algunos escasos recursos. Su cosecha de este año no ha sido buena, -14 fanegas de trigo, 8 de papas, 13 de cebada, 12 de arvejas, 10 de avena, -pero ha ganado, probablemente en su oficio de carpintero, lo suficiente para construir su excelente casa y corral y para aumentar su rebaño a 4 bueyes, 2 vacas, 2 terneros y 12 chanchos.

4/ Otterstein, uno de los dos únicos agricultores alemanes de la colonia, ha tenido este año peor cosecha que en 1886. Ha recogido 60 fanegas de trigo, y espera recoger de 80 a 100 sacos de papas; ha recogido, además, 10 fanegas de avena, 16 de arvejas, 17 de cebada y 6 de fréjoles, y ha realizado unos 20 pesos en ventas de legumbres. -Llegó, según declara, con 300 marcos (150 pesos de 24 peniques), y tiene su casa construida. Es dueño de 12 vacunos de diferentes edades y de un caballo.

5/ El litógrafo Frost, cosechó 60 fanegas de trigo, 12 de arvejas, 10 de cebada, y espera cosechar 80 sacos de papas. Es dueño de 8 chanchos.

6/ G. Baer, peón de albañil en Alemania, trajo al país un capital de 2,500 pesos. Trabajando en medias, ha cosechado, por su parte, 85 fanegas de trigo, 12 de arvejas, 25 de cebada, (de 1 de siembra) y calcula en 100 sacos su parte de cosecha de papas. Es dueño de algunos animales y de una casa de adobes y zinc, que avalúa en 300 pesos, sin incluir su trabajo personal.

7/ Knaack llegó a Chile en Noviembre pasado. Espera sembrar 14 fanegas de trigo, y está contento con su situación y perspectivas.

8/ el carpintero Jankowsky se estableció en la colonia en Octubre de 1886, y ha recogido, en su primera cosecha, 23 fanegas de trigo (de 3 mal sembradas), 6 de cebada y 5 de centeno.

9/ Roberto Tepper, tornero, declaró que no ha hecho mucho e su primer año, por haberse casado tarde; cosechó 28 fanegas de arvejas y recogerá unos 60 a 70 sacos de papas. Su casa es buena, y sembrará bastante.

Encontramos en Temuco dos individuos pertenecientes a un grupo de agricultores que han venido a Chile por tierra desde Brasil, después de dejar un establecimiento conveniente en las colonias argentinas del Paraná y en las del Neuquén, y perdiendo, en estos ensayos desgraciados, casi todo su capital, el cual está reducido, en la actualidad, a un piño de 70 vacunos y de 30 cabalgares, que han quedado pastoreando en un valle de cordillera, en poder de otros dos miembros de la caravana de familia. Uno de los hermanos pareció ahogado al pasar un río de la Argentina.

Se me había anunciado esta familia como *rusa*. En realidad, perteneció a una de las colonias alemanas fundadas a orillas del Volga por Catalina II y favorecidas por esta soberana con grandes privilegios que debían regir durante un siglo. Los sucesores de Catalina respetaron esta concesión mientras corría el plazo; pero, no bien espiró éste, cuando se notificó a los colonos que quedaban sometidos, desde ese momento, a la legislación común del imperio, especialmente en lo relativo al servicio militar. Algunos se resignaron; otros vendieron sus propiedades y han corrido aventuras más o menos trágicas en la costa oriental del continente Sud-americano.

Los dos “rusos” que acudieron a Temuco a tomar posesión de las hijuelas, que la Inspección general, se manifestó, desde el principio, dispuesta a concederles, me impresionaron favorablemente. Eran hombres de baja estatura, pero de formas atléticas y acostumbrados, al parecer, al sol y al viento y a las más rudas labores de la vida campestre. Han conservado el idioma y los sentimientos germánicos, bajo la corteza más ruda del campesino de la Rusia. A pesar de que llegan con una cantidad de animales no despreciable, se proponen dedicarse, principalmente, al cultivo de la tierra, y oyeron con gusto que el país se presta para cosechar el lino y el tabaco.

Si el éxito corona la tentativa de estos primeros colonos ruso-alemanes en Chile, es seguro que muchos otros compatriotas y amigos suyos, que se hallan repartidos en la costa oriental de Sud-América, seguirán su ejemplo y emprenderán la marcha hacia nuestro país con sus familias y rebaños. El señor Drouilly está convencido de ello, y prestará, sin duda, muy especial atención al punto, a veces no poco escabroso, de la elección de terreno para el establecimiento del grupo que ha llegado atravesando la pampa y la cordillera.

En la mañana del 22 de marzo, salimos de Temuco, por el camino que se dirige a Lautaro, atravesando los llanos de Pillan-Lelbun y siguiendo siempre el curso del Cautín, de Poniente a Oriente al principio, y en seguida de Norte a Sur.

Antes de despedirnos de la colonia establecida en este lugar, tuve la suerte de examinar de cerca dos grupos de habitaciones en que están fielmente representados dos tipos que constituyen los dos polos opuestos de la población europea de la Araucanía,-el tipo del trabajador modelo, moral y paciente, capaz de abrirse camino en cualquiera circunstancia, y sostenido en toda dificultad por la conciencia del deber y de la superioridad de su cultura, y el tipo, afortunadamente más raro, del hombre sin dignidad y sin energía, en quien la desmoralización y el vicio han borrado hasta las huellas de una civilización superior.

Saliendo del pueblo, a mano derecha, visitamos la casa de una familia de colonos alemanes. El recibimiento que encontramos no fue de los más amables, sea porque el dueño de casa se hallaba ausente o bien porque la hora era de mucho afán, o por cualquiera otra causa; pero el movimiento, parecido al de una colmena, que reinaba en la casa, las idas y venidas de muchos niños, el olor de la leche depositada en grandes tiestos, los mugidos en el bien poblado y limpio establo, y el hermoso aspecto del jardín de hortalizas, nos hicieron desentendernos de la falta de amabilidad de la buena gente. El colono que es dueño de esta hijuela llegó, como algunos otros de la última temporada, con un capital de 500 a 1000 pesos; y gracias a esto, ha podido vencer las dificultades de la instalación y los inconvenientes propios de la falta de experiencia en los trabajos agrícolas. El día en que Temuco se haga una ciudad consumidora de leche y mantequilla, de huevos y legumbres, este individuo realizará buenas utilidades, y su terreno tomará un valor considerable.

Un poco más lejos, en el lado opuesto del camino, están situados la casa y pertenencia del herrero alemán Ziem, uno de los mejores colonos de Temuco. Este individuo, de más de cincuenta años y con hijos grades establecidos en los Estados Unidos, se halla al frente de una familia de 7 personas, y sin desatender su hijuela, mantiene un acreditado taller de herrería en grande actividad. Su casa de madera y teja es espaciosa y cómoda. El granero, que oí avaluar en más de mil pesos, está construido de manera que puede entrar una carreta y descargar en el entresuelo. En el establo duermen ya quince vacunos de toda edad; cuatro vacas gordas, lustrosas y mansas, acababan de dar baldes llenos de leche en el momento de nuestra visita.

Ziem tiene una alta idea del valor que el engrandecimiento del pueblo, la creación de la Intendencia y la perspectiva de la prolongación del ferrocarril de Victoria han hecho tomar a su hijuela. Dice que no vendería por veinte mil pesos. Desea hacer venir a sus hijos de Estados Unidos, y vive con todas las comodidades que las circunstancias permiten y en muy buenas relaciones con los habitantes del pueblo, que son sus clientes. Está a la vista que el hombre debe, principalmente, su prosperidad a su taller.

Otra casa de buenos colonos visité, todavía, un poco más al Norte de la del patriarcal herrero. Pertenece a un matrimonio alemán, sin hijos. La mujer trabajaba en la casa, y el hombre, que me pareció un poco fatigado por el exceso de tareas, arreglaba para la siembra un lindo paño de tierra situado al frente de la habitación. Este individuo, cuyo nombre siento haber olvidado, ha destroncado y labrado, sin más auxiliar que sus brazos, muchas cuadras de bosque. Su jardín de hortalizas estaba admirable de frondosidad y verdor. Pero lo que más me asombró fue el resultado de nuestra visita a su casa de dos pisos y con aspecto de limpieza y decencia. Todo el piso bajo estaba ocupado por los vacunos; el piso superior era el granero, y la cosecha se hallaba ya encerrada allí. “¿Y ustedes,-le pregunté,- en dónde tienen su alojamiento?”- Nosotros,-me contestó, abriendo un pobre cuartucho que daba al establo,-nosotros nos contentamos con este alojamiento, hasta que haya tiempo para levantar un nuevo cuerpo de edificio.”

No puede haber contraste más doloroso y chocante que el que presentaban las hijuelas siguientes con las tres, tan animadas, tan prósperas, tan olorosas a heno, a leche y verdura, que acabábamos de visitar. En éstas se veía al hombre, preparado por la vieja cultura europea para todas las luchas y todas las conquistas, venciendo obstáculos, allanando dificultades, convirtiendo la selva en campo de cultivo y haciendo surgir del fondo del desierto construcciones útiles y valiosas. En las primeras, el mismo hombre, vencido por el bosque, y antes que por el bosque, por el vicio y la pereza, y en pleno estado de degradación e impotencia. Tres individuos, vigorosos y en lo mejor de la edad, fueron

apareciendo así, sucesivamente, ante nosotros, en miserables ranchos de tablas, al frente de hijuelas, en donde se veía dos, una o menos de una hectárea preparada para el cultivo, y esto no por obra de estos malos colonos sino de medieros chilenos, menos inhábiles que sus socios, a quienes mantenían y a quienes acompañaban. Este era, evidentemente, el último resto del deshecho del grupo de colonos que uno de los sub-agentes de Chile, abusando de la lealtad y la confianza de su jefe, reclutó en las calles de Berlín. Es casi seguro que ninguno de ellos conservará su hijuela. El espectáculo de su indolencia tiende a desmoralizar la población de las nuevas colonias.

La comarca que recorreremos, desde Temuco, presenta los monótonos caracteres de poderosa vegetación que admiré el día anterior, en la segunda parte de nuestra jornada. Creo solamente notar que las dimensiones de los árboles y la exhuberancia del matorral y las parásitas aumentan, a medida que avanzamos. Las ramas de los árboles gigantes formen sobre nuestras cabezas un alto techo, al través del cual uno que otro rayo de sol llega a nosotros, pálido e inofensivo, e ilumina a trechos el suelo pastoso y los gruesos troncos cubiertos de musgo. Al pié de uno de estos nos instalamos, mientras se hacia el primer cambio de caballos, y dimos buena cuenta de una sólida provisión de pan de centeno, mantequilla y queso holandés que nos proporcionó el buen herrero Ziem.

Estamos en los llanos del valle central, en los mismos llanos en donde, más al Norte, ostenta Chile sus mejores y sus más risueñas y fértiles campiñas de irrigación, pobladas por miles de animales, cubiertas por la alfombra verde de los alfalfares y por el manto dorado de las sementeras y los rastrojos. La hora del cultivo en grande escala no ha sonado todavía para esta región; pero ella tiene en la selva su riqueza, y es menester que el hombre se resigne a explotarla sin destruirla. El suelo es considerado como muy pobre, especialmente en lo que llama los llanos de Pillan-Lelbun, a mitad de camino entre Temuco y Lautaro. En mi concepto, esto proviene de las influencias del bosque. El cultivo y el sol mejorarán el suelo, que produce, en el día, un pasto fuerte y abundante para grandes crianzas de ganados.

Es difícil habilitar y conservar vías regulares de comunicación, en estos lugares. La que nosotros recorreremos ha sido trabajada, durante el último verano, por tropa de Zapadores, que encontramos todavía, aquí y allá, en partidas considerables, empeñada activamente en adelantar su obra, bajo la dirección de sus oficiales, o preparando su almuerzo en los grupos de chozas improvisadas que le sirven de alojamiento. Habrá que emplear mucho dinero, mucho trabajo y mucha paciencia para establecer, al través del bosque, caminos capaces de resistir a la acción destructora de los torrentes, que alimentan, en invierno y aun en ciertos días del verano, las lluvias copiosas del Sur. No será, tampoco, obra de una o dos estaciones arrancar los troncos de que está sembrado el terreno y por entre los cuales circulan hoy, con no pequeña molestia y con cierto peligro, los carruajes y las cabalgaduras.

Una que otra casa de tablas aparece, en los raros espacios libres que han dejado el roce o un capricho de la vegetación, en medio de la selva. El viajero no se acerca a ellas, sin embargo, con el sentimiento de alivio y de confianza que inspira, generalmente, en comarcas desiertas, la aparición tardía de una construcción, habitada, al parecer, por campesinos y familias de campesinos. Las que encontramos, en esta parte del valle de la montaña, tienen la fama de buscar, exclusivamente, de albergue a los malhechores que se mantienen en continuo movimiento entre Malleco y Bío-Bío, y la región libre del Sur del Cautín, último asilote toda la barbarie, de todo el crimen y de toda la ociosidad de nuestras provincias meridionales. Las autoridades conocen perfectamente a la mayor parte de los

forajidos que residen o alojan en estas madrigueras, y han emprendido, de vez en cuando, contra ellos, campañas de persecución; pero no siempre han tenido éstas el éxito deseado, y a menudo se estrellan el fervor administrativo ante el muro de hielo de la indolencia judicial. No siempre es fácil, tampoco obtener prueba suficiente para justificar medidas severas.

A 29 kilómetros de Temuco, está situada la población de Lautaro, formada espontáneamente, en torno del fuerte y cuartel, que no alcanzaron a servir sino muy pocos años para el objeto a que se les destinó. Se compone de una agrupación bien considerable de casas de madera, y este material ha sido empleado, también, con extraordinaria profusión, en la construcción de galpones, de palizadas u de toda clase de dependencias. Un barraquero de Santiago o Valparaíso sacaría regular provecho de los tablones macizos y los gruesos postes que figuran en algunos de estos cierros de los sitios de Lautaro.

Es de lamentar que no haya podido establecerse aquí un centro de colonización, porque Lautaro ocupa una situación ventajosísima. Este es el paso obligado del Cautín para los viajeros, los piños de animales y las cargas de comercio que trafican entre las dos riberas del río, en el valle central. Este será, igualmente, el punto de partida de los trabajos de ocupación regular del territorio situado entre Cautín y Toltén, en tanto por hallarse más inmediato que Temuco a las poblaciones y colonias de más al Norte, cuanto porque la región que tiene al frente, al lado opuesto del río, ha llegado a ser, por su extensión y riqueza, la favorita de los pequeños cultivadores que se trasladan al Sur del Cautín en busca de terreno fiscal desamparado.

En época pasada, cuando la ocupación militar estuvo en su más activo período, se construyó, frente a Lautaro, entre machones de piedra, un puente colgante, que no resistió, por la mala calidad del material de cuerda, según algunos, y según otros, porque no habría cable capaz de resistir al tráfico en extensión tan considerable como la de la caja del Cautín. Se habla de renovar la anterior tentativa, aprovechando los machones, que están todavía intactos, y aun se asegura que el nuevo cable está al llegar. Lo más seguro, en concepto de los entendidos, sería proceder, desde luego, a construir un puente estable y sólido, que adquiriría, desde luego, la importancia de portada y llave de un vasto territorio y sobre el cual pasaría la línea de prolongación del ferrocarril central, en caso de que se acordara llevarla por esta parte del valle y hacer arrancar de aquí un ramal a Temuco y quizás a Nueva Imperial.

El tiempo, que nos ha sido favorable desde que salimos de Angol, amenaza descomponerse y poner término a la sequía prolongada y extraordinaria que ha hecho sufrir este año a los agricultores chilenos, desde el Coquimbo hasta el Cautín. Sopla con fuerza, desde la mañana, el viento del Norte, padre de la lluvia y de la tempestad, y corren sobre las cimas de los más altos árboles del bosque nubes oscuras, arrastradas rápidamente hacia el sur. Remolinos de polvo y de hojas secas se forman, de cuando en cuando, y nos azotan los rostros. Bienvenida seas, tormenta de otoño, purificadora y refrescante para el hombre y para la bestia, para el árbol de la selva y para la hierba de los campos.

Por fortuna para nosotros, el camino sale, al Norte de Lautaro, del pesado pedregal del río, en el cual hemos estado metidos, durante largo trecho, y se dirige, en línea recta, al N.O., hacia el valle del Quillen, al través de un suave lomaje cubierto de bosque menos espeso que el que nos ha acompañado desde Temuco. Una vez en suelo más firme y parejo, apuramos los caballos, y logramos dejar atrás los 10 kilómetros que separan Lautaro la colonia de Quillen, antes de que comience el aguacero, contra el cual no tenemos ningún abrigo.

II.- QUILLEN

Al pié de una colina suave, y entre corpulentos árboles, resto de la selva tupida y frondosa hasta hace pocos años, aparece el grupo de habitaciones de madera de la aldea de Quillen a la vista del viajero que llega a ella por el Sur, atravesando el río sobre descalabrado y largo puente de tablones.

El antiguo cuartel es en Quillen, como en otras poblaciones de la Araucanía, cuyo desarrollo no ha tomado todavía mucho vuelo, el edificio más importante del lugar. Allí está establecida la oficina de Colonización, que tiene por jefe a don Mardoqueo Fernández, antiguo y estimable oficial del regimiento Arauco. Como nuestro viaje había sido anunciado y se nos aguardaba, nos dirigimos allá inmediatamente, no sin admirar la habitación de un colono, situada a orillas del río, a inmediaciones del cuartel, en donde se trabajaba con apuro en la conclusión del lindo techo de teatina de un edificio que parecía destinado a establo y granero.

El recibimiento que encontramos en la oficina fue muy amistoso, y tan esmerado, en lo relativo a alojamiento y mesa, como no podía yo esperarlo en una colonia de dos años perdida entre los bosques del Sur. El señor Fernández había obtenido, para ese día, la cooperación de una familia francesa recién llegada; y es sabido que en donde las damas de esta nacionalidad presiden, no hay para el viajero sino motivo de complacencia y agradecimiento.

Había establecidas en Quillen, en la época de la visita de inspección de que estoy dando cuenta, 62 familias, con más de 300 individuos. En su mayor parte, eran estos alemanes; 7 familias suizas estaban hijueladas en un grupo, y 4 francesas habían llegado en el curso del último verano. Los más antiguos colonos eran del otoño de 1885, de manera que la colonia contaba apenas dos años de existencia, y se encontraba en pleno período de crisis y de dificultades.

Luchaba, además, con el inconveniente de que muy pocos de los que la componen son verdaderos agricultores. En los Estados de la oficina de Colonización, formados sobre la base de las declaraciones de los colonos, figuran en aquella categoría solamente 18 de los 62 dueños de hijuelas, y todavía, si se investigara con severidad, se llegaría a resultados más desconsoladores. Así, me tocó a mí mismo descubrir que hay en Quillen colono, -y no de los peores- que se da el título de cultivador por que fue cochero del dueño de una importante propiedad agrícola.

Tomo nota de los siguientes datos, que dan alguna idea de la marcha general que ha seguido la colonia, durante el primero y más laborioso período de su desarrollo.

La cosecha de 1886, preparada de la manera más rudimentaria, por gente no agricultora, en su mayor parte, llegada al país en los meses de Abril y Mayo de 1885, fue la siguiente:

	Fanegas
Trigo	343
Papas	682
Arvejas	175

La siembra siguiente, que varió de 2 a 10 fanegas de trigo, y de 1 a 13 fanegas de papas por familia, alcanzó en todo a

	Fanegas
Trigo	241

Papas	139
Arvejas	14-23
Cebada	11-55

Y de ella se obtuvo este rendimiento en 1887:

	Fanegas
Trigo	1,819
Papas	1,120
Cebada	343
Arvejas y otras legumbres	394

La siembra de 1887, de que he tenido posteriormente noticias, varia,-lo mismo que la del año anterior,-de 2 a 10 fanegas de trigo; ha bajado, en papas, a 2 a 9 fanegas por familia, y alcanza en su totalidad a

	Fanegas
Trigo	212
Papas	199
Cebada	45
Legumbres	70

El mal resultado relativo de este año de extraordinaria sequedad,-en que la mejor cosecha de la colonia ha sido, en trigo, de 130 fanegas, y en papas, de 50,-ha influido, al parecer, de una manera muy desfavorable en la extensión de las siembras.

La existencia de animales y aves domésticas, en los dos años que la colonia cuenta de existencia, se halla representada por las cifras que siguen:

	1886	1887.
Bueyes	91	131
Vacas	51	70
Terneros	52	96
Caballos	16	40
Chanchos	226	363
Aves	922	1,120

Debo dejar aquí constancia de que, tanto en Quillen como en Temuco, se hace sentir muy vivamente la necesidad de poner a los colonos en posesión definitiva de sus deslindes. Hasta aquí, han trabajado aquellos con poca seguridad respecto de la extensión de sus hijuelas, porque las señales que se trazó en los árboles, en la época de la instalación, no constituye líneas de demarcación muy seguras, y han desaparecido, además, en casi todas partes, por la acción natural del tiempo, o por obra de vecinos mal intencionados. A medida que las propiedades toman valor, que aumenta la extensión del terreno preparado para el cultivo y que se acerca el día en que ha de exigirse con alguna severidad el cierre de las hijuelas, se manifiesta y acentúa entre los colonos el deseo de saber a punto fijo en donde principia y concluye lo propio y en donde principia y concluye lo del colindante. El deseo es justo. Se ejecutaría una obra de equidad y una obra de previsión si se le tomara

seriamente en cuenta y se alistara cuanto antes los elementos que requiere la tarea, ciertamente difícil, de fijar centenares de deslindes en lo más espeso de la selva Araucana.

Desagrados, choques y quejas por daños de animales son en Quillen, lo mismo que en las demás colonias, el único resultado, que por el momento se descubre, del contacto de los colonos con la población chilena, y en particular con los antiguos medieros que han quedado viviendo a inmediaciones de las hijuelas que ayudaron y enseñaron a cultivar. El director de la colonia, que es, al mismo tiempo, juez de la subdelegación, emplea lo mejor de sus días y de su paciencia en tramitar y fallar cuestiones de esta naturaleza. El chileno no se habitúa a encerrar sus animales; a veces le guía el propósito de molestar y perjudicar al *gringo*, que fue, quizás, su socio, y de quien se separó después de una camorra en que no quisieron entenderse. El colono, por su parte, defiende lo más insignificante de su haber y lo más insustancial de su derecho con un encarnizamiento verdaderamente feroz, y se halla siempre dispuesto a sacar todo el partido posible del daño que se le ha causado. Entre estos dos adversarios, las tareas de un juez de mera equidad no son de las más sencillas.

Como siempre, los más inútiles, los más inquietos, los más inhábiles, fueron los primeros en acudir al llamado de Inspector general. Al buen colono le duele interrumpir y abandonar su trabajo.

Los primeros que vimos pertenecían a un grupo enviado de Burdeos en el curso de este verano. Engañando, evidentemente, a nuestros agentes, habían llegado sin blanca, pero abundando en quejas y denuncias. Además, la discordia había estallado entre ellos, y fue menester separarlos y dar pasaje para el Norte a uno de ellos que no sabia nada de cosas de campo, para mantener la paz en la colmena.

Del grupo de las 7 familias suizas supe que el jefe de una de ellas resultó malo, pero ha prometido cambiar de conducta. Los otros seis recogieron, uno con otro, una primera cosecha de 30 fanegas de trigo, habiendo sido la mejor de 118. Las papas les rindieron poco.

Me pareció que los alemanes se hallaban aquí, en general, en mejor pié, que los de Temuco, sea porque esta colonia se halla en ubicación más favorable, o por que posee condiciones de cultivo superiores a las de su vecina del Cautín. también debe tomarse en cuenta que es más considerable en Quillen el número de los que declaran haber llegado a Chile con algún capital, sin embargo de que es difícil averiguar hasta que punto son exactas estas declaraciones.

Tampoco merecen absoluta fe los datos que suministran los colonos sobre el monto de sus cosechas y sobre sus existencias de animales. Así, C. Yunque, que declaró ser dueño de 8 bueyes y 3 vacas, aparece en los estados de la colonia con 4 bueyes, 2 vacas, 1 ternero y un caballo. Este mismo individuo afirma que llegó a Quillen con 700 marcos (350 pesos de 24 peniques). Cosechó en suelo poco preparado 50 fanegas de trigo (de 8 de siembra) y 33 de papas. En su país se ocupaba de la talabartería.

W. Seehaber recogió, este año, de su segunda cosecha, 72 fanegas de trigo, 30 de papas, 14 de arvejas y 5 de cebada. Ha comprado un buey y un torito. Llegó sin recursos.

W. Vorphal, hombre de muy buena traza y despejado, declara que llegó a Chile con 1200 marcos (600 pesos) y que no ha gastado su dinero. Cosechó este año 130 fanegas de trigo, 19 de arvejas, y cosechará de 30 a 40 sacos de papas. Posee ocho animales vacunos.

Gregoreck cosechó solamente 15 fanegas de trigo, porque el fuego le destruyó una parte de la sementera, que habría producido, según cálculo, 35 fanegas, y además 8 de arvejas y 6 de cebada, y recogerá unos 30 sacos de papas. No tiene más animales suyos que ocho chanchos.

R. Menke recogió 30 fanegas de trigo y 5 de arvejas, y espera recoger 20 sacos de papas.

Los dos hermanos C. y E. Erdmann, agricultores, llegaron a la colonia en Febrero de 1886, trayendo uno de ellos 1.000 pesos y 500 pesos el otro. Sembraron en rastrojos y cosecharon, entre ambos, 55 fanegas de trigo. Han construido su casa, y poseen 23 vacunos, 3 caballos y 18 chanchos. Estaban preparados para sembrar de 6 a 10 fanegas de trigo, pero resulta del último estado que apenas sembraron 4 fanegas.

Ahlfeld, casado con la viuda de un colono, recogió de la segunda cosecha de la hijuela 30 fanegas de trigo, 4 de arvejas, 8 de cebada, y espera recoger 12 sacos de papas.

A. Berg se trasladó a esta colonia de la de Contulmo cuando la estación de las siembras estaba muy avanzada, y solamente cosechó 12 fanegas de trigo, 16 de cebada y 10 de centeno, y su cosecha de papas llegará a 20 sacos. Fuera de los animales del Fisco, tiene suyos 1 vaca, 2 terneros y 4 chanchos. Está construyendo su casa y prepara regular siembra.

W. Stephan recogió este año su segunda cosecha, que fue de 24 fanegas de trigo, 15 de cebada y 10 de arvejas, y cosechará de 40 a 45 sacos de papas. Su casa está en construcción. No tiene más animales propios que 5 chanchos. Sembrará 4 fanegas de trigo.

El mal resultado de las cosechas de casi todos estos individuos no es debido tanto a la sequedad del año, como ellos creen, cuanto a la circunstancia de que la mayor parte de ellos, en vez de empeñarse con todas sus fuerzas y sus recursos en desmontar y preparar para el cultivo mayor extensión de sus hijuelas, han preferido seguir sembrando en el terreno que encontraron preparado por los cultivadores chilenos, que alcanza apenas a 176 hectáreas en la colonia y que se halla bastante agotado por efecto de una larga y continua explotación. Que la calidad de las tierras es excelente lo demuestra el resultado general de la cosecha de 1887, que equivale a cerca de 9 por cada fanega de siembra, y no son pocos los colonos que, habiendo cultivado con más esmero, han obtenido un rendimiento de 12 y hasta 15 por i en las mismas tierras fatigadas.

Lo que puede un hombre trabajador y competente, en colonias como la de Quillen, está manifestándolo el colono H. Reinecke, el dueño de la casa que llamó mi atención cuando entramos a la aldea. Es un individuo ya entrado en años, jefe de una familia de 8 personas que, al llegar a Chile, poseía unos 1.000 pesos. Su cosecha de este año ha sido de 90 fanegas de trigo, 40 de cebada, 16 de arvejas y 10 de centeno, a lo que habrá que agregar unos 50 sacos de papas. Su casa de habitación, su granero y sus corrales representan, por sí solos, una suma muy superior al capital que introdujo al país, hace dos años, y que, probablemente, no ha tenido necesidad de invertir. Su existencia en animales es de 4 bueyes, 2 vacas, 5 terneros, 2 caballos y 8 chanchos.

Los colonos de esta categoría dan poco que hacer a la oficina de la Colonización y a las autoridades. Rara vez se presentan con quejas, reclamos o demandas, y más rara vez todavía, dan lugar a ellas. Saben guardar y vigilar su propio ganado y ponerse a cubierto de la invasión del ganado del vecino. Están poseídos del fanatismo del trabajo. Las horas del día que no ocupan en el desmonte, en la preparación del terreno o en la cosecha, las consagran a aumentar y perfeccionar sus construcciones, a hacer ensayos de abono, a limpiar y renovar el surtido jardín de hortalizas y a plantar, en lugares abrigados, parras, duraznos, cerezos y ciruelos. Son para los demás ejemplo y estímulo, y bastan unos cuantos de ellos para sostener y moralizar una colonia.

Creen, por demás, los concedores de Quillen,-y entre ellos el intérprete, sujeto de buen juicio y tranquilo,- que serán pocos los colonos que no lograrán llegar al tercer año, que es el de salvación para ellos y de consolidación y prosperidad para las colonias de

Arauco. En el estado de 1886 figura uno solo con la nota de *malo*, y este es el que ha prometido enmienda. Probablemente, hay más de uno que, antes de la próxima cosecha, tendrá que abandonar la hijuela y que dirigirse a las ciudades del Norte en busca de otro género de ocupación. De todos modos, considero como buen síntoma y como anuncio de mejor porvenir que aun en los más duro de la prueba y de la crisis, estos colonos de segundo año de Temuco y de Quillen declaran que no se arrepienten de haber venido al país, que están contentos con su situación y que abrigan la esperanza de llegar, en poco tiempo más, a ser dueños de una modesta fortuna, a que no habrían podido aspirar en el viejo mundo.

Pienso que no se habría obtenido este resultado, que hace honor a Chile y que contrasta ventajosamente con los que el sistema de colonización por obra estrictamente gubernativa ha producido en otros países, si la inspección de las colonias hubiera estado, desde el principio, confiada a un hombre menos discreto, menos diestro, menos vigilante y menos enérgico que el señor Martín Drouilly. La obra de este funcionario no será apreciada debidamente sino por las personas que se impongan la tarea de visitar las colonias, de estudiar la marcha de cada una de ellas y las dificultades con que ha tenido que luchar, y finalmente de establecer un paralelo entre la situación de 1887 y la que alcanzaban estas comarcas hace apenas cinco años, antes del establecimiento del primer grupo de pobladores europeos, o si se quiere, un poco más tarde, cuando apareció la vanguardia vascongada de la nueva inmigración, sembrando de un extremo a otro de la República la alarma y el desaliento con el desbande en Montevideo y con sus incompetencia para el cultivo.

Ha habido que resolver un doble problema lleno de asperezas y complicaciones. había, por una parte, que instalar a los colonos en condiciones que les dejara satisfechos, impidiendo, por ejemplo, que el bosque los ahogara, en la zona de la montaña, y concediéndoles hijuelas con dotación de agua y leña en la región seca y desnuda del centro, y que atender, en seguida, a la tareas no menos ardua, de amparar a los recién llegado contra la codicia y los abusos de los usurpadores del terreno y de mantener en cierta armonía las tres razas que ocupan el territorio y entre las cuales era natural que estallarían prevenciones, antagonismo y conflictos. Por otro lado, el cultivo de las buenas relaciones con los representantes de la autoridad miliar, todos los cuales no estaban animados de tan levantado y conciliador espíritu como el Coronel Gorostiaga, exigía en el Director de las colonias mucho tino, mucha constancia y muy profundo conocimiento de los hombres y los asuntos de más allá de Bío-Bío.

Se necesitaría ser candoroso o temerario para sostener que no ha dejado nada que desear la manera como han sido resueltas las cuestiones, allanadas las dificultades y apartados lo peligros. Procedería, en cambio, con injusticia y ceguedad chocantes o bajo la influencia de preocupaciones estrechas el que pretendiera negar que se ha realizado, en los últimos cinco años, entre el Malleco y el Cautín, una obra de progreso y de vitalidad administrativa destinada a producir allí frutos de civilización análogos a loa que deben Valdivia, Osorno y Llanquihue a la primera inmigración, y quizás dentro de plazo mucho más breve. Y hay que reconocer, todavía, que no hemos pagado caro nuestra inexperiencia, y que el prestigio de la palabra de Chile y el buen nombre a que les ha sometido la nueva tarea de colonización en Arauco.

La situación de la colonia de Quillen y las condiciones de la comarca en donde ha sido establecida, me parecieron excelentes.

Las hijuelas se hallan escalonadas, siguiendo el curso del Quillen y de sus modestos tributarios, en pequeños grupos poco distantes los unos de los otros. Si se continúa

colonizando hacia el poniente, en las márgenes del Quillen, se dar la mano a los establecimientos de Nielol y de Galvarino, al paso que la prolongación hacia el Norte, por las orillas de los esteros que traen de allá sus aguas al río, hará confundirse en una sola esta colonia y la que existe apoyada en el Quino.

Abunda, en los frecuentes claros del bosque y en las riberas del Quillen y demás riachuelos de la comarca, el manzano silvestre, recurso de incalculable importancia en toda la zona montañosa y del cual saca el europeo mucho partido, ya sea cosechando la fruta y extrayendo la chicha para su consumo, o bien ofreciéndolas en venta en las poblaciones inmediatas. Bandadas interminables de loros pueblan la vega y el bosque, y no hay necesidad de alejarse mucho de la aldea para encontrar en gran número torcazas, perdices, patos y bandurrias.

Aquí estuvo el asiento de las más vigorosas de las reducciones arribanas. Estos árboles, estas alturas, esta agua sustentaron la savia inagotable de la valiente raza.

Ahora mismo, viven hijuelados y convertidos en pacíficos labradores, a inmediaciones de Quillen, algunos de los indios que desempeñaron los más importantes papeles en los últimos alzamientos de la Araucanía. figuran, entre ellos, los Calbucura, a quienes se considera como de los mejores; la viuda de Quilapán, dueña de una hijuela adjudicada por la comisión encargada de radicar la propiedad de indígenas, y Martín Quininao, hijo de Montri, uno de los últimos grandes soldados que produjo la *tierra*, inteligente y astuto como pocos.

Se hace, generalmente, justicia a la buena conducta de los indios. Solamente oí hablar de un robo que se atribuía a individuos de esta raza.

III-QUINO

La noche que pasamos en Quillen correspondió a los preparativos del tiempo, durante todo el anterior. Un furioso temporal de viento hizo gemir los árboles del bosque y estremecerse el liviano edificio de tablas que ocupábamos. En seguida, torrentes de agua cayeron sobre la comarca sedienta, con fuerza igual a la de los más violentos aguaceros de Junio en las provincias del centro. La mañana estaba muy avanzada cuando escampó, por fin, y pudimos disponer lo necesario para la continuación de nuestro viaje.

El camino se había puesto pesado, y al menor estremecimiento dejaban caer los árboles sobre nosotros verdaderos chorros de agua. En cambio, nos veíamos libres del trumao que, el día anterior, nos había incomodado bastante, y respirábamos con delicia un aire vivo, húmedo y fresco. La selva, medio envuelta, todavía, en nublados bajos y en blancos vapores, como en un velo medio transparente, tenía para mí encantos que no había revelado bajo los rayos del sol y luminoso de los días anteriores.

A pocos kilómetros de Quillen, pasamos el estero del Perquenco, teatro de la última función de armas digna de memoria en la lucha secular con los araucanos.

Era en 1882. un convoy, escoltado por un fuerte destacamento de infantería y caballería, venía del Norte, en dirección a los fuertes de Quillen, Lautaro y Temuco, y atravesaba, para llegar a Perquenco, un portezuelo flanqueado por tupido y alto bosque, sin observar precauciones contra una sorpresa, sea porque la naturaleza del terreno no lo permitía, o bien porque su jefe se había dejado dominar por la indolente confianza que nos ha sido fatal, desde los primeros tiempos en que los conquistadores se encontraron en presencia de la insurrección araucana hasta el día en que tropezamos, en la llanura que baña el Rimac, al sur del grupo de lindas quintas de Miraflores, con una línea fortificada y una

batalla, como quien tropieza, en medio del triguillo dorado, con una nidada de vivos polluelos o de lustrosos huevos de perdiz.

La cabeza del convoy se hallaba a pocas cuerdas del estero, cuando el chivateo estalló, de repente, y el enemigo cayó sobre la columna, la envolvió y atacó por todos lados. No hubo tiempo para dictar órdenes que, por lo demás, habrían sido ahogadas por el tremendo y salvaje alarido de los asaltantes. Los más animosos resistieron cuanto pudieron, y muchos no pensaron sino en buscar refugio en el bosque. El resultado fue que escaparon pocos del encuentro. Martín Quininao, hijo de Montri, el pacífico vecino actual de la vecindad de Quillen, figuró en primera línea, entre los jefes de los araucanos.

Aquí comienza, por el Sur, la vasta e interesante región que es conocida por el nombre de "Llanos de Quilapán" y que termina, por el Norte, a orillas del Traiguén. Lo que la caracteriza no es solamente la extensión de terreno plano, sino la interrupción del bosque, en trechos más o menos considerables, por praderas pastosas, que producen efectos dignos del teatro y de la pintura con su cuadro de gigantesca arboleda, que, a veces, las estrecha y reduce a claros de unas cuantas hectáreas, y a veces se reitera en toda dirección, hasta distancia de uno o más kilómetros.

Unas cuantas casas de poca importancia, agrupadas en torno del antiguo cuartel, que ocupa hoy la oficina de Colonización, es todo lo que se ve en la aldea de Quino.

El desarrollo de esta población ha sido detenido por la noticia de que la línea del ferrocarril ha sido trazada algunos kilómetros al oriente. Quillen, más afortunada que Quino, quedará a tres mil metros de la estación.

16 kilómetros separan a Quino de Quillen. Por el poniente, la colonia más inmediata es la de Traiguén, que dista de Quino 18 kilómetros.

El primer establecimiento de europeos a orillas del Quino data de 1884. En 1885 y en 1886 se agregó al grupo fundador otros dos nuevos, de suerte que la colonia contiene individuos de uno, dos y tres años de residencia. Comprendía, por todo, 140 familias, con 588 personas de tres nacionalidades, -franceses, suizos y alemanes.

La sola circunstancia de encontrarse aquí colonos de tres años bastaba para hacerme comprender que la situación de las cosas sería más satisfactoria que en Temuco y en Quillen.

Las cifras siguientes dan una idea del movimiento general en los últimos dos años:

		SIEMBRA	
		1886	1887
Trigo, fanegas		291 ½	837
Papas		380	386
		33 ½	
Arvejas		7 ½	186
Fréjoles			
Cebada		6 ½	58
		COSECHA	
Trigo, fanegas		1,891	9,898
Papas		1,627	2,037
Cebada		64	541-7
Legumbres		353	730
		TERRENO PREPARADO	
Hectáreas		881	1,298
EXISTENCIA DE ANIMALES			

Bueyes	276	367
Vacas	64	185
Terneros	96	208
Caballos	9	132
Chanchos	590	668
Aves	2,049	2,719

Puede afirmarse que el progreso que estas cifras revelan, en lo que respecta a la cosecha y a la existencia de animales, es debido, principalmente, a los colonos de tercer año, que han podido ya destinar el fruto de sus economías al mejoramiento del suelo, al desmonte y la preparación del terreno y a la adquisición de bueyes y animales de crianza.

El último año ha sido favorable para el cultivo del trigo. La cosecha fue cinco veces superior a la de 1886, con un rendimiento de más de 30 por 1. En cambio, la extraordinaria sequedad del verano perjudicó a los cultivadores de papas, que obtuvieron, apenas, uno con otro, una cosecha de 4 por 1. De aquí ha provenido que, al paso que la siembra de trigo ha sido, en 1887, casi tres veces mayor que en 1886, la siembra de papas no ha sobrepujado sino en seis fanegas a la del año anterior.

Merece llamar la atención el aumento que ha tenido lugar, en el último año, en la existencia de animales cabalgares. En 1886 existían apenas 6 en toda la colonia; en 1887 había ya, en junio, 132 caballos pertenecientes a colonos. Este es un síntoma de prosperidad y un nuevo elemento de considerable importancia para el trabajo y para la facilidad de las comunicaciones.

Completaré este cuadro general de la situación de la colonia de Quino haciendo desfilar, a la vista del lector, en el mismo orden en que me fueron presentados, cierto número de colonos, que acudieron a la oficina, durante nuestra visita, respondieron al llamado de la Inspección general o movidos por el interés de formular quejas y reclamos o de obtener concesiones y ventajas. La tarea parecerá a muchos pesada y casi pueril; en mi concepto, es indispensable para formar idea completa y clara de la marcha que han seguido nuestros establecimientos de colonización en el antiguo territorio araucano y la relación que ha existido y existe entre el progreso de los individuos y el desarrollo general de cada una de las colonias.

Ehrhardt, alemán, establecido en Quino desde Febrero de 1885, cosechó, el primer año, 57 fanegas de trigo, y recibió 18 más por el uso de sus terrenos, que encontró ocupados por un cultivador chileno. Este año ha cosechado 140 fanegas de trigo, 20 de papas y 4 de arvejas. Ha comprado una vaca, y desea aprovechar los meses de invierno ejerciendo en algún pueblo vecinos su oficio de albañil. Llegó a la colonia con 15 pesos.

Antoine, francés, cosechó, 75 fanegas de trigo y 25 de cebada, y su cosecha de papas no bajará de 50 sacos. Sus animales son un caballo y 7 chanchos.

El suizo Weibl, de 1885, cosechó este año, 80 fanegas de trigo, 20 de papas, 30 de cebada y 3 de arvejas. Es dueño de una vaca, un ternero y cuatro chanchos.

F. Gubert, alemán, de Abril de 1885, cosechó, este año, 110 fanegas de trigo, 23 de arvejas y 12 de cebada; espera cosechar más de 20 sacos de papas. Llegó a la colonia con 500 marcos (250 pesos de 24 peniques), y es dueño de 2 novillos, 1 vaca con cría, 2 caballos y 50 chanchos.

O. Weber, también de Abril de 1885, cosechó, este año, 55 fanegas de trigo y 22 de cebada, y cosechará unos 20 sacos de papas. Es dueño de 2 bueyes, 2 caballos y 2 chanchos. Pensaba sembrar 15 fanegas de trigo.

Kamsela, alemán, del mismo mes y año que los dos anteriores, cosechó, este año, 45 fanegas de trigo, 11 de arvejas y 5 de cebada, y llegará a 10 sacos de papas. No tiene más animal propio que un ternero.

Müller, colono de la misma época, cosechó 80 fanegas de trigo, y 6 de centeno, y espera 40 a 50 sacos de papas. Tiene caballo propio.

Torche, suizo, llegó en Febrero del 85. Su cosecha de este año ha sido de 43 fanegas de trigo, y recogerá unos 14 sacos de papas. Las heladas le destruyeron el maíz y los porotos, y afirma que, en 1886, sus perjuicios fueron mayores. Es dueño de un buey, 1 vaca, 1 ternero y un caballo.

L. Elie, francés, de Enero de 1885, ha cosechado, este año 216 fanegas de trigo, 41 de avena y 15 de cebada. No espera mucho de las papas. Es dueño de un caballo y, como la mayor parte de los individuos de esta colonia, tiene su casa en construcción.

Los dos mejores tipos de colonos que conocí en Quino fueron los siguientes:

Mathei, francés, llegado en Abril de 1885, preceptor, joven y de muy buen aspecto. Ha cosechado, este año, 185 fanegas de trigo, tiene 7 hectáreas de terreo preparado, y es dueño de una yunta de bueyes. Es seguro, sin embargo, que se valdrá, en adelante, de manos extrañas para el cultivo de su propiedad, porque una escuela para los hijos de los colonos franceses, que ha logrado mantener desde que llegó a la colonia y que ha funcionado en un salón del edificio de la oficina, se halla en vísperas de tomar considerable desarrollo y absorberá todo su tiempo y atención. Con la ayuda de la Inspección, ha preparado un departamento sencillo, pero decente, en donde espera acomodar 40 internos, a quienes cobrará una pensión moderada. La Inspección general, por su parte, subvencionará el establecimiento con un peso, al mes, por cada alumno inscrito, siempre que el número pase de quince.

El día de nuestra visita, la escuela estaba de percance. El carpintero francés que tenía a su cargo el trabajo había sufrido una terrible caída de caballo, y se hallaba postrado con muchas contusiones y magulladuras, pero, afortunadamente, fuera de peligro.

El colono alemán J. Wüstling, de Baden, llegó a Chile en Diciembre de 1884. Obran en su favor tres circunstancias: que pudo dedicar, desde un principio, a su hijuela, 900 ps., -que es agricultor de profesión,- y que ha entrado al tercer año de residencia en su hijuela. El resultado ha correspondido a estos antecedentes.

La primera cosecha le produjo 50 fanegas de trigo, 70 sacos de papas, 5 de arvejas y legumbres de diferentes clases, en pequeñas cantidades. Este año ha recogido 210 fanegas de trigo, fuera de $\frac{1}{2}$ cuadra que perdió, 23 de cebada, 14 de arvejas y betarraga y repollo en cantidad considerable. Ha sembrado, en terreno abandonado, la papa Rosa de Alemania con espléndido resultado, pero, según el estado último de la oficina de colonización, la cosecha de este año ha estado lejos de justificar su cálculo de Marzo.

En sus trabajos le ayudan un hijo y 2 peones chilenos, a cada uno de los cuales paga 100 pesos por año, con casa y comida. Empleó, además, en la última cosecha, 7 indios, que le dejaron satisfecho. Tiene 23 hectáreas preparadas para el cultivo, y ha sembrado, este año, según el estado, 19 fanegas de trigo y 8 de papas.

Ha construido este excelente colono dos casa de madera, con establos, y su existencia de animales es de 8 bueyes, 5 vacas, 5 terneros, 5 caballos y 50 chanchos.

A este estado de relativa prosperidad de Wüstling y de otros colonos de lengua alemana, de tercer año, se debe que, en Quino, comience a despertar el espíritu de solidaridad y de progreso colectivo. Se trataba, seriamente, allí, de la fundación de una escuela para los hijos de los alemanes y suizos germánicos, a cuya obra debían contribuir los colonos con el trabajo de la construcción y la Inspección general con el terreno, la madera y una subvención de 15 pesos por mes.

Muchos son los colonos que se han titulado en Quino *agricultores*, sin tener título ninguno para ello. Uno de estos agricultores confesó al Inspector general que formaba parte de un grupo de 10 a 20 tejedores de seda (*tisseurs*) de Lyon, que había resuelto emigrar a Chile en vista de la postración de aquella industria. En el declarante había influido, además, la circunstancia de haber sido caricaturado, ultraje a que no pudo resignarse. Como, por los demás, se sentía incapaz de cultivar su hijuela, por su falta de fuerzas, y no tenía familia, deseaba que se le permitiera abandonar terreno y colonia y trasladarse a Santiago en busca de ocupación más adecuada a sus aptitudes.

Otro grupo digno de estudio y característico del espíritu con que han procedido algunos de nuestros sub-agentes en Europa es el que forman en Quino unos 13 o 14 antiguos cocheros, la mayor parte de los cuales vivían, hace pocos años, en Berlín, consagrados a la activa tarea de acarrear pasajeros en las calles de dicha capital. Reunidos, una noche, en una taberna, y bajo la influencia del licor o de la desesperación, estos industriales determinaron dejar plantados patrón, caballos y carruajes, y venirse a Chile a tentar fortuna, en la condición de agricultores y colonos. Algunos de ellos trabajaban todavía sus hijuelas vestidos con el uniforme de vivos lacres y botones plateados, con la inscripción de “cochero del servicio público”

En honor de ellos, debo agregar que todos los datos que obtuve sobre la situación industrial del grupo de estos *cultivadores* tienden a manifestar que se hallan en buen camino y que fue sabia la resolución de media noche adoptada en la taberna de Berlín. Dos o tres de ellos a quienes conocí me dejaron bajo la impresión de que habían pasado felizmente el período de crisis.

Así, Hoffmann,-uno de los colonos fieles todavía al uniforme de auriga del servicio público de Berlín,-ha cosechado, este año, 50 fanegas de trigo, 15 de cebada y 8 de diversas legumbres, y hará una pequeña cosecha de papas. Ha economizado lo suficiente para emprender la construcción de su casa y para elevar su existencia de animales a 4 bueyes, 4 vacas, 3 terneros, 2 caballos,-uno de los cuales, de superior calidad, montaba ufanamente ese día,-y 7 chanchos.

Así, también, otro de estos ex cocheros, Japt, ha cosechado, este año, 130 fanegas de trigo, 30 de cebada y 9 de diversas legumbres y esperaba cosechar unos 15 sacos de papas. Es dueño de 5 bueyes, 3 vacas, 2 terneros, 2 caballos y 9 chanchos, y cuenta con los fondos necesarios para levantar una buena casa.

Debo mencionar, todavía, entre los colonos que me fueron presentados en Quino, al suizo F. Fuchas, que trabaja en sociedad con su suegro, establecido, como él, en la colonia desde Noviembre de 1885. la cosecha de ambos ha sido, este año, de 180 fanegas de trigo y de 20 de cebada. Dice que la papa se le dio admirablemente en terreno preparado con abono, pero que los vecinos le han robado casi todo el producto. La sociedad de familia tiene una existencia de 4 bueyes, 4 vacas, 4 terneros, cuatro caballos y 20 chanchos.

Fl. Juárez, francés, cosechó 130 fanegas de trigo y espera buena cosecha de papas. Es dueño de una vaca.

El colono de la misma nacionalidad, Pellet, ha sufrido muchos percances. Calcula que el indio le destruyó 200 fanegas de trigo, y solamente cosechó 30. las papas se le han dado muy pequeñas. Tiene un buey de su propiedad y 800 plantas de viña, que se desarrollan muy bien, en situación expuesta al mediodía.

Fr. Brunnot, francés, cosechó 120 fanegas de trigo y 10 de cebada. La papa le dio mal resultado.

A F. Dreyer se le quemó toda la sementera, pero no desmaya, y piensa hacer venir a su familia y de Alemania.

Un colono francés recién llegado, Mathey, trajo algún dinero, ha comprado ocho vacunos y un caballo, y se propone comprar más. Tiene terreno preparado para sembrar.

Conocí, todavía, antes de despedirme de Quino, un colono inglés llamado Vyne, de muy buena apariencia, que ha llegado, este verano, con su familia, compuesta de 8 personas, y un capital de 1,000 pesos. Ha viajado mucho, según parece, en calidad de cirujano de marina, y tiene todas las trazas de persona de educación. Se manifiesta contentísimo con el país y en especial con su hijuela de 100 hectáreas, situada en el camino de Traiguén, y a propósito, según él, para establecer un negocio de posada. Ha comprado chanchos, y piensa hacer una buena siembra.

En concepto de Vyne, será fácil atraer a las colonias buen número de ingleses con recursos.

Pongo término a estos apuntes sobre la colina de Quino con algunas consideraciones de carácter general, que me fueron sugeridas, en parte, por individuos residentes allí y que, en parte, procede de mi propia observación.

La colonia ha entrado ya en período de activo desarrollo y de bienestar relativo que encontré pronunciados en Traiguén y en la gente de Quechereguas que conocí en aquella población; y esto es debido, en primer término, a sus colonos de tercer año.

El último verano no fue muy favorable. Causó con su extraordinaria sequedad, la ruina de los sembrados de papas, y ha producido, en este importante cultivo, una sensible paralización. El rendimiento del trigo fue en cambio, digno de los mejores tiempos y de los mejores terrenos de Chile.

El badense Wüstling opina que hay, sin duda, entre los colonos alemanes de Quino, individuos de poca moralidad y mal preparados para las tareas de la existencia de cultivadores. Agrega, sin embargo, que todos ellos son capaces de trabajar y que el trabajo y la economía les permitirán sobreponerse a las dificultades, que son cada año menores para la colonia en general y cada uno de sus miembros en particular, y realizar modestas fortunas.

Creí notar en los franceses mucho ardor en el trabajo. Las mejores cosechas de trigo recogidas este año en Quino fueron las del francés Am. Bel (246 fanegas) y la de su compatriota Belusan (250 fanegas). Muchos otros de los colonos franceses cosecharon de 100 a 216 fanegas.

Los que más han sembrado han sido el francés Proust, colono de 1884, (22 fanegas de trigo) y el francés Fleury, también de 1884, (23 fanegas).

Muchos de los colonos han adquirido máquinas pequeñas, que emplean en sus propias cosechas y alquilan a los que carecen de ellas.

La impresión favorable que existe, respecto de Quino, entre los mismos colonos, se halla corroborada por el hecho de que J. Brunnot, el mismo individuo que subió en San Bernardo al tren que me condujo a Angol, en vez de continuar su ocupación muy lucrativa en una fábrica situada a las puertas de Santiago, ha preferido venirse con su familia y sus

ganancias de un año a tomar de nuevo posesión de su antigua hijuela, que abandonó, antes de ahora, por falta de recursos para trabajarla.

J. Brunnot y su hermano o pariente F. Brunnot manifestaron el propósito de hacer venir a una sobrina de ambos que reside en Francia, a fin de que se emplee como institutriz en la colonia.

Me pareció que las quejas y demandas por daños causados por animales de chilenos eran, en esta colonia, menos frecuentes que en algunas de las que había visitado hasta entonces.

Se ha generalizado el empleo de perros de guarda para la defensa de las habitaciones y los sembrados, y hay, a la fecha, en Angol, individuos que se ocupan en propagar estos animales para venderlos a los colonos recién llegados.

El empleado de colonización que tiene a su cargo la dirección y el cuidado del establecimiento de Quino es un sujeto apellidado Urrutia, muy inteligente, muy discreto y consagrado, con interés poco común en los chilenos del Sur del Malleco, a la tarea que le ha sido encomendada. En trato frecuente e íntimo con los colonos, comprende ya perfectamente el francés. Es una garantía y un auxiliar valiosísimo para la colonia.

IV.- VICTORIA

Mientras interrogábamos a los colonos de Quino y tomábamos, a la ligera, el almuerzo que había hecho preparar Urrutia, el día se había puesto claro, despejado y luminoso.

De las nubes y los vapores húmedos de la mañana n quedaba más vestigio que uno que otro copo blanco, perdido en el horizonte lejano, entre grupos de grandes árboles. El suelo se había afirmado. Volaba nuestro liviano vehículo, y antes de que nos diéramos cuenta de ellos, habíamos dejado atrás la mayor parte de los 19 kilómetros que separan a Quino de Victoria.

A medida que avanzábamos al Norte, se acentuaban los rasgos peculiares de la inmensa y hermosa “Llanada de Quilapán”. La alternativa de bosque y pradera se hacia más regular. Naturalmente, en la parte de la región que el camino atraviesa, predomina el prado, y la vista abarca vastísimo campo limpio, limitado, a la distancia, por murallas imponentes de montaña verde oscura, frondosa, y al aparecer impenetrable.

El primer grupo de colonos que encuentra el viajero, viniendo del Sur, es uno formado por cultivadores bretones, gente poco aficionada a comodidades, poco aseada, pero trabajadora y económica. Viven todavía en grandes casas provisionarias, con techo de paja, en las cuales se comprende que hay espacio suficiente para el alojamiento de la familia, los animales, y hasta los chanchos y las aves que remueven, en busca de alimento, la tierra humedecida por la lluvia de la noche anterior, a inmediaciones de las habitaciones. Enormes montones de pasto seco y depósito de paja de la cosecha anuncian los preparativos del europeo para hacer frente al próximo invierno.

Antes de llegar a Victoria, cuyos techos de vistosa teja asomaban a lo lejos, entre los árboles, considerablemente raleado, en esta parte, por el fuego y el hacha, desviamos hacia la izquierda, siguiendo el camino que lleva a Traiguén, por la ribera sur del río de este nombre, con el objeto de visitar la hijuela del colono alemán Enrique Müller, uno de los más alentado pobladores europeos establecidos entre Malleco y Cautín.

Después de orillar, durante algunos minutos, el bosque que cierra el prado por el Poniente, con sus primeros árboles, gigantescos y elegantísimos, avanzando en forma de parque secular, nos encontramos frente a la puerta de la alta palizada que protege las habitaciones y el huerto del colono.

Este Müller no vino directamente de Europa a Chile, por conducto de la Agencia general. Es minero de Clausthal, en la región montañosa del Harz, -el mismo pueblo de donde fue oriundo el finado don Enrique Bohn, vecino fundador del pueblo de Viña del Mar y respetable jefe de una familia chileno-alemana,-y emigró a Bolivia, atraído por la noticia de los grandes trabajos de Huanchaca. Aquí estuvo ocupado durante algún tiempo; pero, como su salud comenzara a quebrantarse, se trasladó a Chile con su familia y unos mil pesos ganados en las minas bolivianas, y obtuvo hijuela en Diciembre de 1884.

Poco entendía el hombre de las faenas de campo; pero traía dinero en el bolsillo, y dentro del pecho un corazón animoso, y esto le ha bastado para abrirse camino. Su casa, construida de gruesos tablones perfectamente unidos entre sí, por el estilo de las *Loghouses* de los colonos de vanguardia en el Oeste de los Estados Unidos, tiene tres pisos sobre el suelo, de los cuales el inferior sirve de depósito de la cosecha y el segundo de habitación para la familia, y a inmediación de este edificio principal se halla un granero, dentro del cual hace el colono su trilla, en los días de lluvia, por medio de una máquina que él mismo ha inventado y que recibe el movimiento de una malacate situado en la parte exterior y

servido por uno o dos caballos. Completan la instalación una serie de establos, el dormitorio de los peones, la casa para los chanchos y el gallinero.

En el huerto se revelaba, lo mismo que en las construcciones, la mano del hombre emprendedor e ingenioso. Allí nos hizo ver el colono, que llegó mientras recorriamos su pertenencia, plantales de parras, duraznos y otros árboles frutales y, además de las hortalizas conocidas ya generalmente en Chile, otras especies traídas de la Argentina y de Europa.

Este año ha cosechado Müller 200 fanegas de trigo, 60 de papas, 16 de arvejas, 10 de cebada, 5 de habas y gran cantidad de legumbres. Su existencia de animales llega a 6 bueyes, 4 vacas, 5 terneros, 4 caballos y 14 chanchos. Tenia, en la época en que visité su hijuela, 10 hectáreas de terreno preparado, y según el estado de la oficina de Angol, ha sembrado 18 fanegas de trigo.

Al despedirme de Müller, no pude menos que preguntarme cuál sería hoy el estado de las colonias y a que porvenir industrial y prospero se encaminarían, segura y rápidamente, si la mitad de los dueños de hijuelas trabajaran con el entusiasmo y la constancia de este minero del Harz.

Continuamos el viaje interrumpido a Victoria, en compañía del Sub-inspector de las colonias del Oriente, don Bernardo Muñoz Vargas, y del intérprete don Juan Hassler, sujeto muy inteligente y versado en idiomas. Estos caballeros habían venido a encontrarnos, tan pronto como supieron que nos dirigíamos a la hijuela de Müller.

Fue aquella tarde una de las más espléndidas de que es posible gozar en esa región privilegiada de Chile, en que la gloriosa pompa del bosque se combina con los vastos horizontes del prado llano y pastoso. El aire vivo y fresco de la tarde y de la montaña nos acariciaba el rostro. A nuestra espalda quedaban los grupos de grandes árboles que sirven de respaldo a la casa de Müller; frente a nosotros, bajo un cielo transparente y purísimo, se destacaba, más o menos distante, a manera de lujosa franja, la línea de los bosques sin término del Oriente, envueltos en las primeras sombras solemnes y silenciosas del crepúsculo, y sobre ellos, entre las postreras nubes albas, restos de la pasada tempestad, las moles poderosas del Llaima y el Nevado, hacia la derecha, y las del Lonquimay y el Tolhuen, hacia la izquierda, con la frente coronada de nieve iluminada por los últimos resplandores del sol y del día.

No tardamos en atravesar la cortina transparente de bosque que cubre a Victoria por el Sur; y antes de que oscureciera, nos encontrábamos en la oficina de Colonización.

Victoria, situada en la margen meridional del Traiguén, es una de las poblaciones más considerables y animadas que han surgido, de pocos años a esta parte, en el terreno que ocuparon exclusivamente los indios hasta 1881. Construida en medio del bosque y con lujo de buena madera, tiene, como otras del sur de Malleco, el aspecto de ciudad improvisada en una región montañosa y expuesta a ser destruida por un incendio. No faltan, sin embargo, casa techadas con teja de muy buena calidad, que cuesta aquí de 12 a 13 pesos por millar.

Los indios hijuelados en la vecindad y los colonos alimentan el comercio, que es considerable. La ciudad posee un buen hotel dirigido por un señor Vargas, y una cervecería perteneciente al alemán Otto, instalada con decencia y provista de palitroque. El establecimiento del alumbrado público es otro de los adelantos que se nota en Victoria.

En este punto y en Quechereguas fueron fundadas, en la primavera de 1883, las primeras colonias europeas en territorio araucano. En Setiembre de ese año, llegaron los españoles, en número de 55 familias, de las cuales quedan apenas 26 en Victoria, y 5 en Quechereguas. Ha habido, pues, desbande de los casados, por vía de continuación del

desbande de los solteros, que tuvo lugar en la bahía de Montevideo. Los mejores de los españoles que han permanecido en las colonias trabajando en sus hijuelas no pasan del nivel inferior del cultivador europeo. hay, entre ellos, algunos que se distinguen por su honradez y laboriosidad; y es todo lo que puede decirse a favor de ellos.

Lo peor que ha tenido, en mi concepto, este desgraciado ensayo es que ha autorizado las más falsas ideas y las más negras prevenciones respecto de las aptitudes de los españoles para la colonización. En realidad, el fracaso de este primer grupo de colonos no se debió a que ellos eran españoles, sino a que no eran cultivadores, a que no venían con el olor a la buena tierra natal, sino envueltos en los tristes harapos del aventurero, del emigrado y del proscrito.

Muchos de ellos habían servido en las filas del ejército carlista, y fueron recogidos para nuestras colonias en las calles de algunas ciudades francesas. Así lo declaró, entre otros, en mi presencia, uno llamado Martínez, pobre sujeto, que está vegetando en una hermosa hijuela, a las puertas de la ciudad, y se consuela empinando el codo de la vida “sin religión y propia de moros” que se lleva en las colonias.

A fines del verano último, había establecidas en Victoria 192 familias, con 825 individuos. Estas se hallan distribuidas, siguiendo el curso del río y de sus pequeñas afluentes, en los ocho grupos de Traiguén, Colo, Quilquilco, Dumo, Chanco, Tricauco, Púa y Salto. En algunos de los grupos, como Colo y Quilquilco, el terreno se presta poco para siembra. Se les considera como colonias de crianza, y se ayuda a los que tienen allí sus hijuelas, prestándoles, por cierto número de años, tres vacas del fisco.

La siembra y la cosecha de los dos últimos años, en los ocho grupos, están representadas por las siguientes cifras:

Cosechas:	1886	Fanegas 1887
Trigo	5,037	7,346
Papas	4,285	5,984
Cebada	131	278
Legumbres	550	879
Siembra:		
Trigo	757	1,103
Papas	588	917
Cebada	27	31.3
Legumbres	102 ½	157 ½

La existencia de animales y aves, en el mismo período, ha sido la siguiente:

	1886	1887
Bueyes	425	435
Vacas	230	355
Terneros	205	362
Caballos	92	140
Chanchos	935	801
Ovejas		290
Aves	3,592	3,809

No es posible negar que estos guarismos, tratándose de una colonia que cuenta cuatro años de existencia y que ocupa una situación favorable, no revelan sino un progreso muy lento. En ello ha influido, sin duda, la mala calidad de los más antiguos colonos. La inmediación de una población considerable ha distraído, también, de sus tareas de cultivadores a muchos que se consagraban a ellas de mala gana y sin experiencia ni conocimientos. Es indudable que los carpinteros, albañiles, panaderos y herreros han ganado, trabajando en el pueblo, el doble de lo les han producido sus hijuelas.

Según el señor Muñoz V., apenas la tercera parte de los colonos de Victoria pueden ser considerados como buenos; hay, todavía, una tercera parte regular, y una tercera parte se compone de sujetos de más condiciones. El señor Hassler piensa que la proporción no es tan desconsoladora, y la misma impresión llevó de Victoria el pastor suizo Grin, que visitó, este año, las colonias según parece por encargo del gobierno de la Confederación. Están, sin embargo, de acuerdo, el Sub-inspector y el intérprete en un punto de mucha importancia, y es que los colonos peor notados van mejorando de conducta a medida que aumentan sus cosechas. Ha cesado la borrachera, que fue, en los primeros años, una de las causas más eficaces de desmoralización. Va generalizándose el deseo de reemplazar las construcciones provisionales, que les han servido hasta ahora, por otras más sólidas y de mejor aspecto. Hay ya casas de colonos que merecen, en la Araucanía, el título de palacios.

Supongo que una impresión análoga a la que produjo en mi ánimo la situación de Victoria atravesó el del pastor suizo Grin arriba mencionado, a pesar de la buena opinión que éste formó de los colonos, especialmente de sus compatriotas. Eso sí, en vez de atribuir la lentitud del desarrollo de la colonia, en comparación con las de Traiguén y Quechereguas, a la poca preparación industrial de los individuos que la componen u aun a su bajo nivel de instrucción general y moralidad, le pareció más justo y cómodo imputar el poco satisfactorio resultado a la mala calidad de las hijuelas; y en un meeting, a que convocó a sus compatriotas de Victoria y Ercilla, se embarcó con mucho entusiasmo y escasa discreción, en una serie de lamentaciones por la triste suerte de los colonos de la montaña y la inferioridad de la condición en que el gobierno de Chile les había colocado, respecto de los colonos de la zona central.

Una vez que el reverendo señor hubo terminado su jeremiada, se levantó el intérprete Hassler, y dirigiéndose a la concurrencia dijo: “colonos de Victoria y Ercilla, puedo asegurar a ustedes que no hay, por parte de la Inspección general de colonias, ningún inconveniente para trasladar a otras colonias a los que no estén satisfechos aquí. ¿Cree alguno de ustedes que el cambio le conviene?”- “Ni con diez mil francos encima”, exclamaron algunos de estos desheredados de la colonización chilena, según el pastor Grin.

Y se comprende, perfectamente, ese grito de protesta. En las colonias de las lomas encuentra, es cierto, el europeo grandes facilidades para sembrar; recoge, en los primeros años, excelentes cosechas, y realiza pronto economías de consideración. En cambio; las hijuelas de la montaña se prestan para la crianza de ganado, y el riego artificial habrá comenzado a fecundar el suelo, en una época no muy distante, en que se habrá pronunciado el desmejoramiento de los terrenos del centro. La abundancia de la madera les permite, además, construir habitaciones hermosas y baratas y vastos edificios para guardar las cosechas y el ganado. El bosque no es solamente una antigua predilección del europeo del Norte; tiene para el colono la importancia de una reserva, que irá tomando valor de año en año, a medida que aumente la población y se desarrolle la industria, y también, a medida

que avance la destrucción salvaje y en grande escala en que los llamados “agricultores chilenos” están empeñados, a vista y paciencia del país.

Es de deplorar que en un centro de colonización como éste, en donde se halla establecida una población europea de más de 800 personas, que pasa por una difícil prueba, no haya encontrado la Inspección de Colonización en las autoridades del país cooperadores decididos e ilustrado como en otros puntos del territorio araucano. El capricho militar, y lo que es peor, el capricho de subalternos con escasa conciencia del mal que hacen y de la responsabilidad en que incurren ha sido la suprema ley a que Victoria ha estado sometido. Al entrar al pueblo, se nos recibió con la noticia de que el español Jiménez, uno de los colonos más trabajadores, había sido reducido a prisión por orden del jefe de la plaza, con motivo de una cuestión meramente civil de poca importancia.

Este mismo oficial otorga, a favor de particulares, títulos de ocupación de terrenos fiscales, y aun de terrenos entregados a la oficina de colonización, que pueden ser, en el porvenir, otras tantas fuentes de pretensiones audaces otras tantas ocasiones para que los *amigos del país* de la novísima cosecha, pongan el grito en los cielos contra el despojo cruel de nuestros compatriotas por un gobierno inicuo y sin entrañas. Y por desgracia, lo que hacia el jefe de plaza de Victoria, en el mes de Marzo último, cuando ya estaban en camino hacia el Sur los funcionarios nombrados para gobernar conforme a las leyes las provincias de Cautín y Malleco, lo han hecho, hasta época reciente, oficiales retirados del servicio, hasta ingenieros dependientes de la oficina topográfica. El respeto a la propiedad de la nación es un sentimiento que está por nacer en aquellas comarcas.

Dejaré ahora desfilas ante el lector algunos de los colonos de Victoria.

W. Lichtenberg, alemán, colono de dos años, ha tenido malas cosechas. La de este año ha sido de 24 fanegas de trigo, 15 de papas y 4 de cebada. Vive en casa sólida con techo de paja, y es dueño de dos vacas y un ternero.

Su hijo, del mismo nombre, se encuentra poco más o menos, en las mismas circunstancias.

O. Westermann, colono de dos años, ha cosechado, este año, 8 fanegas de trigo, 15 de papas, 2 de arvejas y una de cebada. Los porotos se la helaron. Está construyendo casa regular.

Este colono es dueño de una vaca, un ternero y 9 chanchos, y ejerce su oficio primitivo de carpintero, mediante el cual se sostiene.

Otro carpintero, el suizo Anderegg, sembró en medias con un chileno, y cosechó, por su parte, 56 fanegas de trigo y 42 de papas. Tiene vaca, ternero y caballo. Perdió su arado, y en general atiende poco a su hijuela, y trabaja en el pueblo, alegando que es enfermizo y que le hace mucho daño la gente que trafica por el camino que pasa frente a su propiedad.

H. Haensler de segundo año, cosechó, esta vez, 34 fanegas de trigo, 20 de papas, 20 de cebada y 15 de diversas legumbres. Tiene una vaca, dos terneros y caballo, y vive en casa regular.

El suizo Ruegg, de 1884, cosechó solamente 15 fanegas de papas, y abandona la hijuela.

El suizo P. Mermont, colono de cuarto años, cosechó 70 fanegas de trigo, 80 de papas y 14 de diversas legumbres. Es dueño de tres vacas, dos terneros y cuatro chanchos. había cerrado su propiedad con tranquero, y el incendio le destruyó el cierro y una cuadra de sementera. Ha sembrado, este año, 10 fanegas de trigo y 14 de papas.

El suizo H. Strikler llegó en 1883, y ha cosechado tres veces. Ese año recogió 40 fanegas de trigo y 25 de papas. A más de la yunta de bueyes fiscal, posee 4 vacas, 6 terneros y 5 chanchos. Sembró 8 fanegas de trigo y está levantando buena casa de altos.

Hetz llegó hace tres meses. No es agricultor, pero ha traído siquiera 150 pesos.

El suizo J. Reusse llegó en 1886, y cosechó 6 fanegas de una mala siembra. Vino con 3000 francos, y a adquirido algunas vacas y terneros. Ha edificado casa regular.

El suizo J. Haffner, de Quilquilco, llegó sin recursos en Enero de 1884. Cosechó este año 32 fanegas de trigo y 50 de papas. Se le ha prestado 3 vacas, por ser su hijuela de pastoreo, y tiene 3 terneros suyos. Entiende el cultivo de hortaliza, vende en verano de 30 a 40 pesos y tiene para consumir todo el año. Vive en buena casa. Pide permiso por un mes para ir a arreglar un jardín en Purén.

Otro colono con hijuela de pastoreo es el suizo Ruedlinger padre, jornalero en su país y por añadidura poco trabajador. recogió este año su tercera cosecha de 30 fanegas de trigo, 18 de papas y de legumbres. Tiene suyo 3 terneros.

J. Dünner, suizo, colono de 1883, es albañil y trabaja en el pueblo más que en su hijuela. Cosechó este año 25 fanegas de trigo, 65 de papas y 7 de legumbres. Su existencia de animales, gracias a sus ganancias y economías de albañil, es de 4 bueyes, 4 vacas, 2 terneros, 3 caballos y 6 chanchos. Ha edificado casa grandes provisorias, con establo. Desea hacer venir su suegra de Suiza.

El suizo El. Schmidt, de 1883, cosechó este año 70 fanegas de trigo, 60 de papas y 9 de legumbres. Los porotos se le helaron. Es dueño de 3 vacas, 4 terneros y 2 caballos. Tiene regular casa, y ha sembrado 10 fanegas de trigo y 9 de papas. Se queja del daño que le hacen en su propiedad los animales de un vecino, mediero del capitalista Bunster.

El suizo P. Richard llegó a Chile en 1885. Cosechó, este año, 30 fanegas de trigo, 20 de papas, 20 de cebada y 4 de legumbres.

El colono alemán Ke-Kow, carnicero, llegó a la colonia, hace tres años, con 100 pesos. Este año cosechó 35 fanegas de trigo, 25 de papas, 10 de arvejas y fréjoles y 9 de cebada. Su existencia de ganado es de 5 bueyes, 8 vacas, 7 terneros, 9 ovejas y 1 caballo. Su pequeño capital y una cosecha de 80 sacos de papas, el primer año, le han facilitado mucho el camino. Tiene 6 hijas, una de ellas casada. Está edificando una casa sólida en la hijuela, y además, otra en Victoria, que será la mejor de la población.

Decorvey, de Adencul, ha hecho este año su primera cosecha, que fue de 39 fanegas de trigo, 50 de papas y 4 a 5 almudes de linaza, que se da muy bien en estos lugares. Tiene algunos chanchos. Quiere hacer venir de Europa a sus dos hijos.

El suizo Crausaz llegó, como el anterior, en Diciembre de 1885, y sembró en 1886. su cosecha ha sido de 55 fanegas de trigo, 25 de papas chicas y 9 de legumbres. Vive en casa provisoria regular, y es dueño de una vaca. Ofrece pagar el pasaje de su hija, que quedó en Suiza.

Los suizos Girardet, que llegaron, también, en Diciembre de 1885, son tipos de los colonos que las Comunas de la Confederación han echado sobre Chile, por librarse de ellos. Girardet padre perdió su cosecha, por efecto de un incendio, y se halla a brazos cruzados, con una familia de 8 personas a cuestas. Su única esperanza estaba cifrada en el casamiento de su hija con un chileno, que, efectivamente, ha sembrado en la hijuela 5 fanegas de trigo, 3 de papas y 9 de legumbres. Girardet padre no posee más animales que 3 chanchos, y Girardet hijo, que cosechó 35 fanegas de trigo, no tiene un solo animal.

El alemán Rickemberg llegó en Marzo de 1885, y sembró. Su segunda cosecha, de este año, ha sido de 42 fanegas de trigo, 32 de papas, 8 de cebada y 8 de arvejas. Al

concluir el verano, tenía ya 2 vacas, 1 toro, 1 ternero y 1 caballo. Ha edificado casa provisional, con establo. Ha sembrado 6 fanegas de trigo, 4 de papas y 6 de legumbres, y está muy empeñado en que se le dé sus deslindes definitivos.

El suizo Follin, de 1883, cosechó este año 30 fanegas de trigo y 60 de papas. Ha sembrado 6 fanegas de trigo. En animales tiene, a más de los bueyes del fisco, 4 vacas, 5 terneros, 1 caballo y 3 chanchos de su propiedad.

H. Schurte cosechó, este año, 70 fanegas de trigo y 50 de papas. Tiene su casa de material sólido al concluir, y es dueño de 2 bueyes y 2 vacas.

Por lo que he dicho hasta aquí, se verá que la colonia de Victoria ha debido hacer un aprendizaje más largo y laborioso que algunas de las otras, a consecuencia de la inferioridad relativa de los individuos que constituyen la mayoría de su población. Le tocó el principal contingente de la inmigración española y el grueso de los suizos desvalidos. De aquí proviene que, a pesar de ser una de las más antiguas, deja mucho que desear en materia de adelanto y prosperidad.

La mejor cosecha ha sido la del alemán Müller, que recogió 200 fanegas de una siembra de 12. apenas 5 o 6 más han pasado de 100 fanegas, entre ellos el francés Rossy, que cosechó 150.

El total de la cosecha de la colonia representa el 9 ½ por 1 de lo sembrado en 1886. la papa rindió 10 y las legumbres 11 por 1.

Distribuido proporcionalmente el total de la cosecha y de los animales de propiedad particular existentes en la colonia a fines del verano entre las 192 familias establecidas aquí, corresponde a cada una de ellas: más de 38 fanegas de trigo, más de 31 de papas, 4 o 5 de legumbres, 1 ½ de cebada, 2 vacas, 2 terneros, 4 chanchos, y son pocas las que no tienen caballos. Si a esto se agrega que casi todos los colonos viven en casa propia más o menos sólida, con establo y corrales, que son muy pocos los que no ganan bastante dinero trabajando en el pueblo, labrando durmientes o cortando y acarreando leña, o bien con el arriendo de terreno, el alquiler de la carreta y los bueyes y la venta de leche, mantequilla, huevos, manzanas, aves y carne de chanco, se comprenderá que no hay motivo para desesperar del porvenir, y se encontrará, al mismo tiempo, explicación para el fenómeno de que individuos que cosechan apenas lo necesario para vivir hayan podido adquirir animales y levantar una o dos buenas habitaciones, algunas de ellas de dos pisos, como el carnicero Ke-Kow.

En la siembra de 1887 se nota, en el trigo, un aumento de 20% sobre la de 1886, y en la papa y las legumbres aun aumento de 50%. Los colonos que más han sembrado este año son el francés Rossy (17 fanegas de trigo y 2 de papas), el español Jiménez, el mismo que fue reducido a prisión por orden del jefe de plaza (17 fanegas de trigo, 9 de papas y 3 de legumbres), el suizo Ruedi (10 de trigo y 22 de papas), el alemán Fintch (12 de trigo, 8 de papas y 2 de legumbres), el suizo Jaeggri (14 de trigo y 8 de papas), y el alemán H. Müller (18 de trigo, 8 de papas, 2 de cebada y 2 de legumbres).

Quejas por perjuicios causados por vecinos no faltan, ni faltaran mientras los colonos no cierren sus hijuelas, mientras no se resuelvan a defenderse con perros, como los de Quino, y mientras las autoridades militares y civiles estén fomentando la ocupación indebida de terrenos del Estado o de hijuelas vacantes. A inmediaciones del pueblo, los muchachos entran a las propiedades a tomar manzanas, y esto da lugar a camorras, demandas y enemistades.

-Un colono chileno vive entre los europeos de Victoria. Es una mujer llamada Juan Gutiérrez, que sostiene una familia de 5 personas, y obtuvo hijuela en Diciembre de 1883,

no sé si en cabeza propia o por estar entonces casada con colono, quizás con el español Gutiérrez, que figuró en los estados hasta 1886. Este año ha cosechado 70 fanegas de trigo, 16 de papas y 9 de legumbres; ha sembrado 5 de trigo, 3 de papas y 2 de legumbres, y es dueña de 4 bueyes, 3 vacas, 2 terneros, 1 caballo y 3 chanchos.

-De los 7 colonos señalados como autores de crímenes hasta fines del último verano, pertenecen los más a esta colonia. El peor de ellos es el español Sierra, que se halla sometido a juicio por un alevoso asesinato.

-El precio del trigo varió, en Victoria, durante el verano, entre ps. 3.12 y 3.40 y el de la papa varia anualmente entre ps. 1.25 y 3.

hay, en la vecindad de la población y de la colonia, indios en buen número, y algunos de ellos muy familiarizados ya con el modo de vivir y los gustos del hombre civilizado. Pedro Quepucura es digno de atención especial por su buena planta y lo esmerado de su traje. Ha construido una casa a la chilena, que vale más de mil pesos, y usa lavatorio, con agua de Florida, escobillas, etc. Gana dinero en sus viajes de comercio a las provincias argentinas.

-No parecen haber dado, hasta aquí, muy buen resultado los casamientos entre colonos e hijos del país. De 6 a 7 que han tenido lugar, solamente se mantienen en paz los de chilenos jóvenes con viudas de colonos. Ha dejado que desear la moralidad de la jóvenes esposas chilenas en el territorio que, según el poeta, fue la cuna de Fresia.

-He tenido, también, en Victoria, noticias de ciertos fraudes que practican o han practicado los colonos. En Angol, toman algunos plata e interés, por unas cuentas horas, para hacer creer al Inspector general que traen efectivamente, los recursos que se les exige en Europa. Otros se agregan, por pocos días, niños ajenos de más de 10 años, a fin de hacerse otorgar, en cabeza de ellos, hijuelas de 20 hectáreas.

Las irregularidades del procedimiento de las autoridades militares y civiles de Victoria, a que antes he hecho referencia, imponen de nuevo a mi atención las diversas cuestiones relacionadas con la administración de la propiedad fiscal y con la contribución de la propiedad particular en el territorio del antiguo Arauco.

Al saber que jefes de plaza, antiguos oficiales e ingenieros de la oficina topográfica del Estado otorgaban, en forma de permisos para cultivar, títulos de ocupación de terrenos fiscales vacantes o de hijuelas de colonos momentáneamente abandonadas, me preguntaba: ¿De quién dependen las tierras públicas en el territorio comprendido en las provincias de Arauco, Malleco y Cautín? ¿Dependían de las autoridades militares anteriores? ¿Van a depender de los nuevos intendentes? ¿O han dependido y dependen siempre de la oficina de Colonización?

Y si no dependen de esta oficina ¿Cuándo debe entenderse que están entregados a ella los terrenos que necesita para la instalación de colonos? ¿y cuándo se entiende que se verifica la entrega de los terrenos destinados a la hijuela de los indígenas? Y por fin ¿debe entenderse que esta entrega tiene lugar con carácter definitiva o que escapan de nuevo los terrenos a la administración de los colonos, cada vez que un colono abandona voluntariamente su hijuela o es privado de ella por que se ha negado a cumplir las obligaciones que le impone su contrato?

Se hace sentir, viva y urgentemente, la necesidad de poner término a la incertidumbre y a la variedad de prácticas que reinan acerca de todos esos puntos, por medio de una ley que determine la autoridad especial encargada de la administración de las tierras públicas y establezca, de la manera más completa posible, las reglas a que dicha autoridad debe ajustarse en el desempeño de su importante cometido.

En materia de tierras fiscales, la doctrina y el sistema legal se encuentra, todavía, en Chile, en el postrer período de su desarrollo y elaboración.

Se ha procedido, sin embargo, con cautela y consecuencia, avanzando paso a paso, a medida que los progresos positivos de la ocupación del territorio de los indígenas y el curso de los acontecimientos han indicado la conveniencia de nueva intervención legislativa.

Desde que la ley de 2 de julio de 1852 creó la provincia de Arauco e incorporó su territorio a la organización nacional, surgió prácticamente la delicada cuestión de la propiedad de los terrenos. El indígena, medio nómada, o reducido entonces y después por la guerra a la condición de tal, principalmente en la zona de los tenaces arribanos, vivía mediante cultivos muy reducidos y primitivos, y no se preocupaba del asunto; pero los nuevos pobladores chilenos, grandes y pequeños, comprendieron pronto que había para ellos una verdadera mina en el principio de que los indios eran los únicos dueños de las tierras, principio que nadie había sometido a la crítica y respecto del cual o habían fijado todavía sus ideas el Gobierno y los legisladores.

Fue aquella la Edad de Oro de las compras de terrenos a los indios,-contratos odiosos y funestos a la moralidad y a la existencia misma de los indígenas, contratos en que la barrica de aguardiente hizo de ordinario el papel de precio y en que hombres y familias perecieron, por vía de cancelación. Sobre esta triste base descansó el primer edificio de la propiedad particular en Arauco.

Se intentó reaccionar contra estos abusos, que arrebataron al estado tierra que alcanzarían hoy un valor de más de 10.000,000 de pesos, mediante la ley de 14 de marzo de 1853, que exigió, so pena de nulidad, para la celebración de los contratos de compra-venta o arrendamiento de terrenos pertenecientes a indígenas, la intervención de la autoridad administrativa y de representantes de los indios, impuso a los funcionarios públicos la obligación de cerciorarse de que la propiedad eran realmente del vendedor o arrendador y de que éste recibía el precio u obtenía serias garantías de pago, y ordenó que en la secretaría de la Intendencia se llevase un registro de inscripción de los contratos de venta o arriendo de terrenos de indígenas. El mismo propósito persiguió la ley de 18 de Octubre de 1855, que impuso a los poseedores de terrenos en Arauco la obligación de cerrar sus propiedades de una manera sólida y ostensible.

Si la ley de 14 de Marzo de 1853 hubiera sido aplicada por las autoridades y acatada por los habitantes chilenos en Arauco, el mal que se pretendía combatir habría quedado haciéndose sentir dentro de estrechos límites, y algunas de sus peores consecuencias habrían sido evitadas; pero, -con mengua de nuestro buen nombre y de nuestros adelantos en materia administrativa, debemos confesarlo,-ella fue letra muerta en Arauco, tan letra muerta como las Reales Cédulas de los monarcas de España que estuvieron ordenando, durante más de dos siglos, a los gobernadores de Chile que obligaran a los encomendados a soltar a los indios, y redujeran a éstos a poblaciones.

Entre tanto, las ideas iban aclarándose en las altas regiones políticas y legislativas. Nuestros hombres de Estado acababan de comprender que el principio de la propiedad indígena descansaba sobre una quimera, que los indios no cultivaban u ocupaban sino de paso muy insignificantes porciones del suelo, que sus pretensiones al dominio de los terrenos que vendían o daban en arrendamiento a los chilenos no estaban autorizadas por título alguno de adquisición o posesión, y que, en realidad, las tierras de Arauco no podían ser consideradas sino como vacantes e incorporadas en masa a la propiedad fiscal, sin perjuicio de los deberes de amparo y protección que la equidad imponía al país respecto de los pobladores indígenas.

Esta doctrina fue la que inspiró la ley de 4 de Diciembre de 1886, que introdujo un cambio completo en Arauco, proclamó, decididamente, el derecho del Estado, puso término a las obligaciones inmorales con los indios, y trazó las líneas principales del actual sistema de administración de las tierras públicas, esto es, la concesión gratuita de sitios en las nuevas poblaciones que había de fundarse al Sur del Malleco, la venta en remate público de los terrenos fiscales, y la reserva de una parte de ellos para el establecimiento de colonias de europeos y para la constitución regular y definitiva de la propiedad indígena.

Con esta ley en la mano entramos, en 1881, al riñón del antiguo Arauco y tomamos posesión definitiva del territorio. Los Gobiernos no han vacilado un momento en su aplicación, y la antigua resistencia de las autoridades locales y de la población ha sido vencida, después de largo y porfiado esfuerzo. En realidad, la ley de 26 de Diciembre de 1883, que prohíbe a los particulares adquirir, durante 10 años, a título de venta o arrendamiento, terrenos de indígenas, se halla comprendida, en principio, en la de 1886, y aparecería como una redundancia o una disposición sin sentido si no tuviera por objeto resguardar contra el antiguo abuso de los contratos de compra-venta o arrendamiento, las tierras que en 1866 mandó reservar para los indígenas y que una comisión nombrada al efecto ha entregado ya, en gran parte, en hijuelas proporcionadas al número de individuos de que consta cada reducción y al número de animales que posee cada familia.

En principio, el derecho del Estado se encuentra a cubierto de nuevas usurpaciones. hay, aun, base legal suficiente para reivindicar los terrenos que pasaron a manos de particulares en contravención a las disposiciones terminantes de la ley de 14 de marzo de 1853.

En la práctica, las cosas se presentan bajo un aspecto mucho menos favorable.

En el curso de esta relación de viaje, ha señalado ya, a la ligera, más de un peligro que amenaza la propiedad nacional en Arauco, más de una usurpación que comienza a echar raíces y que, por lo menos, dará lugar a pleitos, en que el interés del Estado es casi siempre mal atendido y de que muchas veces sale mal parado.

No estará de más que presente, antes de poner fin a este capítulo, un resumen de las observaciones que he hecho, aquí y allá, respecto de este punto:

1/ hay ocupantes de terrenos fiscales,-de algunos miles de hectáreas, por todo,-en virtud de lo que se llama *títulos colorados*, que no son otra cosa que permisos para residir y cultivar, otorgados por las autoridades militares, con el mismo derecho con que los otorgan hoy, en Victoria, el jefe de plaza o ingenieros subalternos.

Esta es la más antigua y arraigada de las diversas formas de usurpación; es una usurpación que se considera generalmente como consumada de una manera irrevocable.

2/ En el día ocupan tierras fiscales, sin ningún título, y simplemente tolerados o autorizados verbalmente, por favor especial, millares de pequeños agricultores. Como estos carecen de influencias y de medios de embarazar la acción administrativa o judicial, no hay mucho temor de que su usurpación se consolide. Sin embargo, los perjuicios que estos individuos causan son ingentes y difíciles de reparar. En fuerza de una serie no interrumpida de cosechas, empobrecen la tierra; y como nada los sujeta en un mismo lugar, cargan, en seguida, sus carretitas, se ponen en, marcha y se internan, con sus familias, perros y trastos, y en donde les viene la gana, descargan, y se preparan nuevos terrenos de siembra, poniendo fuego al bosque y destruyendo unas cuantas hectáreas, y a veces leguas, de espléndida madera de construcción.

El número de estos individuos aumenta de año en año, con los nuevos contingentes que llegan de las provincias del norte del Bío-Bío. Se introducen en todo hueco que

encuentran desocupado,-en pedazos de terrenos fiscal vacante y en hijuelas despobladas en el centro de las colonias,-y como no cierran y construyen corrales y establos, causan daños con sus animales, y se ven, a cada paso, envueltos en cuestiones judiciales y peticiones con los colonos.

3/ Al dar cuenta de mi jornada entre Nueva Imperial y Temuco, tomé ya nota de la residencia de chilenos en hijuelas entregadas a los indígenas o en terrenos ocupados por éstos sin título definitivo, so pretexto de contratos de arrendamiento, que han sido expresamente prohibidos por la ley de 20 de Enero de 1883. Algunos de estos residentes mantienen la posesión por medio de uno o más inquilinos.

En el fondo de esta situación irregular es fácil descubrir un abuso odioso, de que son víctimas los indígenas y de que estos no pueden escapar sino solicitando hijuela en otro punto y abandonando la antigua posesión a los usurpadores.

4/ Ha surgido, en época reciente, un nuevo peligro para los intereses del Estado, hacia el cual es conveniente llamar la atención del público y de la autoridad superior.

Un individuo N., de acuerdo con otro, que llamaré Z., se presenta ante el Juez de Letras en lo Civil acusando al segundo de despojo y ofreciendo probar, sumariamente, que ha estado, desde muchos años atrás, en posesión del terreno en cuestión, que en realidad, no conoce sino de vista o de oídas. El pretendido despojante Z. declara, como se puede suponer, en el sentido que conviene al autor de la querrela. Si los jueces estuvieran con los ojos bien abiertos u no procedieran sin oír previamente al representante del Fisco, la audaz intentona fracasaría, pero tengo noticia de un caso en que la querrela y aun la información rendida ante el Juez de una subdelegación lejana han sido aceptadas y en que, quizás, se ha mandado posteriormente poner al querellante en posesión del terreno, con lo cual la usurpación quedaría acaparada con un título judicial que costaría, más tarde, anular.

Se comprende que si este astuto procedimiento fuera alguna vez coronado por el éxito, encontraría imitadores, y abriría ancha brecha en la propiedad nacional.

5/ Sucede, por ultimo, que se presentan individuos alegando que se hicieron dueños de una extensión más o menos considerable de terreno, comprendiendo en los remates anteriores, en virtud de contratos de compra-venta celebrados con los indios antes de la vigencia de la ley de 4 de Diciembre de 1866, y especialmente de la de 20 de Enero de 1883.

En apoyo de estas pretensiones se exhiben documentos falsos e información de testigos sobornados. El Fisco es mal defendido, tanto porque es el Fisco, como porque sus representantes en Arauco carecen de recursos para hacer compulsar autos o movilizar testigos, y con esto, precisamente, cuentan los que se lanzan a ese camino de lucrativa aventura. Entre tanto, el asunto es serio; pérdida de estos pleitos obligaría, a la larga, al Estado a desembolsar algunos millones.

Parece llegado el caso de amparar severamente la propiedad territorial de la nación en la provincias del Sur del Bío-Bío contra la usurpación y la destrucción, en sus diversas formas más o menos audaces y salvajes, y de poner término un estado de cosas que perturba la conciencia moral y oscurece la noción del derecho hasta en las altas esferas políticas del país.

Bastará para ello que se recomiende a la oficina de tierras públicas, cuya organización es urgente, que, por medio de las autoridades que dependen de ella en el Sur, procure tomar, cuánto antes, posesión efectiva de la propiedad fiscal y terminar los litigios pendientes.

El decreto Zañartu, destinado, a evitar los cultivos ilegales, que empobrecen el suelo, y la quema de los bosques, casi a pura pérdida y con daño de la riqueza, de la salubridad y de la fertilidad de Chile, debe ser aplicado en las provincias de Malleco y Cautín, con rigor inexorable.

-¿Y el interés de nuestros cultivadores? Se preguntará.

-El interés legítimo de los grandes ha sido consultado, al organizarse, periódicamente, el remate de extensiones considerables de terreno fiscal.

Al interés de los pequeños cultivadores se hará amplia justicia ordenando al jefe de la oficina topográfica que prepare todos los años el remate de dos o trescientas hijuelas de 40 o 50 hectáreas, que pueden ser vendidas a largos plazos, con prohibición de venta, arrendamiento e hipoteca, durante los primeros diez años, y con obligación de cerrar y edificar antes del tercero o cuarto año, sin perjuicio de otras medidas de reglamentación calculada para impedir la reunión de varias de estas hijuelas bajo el dominio de un solo propietario.

Al mismo propósito concurriría una ley que permitiera dar las tierras fiscales en arrendamiento, por breves períodos, exclusivamente para crianzas y pastoreo, y sin derecho al bosque.

Es esto lo que puede, razonablemente, exigirse. Es todo lo que la justicia, la equidad y el interés por la suerte del pequeño cultivador autorizan y permiten. El uso indebido gratuito y la destrucción y el menoscabo de la propiedad nacional entrañan una usurpación que establece desigualdades y produce desmoralización.

V.-ERCILLA

Cuando salíamos de Victoria en dirección a Ercilla,-la única de las colonias que me faltaba visitar,-en el mañana del 24 de Marzo, se nos juntó un colono español de 50 a 60 años, de muy buena traza, montado en un caballo manso y gordo. Su apellido era Vicuña, y su caballo blanco, su nariz recta y el óvalo regular de su cara bondadosa me hicieron presumir que perteneciera a una rama española de la distinguida familia chilena de ese nombre.

Este individuo es oriundo de las provincias del Norte de España; y si no me engaña mi recuerdo, figuró como oficial en las filas carlistas. Llegó a Chile en Setiembre de 1883, pertenece al grupo de Colo, y se manifiesta satisfecho. Cosechó este año 41 fanegas de trigo, 16 de papas y 94 de legumbres diversas.

Una escena característica de las relaciones de vecindad en las colonias nos aguardaba a orillas del estero de Quilquilco, punto donde hay establecidas 16 familias, la mitad españolas e italianas y la mitad suizas, y según me pareció, de las peores que contiene Victoria.

Dos suizos de mal aspecto, a quienes encontramos en el camino, se presentaron a quejarse muy amargamente de los perjuicios que les causaban los chanchos del colono español Antonio Irastroza, individuo que no parece haber perdido su tiempo, pues, este año, ha cosechado 100 fanegas de trigo, 18 de papas y 13 de legumbres, y posee una existencia de 5 bueyes, 2 vacas, 3 terneros, 2 caballos y una crianza del chanchos que, a veces, ha pasado de 100.

El español no estaba en la casa, pero acudió, en su lugar, al llamamiento que se le hizo en nombre del Inspector general, su esposa, una mujer flaca, vestida de jerga, con la cabeza atada con un pañuelo, pero con la lengua terriblemente desatada. En representación de los suizos, que no entendían palabra de español, sostenía la queja y hacia frente a la española, con extraordinaria energía, un muchacho de unos doce años de edad, que llegó al teatro de la camorra montado en ancas del caballo de uno de los demandantes, en mangas de camisa y accionado, con los brazos desnudos de la raza de las montañas, cubiertos prematuramente de pelo rojizo.

La balanza de las acusaciones, las amenazas, los denuncios y las fanfarronadas estuvo inclinándose en uno y otro sentido, entre los dos adversarios de tan diversa condición, durante algunos minutos, y el agrio debate iluminó con rayos de trágica luz todo el sistema de vecindad colonial. La mujer procuraba presentar las quejas de los suizos como inspiradas por la envidia que causaba la situación próspera de Irastroza a sus vecinos pobres y flojos. “Trabajen ustedes, gritaba, háganse ricos como otros, y no tendrán por qué lamentarse”.-El muchacho suizo, a su vez, echaba en cara a la española su carácter irascible y altanero y las invasiones de sus chanchos.- Al fin, quedó convenido, o a medio convenir, que los chanchos de la valiente matrona serían mejor vigilados en lo futuro, quedando los suizos autorizados para ahuyentarlos a balazos de su hijuela.

Como motivo de la facilidad con que se expidió en español, y particularmente en español de pelea, el pequeño procurador suizo, me refirió el Inspector general que los muchachos aprenden con mucha facilidad el idioma del país y hacen en todas las colonias el papel de intérpretes en los tratos y las camorras. Como además de esto, prestan muchos servicios, y se manifiestan, en particular, muy bien dispuestos para el desempeño de cualquier comisión que les permita montar a caballo, han llegado a ser auxiliares casi indispensables para el colono, en estos primeros años de dificultades y de crisis. De aquí la

resistencia que han encontrado las diferentes tentativas que se ha hecho, de parte de la Inspección general, por mantener escuelas. Será menester que pase algún tiempo más y que la mayoría de los colonos entre decididamente a camino de prosperidad para que pueda emprenderse, con éxito seguro, la campaña de la educación y recobrase algo del tiempo perdido hasta aquí. La actitud de los franceses y de los alemanes de Quino es el primer síntoma aislado de una modificación laudable del sentimiento dominante.

En cuanto a la cuestión del idioma, me inclino a creer que, a pesar de lo que se ha hecho por reunir en una misma colonia de familias y diversas nacionalidades y diversas lenguas, ella continuará preocupando y mortificando, por mucho tiempo más, a los directores de la colonización, y no será resuelta satisfactoriamente sino cuando los que son hoy muchachos ocupen, a su tiempo, el puesto de los actuales cultivadores europeos del suelo araucano. Desde que se puso término al trabajo en medias con los chilenos, los colonos han perdido sus profesores de idiomas, y, al mismo tiempo, ha cesado para ellos la necesidad y la ocasión de chapurrear el español.

En muy mal estado encontré el camino entre Victoria y Ercilla, sobre todo a la bajada y subida de las hondas quebradas en el fondo de las cuales arrastran sus aguas de variable caudal los esteros que corren de Norte a Sur hasta juntarse con el Traguén. La barranca del Dumo la subimos a pie por senderos empinados, bajo un techo de árboles gigantescos, mientras el carruaje vacío, ayudado por dos postillones, lograba subir a la altura, después de media hora de esfuerzos casi sobrehumanos, en medio de una tempestad atronadora de gritos en inglés y en español.

La montaña araucana, con toda su grandiosa majestad y toda su aspereza, reaparece más acá de Traiguén; y no termina ya, ni entra en combinación con el llano, el prado o la colina, en la región que se extiende hasta orillas del Malleco.

Entre los postreros colonos que salieron al camino a saludar al señor Drouilly, recuerdo con gusto a un suizo del grupo de Dumo. Los antecedentes del hombre no eran de los mejores. Vino a Chile habilitado por las autoridades de su Comuna, en donde no figuraba, seguramente, entre los mejores vecinos; pero, una vez que se encontró extranjero e instalado en suelo propio, supo trabajar y guardar, y se considera ahora de dificultades y en vía de prosperidad.

Noté mucha animación en el camino de Victoria a Ercilla. El movimiento de emigración al Sur me pareció, en ese día y en esa región, más activo aun que a inmediaciones del Cautín. Eran siempre la misma gente, los mismos trastos, el mismo espectáculo. En una o dos carretitas, cargadas hasta el tope, todo el haber de la familia, muebles, cosecha, chanchos, gallinas, a veces hasta uno o dos loros de la cría del país, sin gracia ni agilidad en sus movimientos y de vos desapacible y aguda-y encaramados en la cumbre del cerro de equipaje la mujer, la suegra y chiquillos de diversas edades; y al lado de los bueyes, silencioso y adusto como el soldado vencedor como a quien se le ha impedido que se apodere de lo que consideraba legítimo botín, el jefe de la familia, regularmente vestido, alto y con el aspecto varonil y esforzado de los pequeños cultivadores del Ñuble y del Bío-Bío.

He hecho notar ya, en el curso de esta relación, que estas familias no se dirigen a la República Argentina, como han estado anunciándolo en el Norte algunos que pretenden formar capital político con las cuestiones sociales y económicas que asoman en la región del sur del Malleco. El fenómeno migratorio comienza y se detiene dentro de las Fronteras de Chile. En esta región comprende, principalmente, individuos de las provincias situadas al sur del Ñuble, a quienes atrae al territorio araucano la noticia de que encontrará allí

terrenos desocupados, en donde puede sembrar y cosechar sin pagar arriendo, lejos de las autoridades y libre de las trabas y los deberes de la vida civilizada.

Esto es, en concepto del hombre de nuestro pueblo, algo muy superior a lo que podría ofrecérsele en un país que tiene para él sus inconvenientes y temores, como las provincias argentinas.

Mas adelante, cerca del Cautín, se compone el grueso de los emigrantes de individuos que han usufructuado ya, durante algunos años, de las propiedades del Fisco, que han hecho buenas cosechas, realizado y tirado al viento regulares ganancias, que han quemado bosques, que han trabajado en medias con colonos o como huéspedes de indios, y que, desalojados, al fin y al cabo, después de porfiada resistencia, por la comisión encargada de establecer a los indígenas o por los empleados de la Colonización, se han puesto de nuevo en marcha, con tanto o tan poco equipaje como el que trajeron al pasar el Bío-Bío y el Malleco, y se dirigen al sur del Cautín en busca de terreno público libre todavía de colonos, de ingenieros u de autoridades, en donde podrán sembrar y destruir tranquilamente, durante otra serie de años.

¿Y cuál será el desenlace de esta cadena de peregrinación y aventura?

Antes de que trascorra mucho tiempo, los ingenieros del Estado y los empleados de la Colonización pasarán el Cautín y pretenderán tomar posesión de las tierras públicas.

Se repetirán, entonces, las dificultades y los conflictos que han tenido lugar al norte del Cautín, entre los representantes del derecho fiscal y los pequeños usurpadores; y los caballeros de Santiago, aficionados a hacer gala de patriotismo y de desprendimiento cristiano, a costa del país, tendrán de nuevo oportunidad para lucir sus generosos sentimientos. Pero, al fin de cuentas, los ocupantes de tierras ajenas serán empujados, una vez más, hacia el Sur, hasta que llegue el momento en que son haya ya ningún retazo de propiedad fiscal en donde sea posible proseguir la obra de destrucción que comenzó a orillas del Malleco y del Huequen.

Es seguro que, antes de que ese día de verdadera crisis para los pequeños cultivadores chilenos esté a la puerta, se habrá adoptado la medida que algunos creen de eficacísimo amparo para nuestros compatriotas. La venta de hijuelas de 40 a 50 hectáreas, a largo plazo, es un sistema que el Gobierno ha aceptado en principio y que no tardará en ser puesto en práctica. ¿Surtirá él todo el efecto que se desea? ¿Se logrará constituir, entre el indígena y el colono europeo, una clase de pequeños propietarios chilenos, bastante numerosa y con suficiente vitalidad para absorber a aquellas dos razas, asimilándose los buenos elementos, las aptitudes de ambos,-el vigor y la nobleza del indio, la inteligencia y el espíritu industrioso y económico del hombre del viejo mundo?

No tengo la satisfacción de contarme entre los que esperan mucho. De la explotación bárbara del suelo araucano y de la destrucción salvaje de una parte del bosque, el cultivador chileno de menor cuantía no ha sacado gran provecho, o más bien dicho, el provecho que ha sacado el fruto del trabajo de 50,000 hombres que no han pagado arriendo ni contribución por el uso de terrenos vírgenes, ha caído al fondo del abismo en donde desaparecen año por año tres cuartas partes de las ganancias y economías de Chile. El trago ha dado cuenta de ellas.

Son, a mi juicio, muy pocos los pequeños cultivadores del Sur que han sabido guardar la cantidad de dinero necesaria para pagar el primer dividendo y aperarse para entablar en las hijuelas de 40 hectáreas un trabajo remunerativo. Agréguese a esto la influencia de los hábitos y de las predilecciones de la vida nómada que se han desarrollado con fuerza irresistible en la clase trabajadora desde que, al lado del inquilinaje, legado del

antiguo feudalismo patriarcal, ha surgido la masa de los peones ambulantes, que pasan del campo a la ciudad, de la ciudad a las faenas del ferrocarril, a las minas y a las salitreras, dejando aquí y allí sus huesos anónimos en la fosa común o espirando en un rancho abandonado, bajo un espino en la loma o entre las yerbas a la orilla del estero, como los primeros coléricos que aparecieron y murieron en la Calera, en Limache y en Renca, trágicos tipos del *forastero*, a quienes se enterró sin saber sus nombres, pero sabiendo sí que todo su haber se reducía al poncho roto que les sirvió de mortaja.

Agréguese, todavía, al nomadismo la tiranía brutal del alcohol, y se comprenderá que la tarea de transformar al *roto* de pueblo o de desierto en propietario no es de las que se realiza de la noche a la mañana y mediante simples decretos, sino de las que demandan el esfuerzo honrado de un pueblo durante la vida de una o más generaciones.

El nomadismo y la borrachera, que se deriva naturalmente de aquello, he aquí dos causas lastimosas de inferioridad de la población chilena en la competencia de razas de que es teatro el antiguo territorio araucano. Nuestro pequeño cultivador se halla, sin duda, mejor preparado para las faenas agrícolas que la inmensa mayoría de los colonos reclutados en las calles de las grandes ciudades europeas, y a veces en peores sitios. Como hemos tenido más de una vez ocasión de decirlo, estos han hecho su aprendizaje al lado de los *medieros*, que fueron el recurso de los primeros años de las colonias. Pero, en tanto que el europeo saca partido de todo, estima el dinero por lo que le cuesta ganarlo, guarda, centavo sobre centavo, sus utilidades y les da inversión provechosa, cada chileno lleva entre pecho y espalda el corazón jactancioso y temerario de un conquistador, se halla dispuesto a tirar el dinero por la ventana por pura fanfarronada, y por añadidura bebe, y enfurecido por la bebida, busca la camorra, se siente inclinado a una cantidad de aventuras que el Código Penal no admite, desvaina el cuchillo contra su mejor camarada de la mañana, y amanece, el día después, sin familia, sin recursos, sin hogar y perseguido como animal feroz. De estas dos razas, está destinada a surgir la que economiza y es sobria o sabe gobernar su borrachera.

En sentido opuesto a esta corriente de emigración chilena a los territorios de ultra-Malleco y ultra-Cautín, se desarrolla, en menor escala, en esta época del año, un movimiento de acarreo entre las colonias primeras de la zona la montaña y el pueblo de Collipulli. Los colonos aprovechan las semanas de forzada paralización que siguen a la cosecha para ir a vender sus trigos a los molinos establecidos en aquella estación actual de término del ferrocarril o para conducir a flete carga perteneciente a otros colonos o a los habitantes chilenos de Victoria.

En esta operación, que confían frecuentemente a sus hijos de 12 a 13 años, realizan los colonos una utilidad de 50 a 60 centavos por fanega, que equivale a más de 4 a 5 pesos por carreta, en cada viaje, sin contar con el flete eventual y de vuelta y con la posibilidad de proporcionarse en Collipulli, a precio más bajo y de mejor calidad que en los pueblos inmediatos a las colonias, las mercaderías que necesitan para su propio consumo.

Al acercarnos a Ercilla, notamos los primeros preparativos y preludios del trabajo de la línea férrea,-aquí y allá un retazo de desmonte, algunos depósitos de durmientes y rieles, y excavaciones considerables. Al mismo tiempo, aparecían, de cuando en cuando, a los lados del camino, figuras siniestras de carrilanos, que nada bueno prometen por el momento para la seguridad y el buen régimen de esta parte del territorio de colonización.

El trabajo entrará en un período de actividad tan pronto como llegue al país la superestructura de hierro del gran puente sobre el Malleco y se descubra la probabilidad de establecer, dentro de un plazo más o menos breve, la comunicación directa con Collipulli.

La falta del puente impone a la empresa un recargo muy considerable de flete en el acarreo de sus materiales.

Sería de desear, entre tanto, que, en el curso del invierno y de la primavera de este año, se decidiera el gobierno a prolongar la línea hasta el Cautín, y obtuviera del Congreso la autorización y adjudicación de recursos que son necesarios, a fin de que, en el próximo verano, pudiera emprenderse la obra preliminar de desmonte, arreglo de la vía permanente y acumulación de durmientes, y se redujera así, en lo posible, el tiempo en que Quino, Quillen, Lautaro y Temuco van a quedar, para sus acarreos, en condición inferior a los demás centros de población y de colonización entre el Malleco y el Cautín.

Al acercarse, por el sur a la aldea de Ercilla, el camino sale del bosque espeso, con el cual ha habido que luchar desde Victoria, y atraviesa un llano de algunas cuerdas de extensión, en que grandes y hermosos árboles, dispuestos a cierta distancia los unos de los otros, como pro obra de un hábil artista, dejan penetrar los rayos del sol y circular el aire, y permiten realizar muy regulares cosechas. La vista abarca, bajo la bóveda naturalmente raleada de esta especie de parque araucano, un vasto horizonte, y aquí y allá, aparecen a lo lejos las primeras construcciones de los colonos.

Estrechada, todavía, en toda dirección, por esta parte del bosque, que no presenta, sin embargo, mucho obstáculo para el ensanche del pueblo, se ve la pintoresca aldea de Ercilla, predilecta de la región de la montaña y hacia la cual comienzan a dirigirse las miradas de las familias del Norte. Se compone de una sola calle, en dirección de Sur a Norte, que termina a orillas del Huequen y en mitad de la cual se halla la plaza. En la falda de una colina coronada de bosque, en la ribera norte del río, está situado el hotel, edificio vistoso, pintado de plomo, perteneciente a un colono francés cuya hijuela comienza en ese punto.

Se notaba en la población mucho movimiento, -en parte sin duda, por efecto de los preparativos de la empresa constructora del ferrocarril y la llegada de las primeras cuadrillas de peones, y en parte porque los colonos habían acudido, desde la mañana, en número considerable, a aguardar al Inspector general. Pero más que esta actividad ficticia me sorprendió y agradó la cantidad de los edificios en construcción y el esmero que se gasta en la ejecución de estos trabajos. Casa con sólida enmaderación de roble rellena con adobillo o ladrillo de muy buena calidad, y a punto de terminar, se levantaban en los pocos claros que quedaba por ocupar en la plaza y a inmediaciones del Huequen. Supe que una de ellas pertenecía al conocido vecino de Santiago, don Francisco Guerra, y parece que no es este el único habitante de las provincias del Norte que ha pensado en adquirir una elegante residencia de verano en este claro encantador de la montaña araucana.

Los colonos, por su parte, no se duermen. No menos de seis o siete de ellos, que ganan mucho dinero como artesanos, han construido y siguen construyendo en el pueblo casa de habitación grandes y cómodas, y han dado en medias sus hijuelas. Llama la atención, en la plaza, una de estas viviendas de colono, con su frente de dos pisos adornado con gusto y completamente pintado, con sus celosías verdes y sus ventanas provistas de cortinas blancas. Al lado de ellas está, al concluir, otra, también de altos, que no irá en zaga a la anterior, sobre todo si su dueño se decide a pintar, como el vecino. En general, se persigue una economía mal entendida en este ramo, y se deja la madera de las construcciones expuestas a la acción destructora del sol y de la lluvia. En cambio, se techa con linda teja plana, que vale hasta 18 pesos por millar, con teja de la forma conocida en Chile, cuyo precio es igual al de la plana, y con zinc acanalado de primera calidad.

hay establecidas en Ercilla,-colonia que, si no estoy equivocado, fue llamada, al principio, Huequen, - 97 familias de las diversas nacionalidades representadas en el territorio de colonización, con 410 individuos. La mayor parte de ellas llegaron al país en 1884. no faltan, tampoco, colonos de 1883.

La fundación del pueblo ha abierto una fuente de entradas muy considerable para los artesanos, que representan, a lo menos y tomando en cuenta sus propias declaraciones, un 50% de la población de la colonia. Naturalmente, esta circunstancia no influirá favorablemente en el progreso de los cultivos, y durante la visita a la colonia tuve ocasión de convencerme de que la proximidad de las poblaciones tiene, todavía, otros peligros y otros inconvenientes, sobre todo durante el período de la crisis de aclimatación.

Presentaré algunas cifras que permiten formar idea cabal de la situación de Ercilla.

La cosecha total de los colonos fue, en 1887, de 4,153 hectolitros de trigo, 3,418 de papas, 52 de legumbres y 66 de cebada.

La siembra ha sido, según el último estado, de 507 fanegas de trigo, 485 de papas, 90 de legumbres y 5 1/3 de cebada.

La existencia de animales y aves, en la misma época, era de 218 bueyes, 163 vacas, 158 terneros, 82 caballos, 352 cerdos y 2,187 aves.

No tengo, al escribir esta relación, los documentos necesarios para formar un pequeño cuadro de comparación entre las cifras de 1887 y las de 1886. me limitaré a deducir lo que corresponde, en término medio, a cada familia, en el movimiento industrial y la existencia de 1887.

Ha cosechado, según las cifras anteriores, cada colono más de 41 fanegas de trigo, más de 34 fanegas de papas, más de 1/2 fanega de legumbres y 2/3 fanega de cebada.

Ha sembrado cada colono más de 5 fanegas de trigo, 5 de papas, cerca de una fanega de legumbres y 1/2 almud de cebada.

Corresponden por fin, a cada colono más de dos bueyes, que son del Estado, y además, en propiedad, casi dos vacas y dos terneros, de 3 a 4 chanchos y 22 aves caseras. Son pocos los que no tienen caballos.

La dirección de la colonia está confiada a un antiguo oficial de granadero, señor Osorio, hombre serio y estimable, a quien acompaña, desde el último verano, su esposa, una señorita de la respetable familia Lois de Talca.

El cargo de subdelegado era desempeñado por un joven oficial de húsares, jefe de un piquete que cubría la guarnición del pueblo.

Con la aparición de los carrilanos, la criminalidad había aumentado, y comenzaban a ser frecuentes los denuncios y las quejas por hurtos y salteos. Iba aumentando, también, el expendio de licores; y como se carecía completamente de elementos para mantener el orden y amparar las vidas u las propiedades, se experimentaba inquietudes respecto del porvenir.

Casi la mitad de los jefes de familia de la colonia se encontraban en Ercilla, el día de nuestra llegada. El esmero de sus trajes y las figuras de la mayor parte de ellos me impresionaron favorablemente; pero no tardé en conocer que habían pasado muchas horas en los despachos y que no encontraban en estado de comunicar datos o de conversar razonablemente. Un gran grupo y un tumulto poco respetuoso de voces se formó frente a la puerta de la oficina, en torno del Inspector general, que soportó el desorden con paciencia ejemplar. Las más absurdas reclamaciones eran formuladas, y como se pretendería hacer comprender a uno de los más exaltados que su exigencia era inadmisibile, declaró insolentemente, en mi presencia, que denunciaría a la Francia y a su representante la mala

fe del Gobierno de Chile en ninguna de las otras colonias había tenido yo la desgracia de presenciar un espectáculo de tal naturaleza.

En la mañana siguiente, con las cabezas refrescadas por el sueño y por un temporal de viento y agua semejante al que se descargó, dos noches antes, sobre nuestro alojamiento de Quillen, los inquietos cultivadores de Ercilla pudieron despachar sus asuntos con menos palabras y con menos bochinche que en la tarde anterior. Debo agregar, sin embargo, que no volví a ver a los que me habían dado que hacer con sus impertinencias y que, en cambio, se presentaron otros que, el primer día, no pudieron o no quisieron moverse de sus hijuelas.

Prescindiendo de la viva impresión de desagrado que dejó en mi ánimo el incidente que dejo referido, formé idea favorable de la situación de Ercilla. La gente trabaja, en las hijuelas y en el pueblo, y se manifiesta satisfecha con su suerte y muy preocupada del porvenir industrial de la localidad. Se pensaba en el establecimiento de una fábrica de aceite, y era grande el número de los que se proponían hacer venir de Europa deudos o amigos, ofreciéndose a pagarles el pasaje, si fuere necesario.

Obtuve los siguientes datos de los colonos con quienes conversé en la mañana:

J. Kaesermann llegó a Chile en abril de 1884. Cosechó, este año, 32 fanegas de trigo, 60 de papas y 10 de legumbres. Además, de los bueyes del Fisco, posee una vaca, 2 terneros, un caballo y 1 chanco. Ha sembrado 5 fanegas de trigo, 8 de papas y 1 $\frac{1}{3}$ de legumbres.

El suizo H. Etique, colono de Diciembre de 1883, se halla al frente de un productivo negocio de fabricación de teja, y su cosecha de este año ha sido de 140 fanegas de trigo, 110 de papas y 10 de legumbres, de superior calidad.- Además de los bueyes fiscales, tiene 3 propios y 3 vacas, 4 terneros, 1 caballo y 6 chanchos. Ha construido linda casa, y su siembra ha sido de 12 fanegas de trigo, 10 de papas y 1 de legumbres.

Otro suizo de la misma época que el anterior, Desvaíd, desea venir a su esposa e hijos, que quedaron en Europa, y cuenta con los recursos necesarios para ello. Cosechó este año 65 fanegas de trigo, 70 de papas y 12 de legumbres. Es dueño de 3 vacas, 2 terneros y un caballo, y ha sembrado ocho fanegas de trigo, 9 de papas y 1 $\frac{1}{4}$ de legumbres.

Dos alemanes llamados Seiffert, tío y sobrino, me hicieron buena impresión por su aspecto y modales. Han cosechado, por primera vez, este año, de una siembra hecha tarde y sin preparar la tierra, 26 fanegas de trigo, a las que se agregaron 10, que recibieron por uso de terreno. recogieron, además, 30 fanegas de papas, y 3 $\frac{1}{2}$ de legumbres. Son dueños de 3 vacas, 4 terneros, 2 caballos y 3 chanchos; y siguen dando comodidades a la casa provisional en que viven.

Figura, desde 1883, entre los colonos de Ercilla, un chileno apellidado Cañete, que ha cosechado, este año, 100 fanegas de trigo, 48 de papas y 12 de legumbres, y es dueño de 2 vacas, 2 terneros, 1 caballo y 4 chanchos. Ha sembrado 9 fanegas de trigo, 4 de papas y 1 de legumbres.

La cosecha de Ercilla, en 1887, ha sido la del alemán E. Harbert, que llegó recién a la colonia en Marzo de 1886, y no tuvo, por consiguiente, tiempo para preparar tierra. recogió, sin embargo, 180 fanegas de trigo, 110 de papas, y 15 de legumbres. Posee, en propiedad, fuera de los bueyes del Fisco, 4 vacas, 3 terneros, 2 caballos, 12 chanchos y 80 aves, y ha sembrado 12 fanegas de trigo, 11 de papas y 3 de legumbres. Se comprende que trajo algún pequeño capital, que le ha permitido trabajar con buen resultado.

Entre las siembras más considerables de este año en Ercilla, figuran las del alemán G. Müller, colono de 1884 (12 fanegas de trigo, 10 de papas y 3 de legumbres), la del suizo Crochet, del mismo año, (20 de trigo, 4 de papas y 4 de legumbres), la del suizo Baer,

también de 1884 (22 fanegas de trigo y 6 de papas) y las de algunos de los colonos de quienes he hecho antes mención.

Buena existencia de animales es la del colono italiano E. Massera, de Enero de 1884. es dueño de 4 bueyes, fuera de los dos del estado, de 9 vacas, 6 terneros, 5 caballos y 7 chanchos. En Ercilla, y en general, en todo el territorio de colonización, en donde rara vez se ve en poder de extranjeros vacunos de mediana calidad, hay que avaluar esos animales de esta manera: la yunta de bueyes, de 100 a 200 pesos, la vaca parida en 50 pesos, la seca en 35, y un caballo de regular calidad en 25.

-Se habrá visto, por algunas de las cifras de más arriba, que, a pesar de la sequedad sin precedente del verano último, la papa se ha producido en Ercilla en buena cantidad y generalmente de calidad superior. Este cultivo ha sido, desde el primer año, uno de los principales recursos de la colonia. Más de uno ha salido de dificultades gracias a una cosecha de 150 a 200 fanegas de papas, que ha podido realizar, en invierno, a 3 pesos fanegas de papas, que ha podido realizar, en invierno, a 3 pesos fanega. En la época en que visité a Ercilla, el precio corriente era de dos pesos.

-Los colonos venden la mantequilla para el consumo del pueblo a 40 centavos libra en verano y a 60 centavos en invierno.

-Se hace sentir en el lugar la necesidad de autoridades administrativas y judiciales capaces de resistir a la invasión de los carrilanos. Durante el invierno, el malestar que se ha pronunciado se agravará seguramente, y ejercerá una influencia muy perniciosa en el desarrollo de la colonia. Todavía es probable que, con el mayor empuje que la compañía constructora dará a sus trabajos de Noviembre a Diciembre próximos, aumentará la peonada, y por efecto de esto la venta de licor y el número de delitos contra las personas y las propiedades. Si no se organiza con tiempo la resistencia, Ercilla verá días amargos, y si naciente prosperidad se resentirá de ello.

-Es de esperar, por otro lado, que el movimiento que se ha pronunciado en las altas esferas gubernativas y parlamentaria del país, a favor de la instrucción pública, alcance a estos lugares, donde los hijos de tres razas de cultivadores están creciendo en completo abandono; de lo cual puede muy bien resultar que la nueva generación que se forma, en vez de alcanzar al nivel de la más adelantada de esas razas, baje al de la más inculta. Especialmente en Ercilla sería fácil sostener en un pié regular de existencia una escuela de hombres y otra de mujeres; entre los colonos conocí uno llamado F. Guffron, que ha sido, si no recuerdo mal, institutor en Francia y que estaría dispuesto a servir aquí en calidad de tal.

-La raza que fue, durante siglos, señora del territorio al sur del Bío-Bío se halla representada, en las inmediaciones de Ercilla, por algunos caciques, sus familias y mocetones. A este punto acuden, también, a renovar sus provisiones y a entablar sus quejas contra las persecuciones y vejaciones de ciertos subalternos los pehuenches que se asilaron en Chile, huyendo de las tropas argentinas que barrieron la pampa hasta el río Negro, y a quienes mantiene nuestro Gobierno en el valle de Lonquimay.

Un cacique de esta reducción, llamado Lluco, fue recibido por el Inspector general de colonias, y expuso sus quejas con la solemnidad, la minuciosidad y las interminables repeticiones que son propias de la oratoria indígena. Involuntariamente, me sentí dominado por la simpatía y la admiración en presencia de ese hombre alto, flaco, oscuro, que hablaba con melancólica gravedad y con noble y desembarazado gesto. Es probable que no fuera más industrioso y activo que la mayor parte de los indígenas de Chile. Entretanto, el sol de la independencia de Arauco formaba, con sus postreros resplandores, una aureola en torno

de la cabeza, envuelta en el tradicional pañuelo de algodón colorado, de este elocuente y majestuoso representante de la raza cobriza Sud-americana.

No figura Ercilla en el cuadro de distancia entre las poblaciones araucanas que tengo en mi poder. Presumo que se halla en la mitad del camino entre Victoria y Collipulli, que es de 32 kilómetros, y que dista, por consiguiente, 16 kilómetros de cada una de esas poblaciones.

VIII DE ERCILLA A ANGOL

Al Norte de Ercilla, el bosque frondoso, que ha formado techo sobre nuestras cabezas o ha cerrado el horizonte, a poca distancia del camino, a guisa de gigantesco muro verde oscuro, desde la vega de Cautín, cesa poco a poco, y comienza a desarrollarse, a nuestra izquierda, a medida que nos acercamos al Malleco, una serie de colinas suaves y una vasta y abierta perspectiva.

Allí, también, nos despedimos del territorio de colonización. Las postreras casas de colonos, -que son, por la inversa, las primeras que tiene a la vista el viajero del Norte que se interna en Arauco por la zona de la montaña, -distan poco de Ercilla. No volveré a asistir al espectáculo de una lucha de dos o tres años y de una victoria más o menos asegurada, que representa cada una de las habitaciones de los europeos avecindados en esta interesante región. En tres o cuatro años más, centenares de buenos edificios, en Ercilla y sus inmediaciones, anunciarán la prosperidad general y la feliz solución de lo que, hoy mismo; deja de ser problema para el que se acerca a él y se da cuenta del camino recorrido y de los elementos de progreso que se hallan en acción.

Durante un buen trecho, que la idea del peligro hace parecer mucho más largo, el camino trepa una dura cuesta, al borde de una alta barranca boscosa, en el fondo de la cual se precipita, de salto en salto, con glorioso estruendo, uno de los esteros que recogen las aguas de la región de la montaña, que se extiende hacia nuestra derecha y a la cual atribuyo todo el encanto misterioso que es propio de lo desconocido y propio de la selva virgen de Chile.

Tenemos, al fin, a la vista el Malleco, con su rica vega, estrecha en la parte en que el camino se acerca a ella por primera vez, pero que ensancha, a medida que avanzamos al Poniente, resguardada por altísimas riberas. Hacia el Norte, centellean los techos de Collipulli, bañados por los suaves rayos del sol de otoño, sobre la cumbre de una de las colinas de ese lado. Los contornos de la famosa línea del Malleco, débil posición y tan mal defendida como naturalmente débil, van dibujándose poco a poco a la distancia.

Pasamos el río por un puente de madera tendido sobre él frente a Collipulli, en donde se cobra peaje, a razón de 20 centavos por los coches y de 3 por las carretitas. Subimos, en seguida, con dificultad, a la altura sobre la cual está edificado Collipulli, y nos dirigimos a visitar los trabajos del gran puente del Malleco.

Dos poderosos machones, construido de enormes trozos de piedra, se elevaban ya sobre el nivel de las aguas del río, en medio de altos y fuertes andamios y de un complicado mecanismo destinado a facilitar el trabajo. Una máquina a vapor mantenía en constante movimiento los aparatos para extraer el agua de los cimientos y para elevar y bajar piedras, y el agua necesaria para la albañilería y la bebida era conducida por una cañería que bajaba de la colina.

Se asegura que en el dibujo de esta obra monumental, que será, en su género, una de las más considerables del mundo, por la altura y el largo, se ha adoptado todas las medidas de precaución que aconseja la catástrofe ocurrida en el puente del Tay, que fue derribado, hace pocos años, por un terrible huracán, en los momentos que lo atravesaba un tren de pasajeros. Se ha dado a los machones y a la superestructura de fierro, cuya llegada se aguarda en poco tiempo más, extraordinaria solidez, y se ha trazado el puente de tal manera que los vientos reinantes no puedan tomar de costado la poderosa construcción.

Pude ver allí completamente justificados los temores que me habían asaltado antes respecto del porvenir agrícola de una parte de estas comarcas. Al norte del Malleco, el sistema codicioso e imprudente de explotación de la tierra ha producido sus naturales consecuencias; -el empobrecimiento del suelo ha llegado a tal extremo que la cizaña ahoga las plantas útiles, en grandes extensiones de campo. El deshacerse de las propiedades va cundiendo, y es posible que algunos logren su objeto, con perjuicio de incautos y crédulos de las provincias del Norte. En realidad, la mayor parte de estos fundos, en donde se ha forzado la producción del suelo, sin preocuparse del porvenir y sin devolverle sus fuerzas de una manera u otra, no van a tener, durante una serie de años, otro destino que la ovejería.

A nuestra izquierda van quedado, en una y otra ribera del Malleco, los fuertes y establecimientos militares de la antigua línea de Frontera;-en la ribera del Norte, Mariluán, y en la del Sur, frente a Mariluán, Chihuahua, y más al Poniente, Lolenco. La pacificación de la Araucanía ha hecho surgir más al Sur, en el riñón de la tierra rebelde, media docena o más de poblaciones activas y florecientes; la vida que brota a torrentes en torno de ellas se ha retirado de las que debieron su fortuna al antiguo orden de cosas y al estado de guerra permanente, a orillas del Malleco. Solamente Collipulli ha conseguido pasar con felicidad a la nueva era de paz y de civilización.

Se experimenta verdadero alivio, desde que se presenta, de nuevo a la vista, ancha y rebosando de verdura, vegetación y riqueza, la vega del Malleco. Después de las colinas monótonas, esterilizadas y solitarias, que afligen y enferman el ánimo por lo que son hoy, por lo que fueron hace veinte años, y por la idea de toda la rapacidad feroz, de toda la imprevisión y de toda la indolencia que han sido necesarias para arrebatarse a ese suelo privilegiado su fuerza productora, el espectáculo de los campos sometidos a cultivo juicioso y a irrigación artificial, de los prados de trébol y hasta de las plantaciones del triste e inútil eucalipto me produjo el efecto de un encuentro inesperado de viejos y queridos amigos. El señor Tirso Rodríguez, hermano del escritor y diputado conservador de este apellido, ha construido, en esta risueña y fértil campiña, la casa de habitación de su hacienda, precisamente en el punto en donde el camino a Angol pasa a la ribera sur de Malleco.

Una parte de esta hermosa vega fue destinada, hace cosa de veinte años, por decreto del Supremo Gobierno, a servir de asiento a un ensayo de colonia nacional; y es indudable que, si una empresa de esta naturaleza pudo tener buen resultado en el Sur, esa habría sido la que se mandó fundar en este lugar, cien veces superior a todas las que comprenden los territorios de colonización, desde el Traiguén hasta el golfo de Reloncaví.

Sería labor perdida echarse a buscar en la vega del Malleco las huellas de la primera colonia nacional, como habría cruel injusticia en achacar a los malos hábitos o al espíritu inquieto de nuestros pequeños cultivadores el fracaso de la bien intencionada tentativa. El hecho es que la colonia quedó reducida a decreto y a plano, lo que no impidió que las tierras salieran de poder del Estado. Solicitantes de hijuelas hubo en gran número; infortunadamente, fueron palos blancos, tras de los cuales se escondían, para aparecer oportunamente, tres o cuatro individuos autores de la indecente tramoya.

Durante casi toda esta jornada, el camino que recorrimos fue firme y parejo, y un fresco viento del Sur sopló sin cesar, y nos libró de las ligeras nubes de polvo que alcanzaban a levantarse del suelo cascajoso. La cosa cambió completamente de aspecto, una vez que entramos a un largo callejón que conduce de la vega del Malleco al Huequen, y de aquí a Angol.

En todo el Sur, quizás en todo Chile, no existe un lugar más mortificante que este para el viajero. En invierno, el callejón debe ser un inmenso barril. En verano, es un colchón de tierra delgada, en donde el suelo firme se halla, a trechos, a medio metro de profundidad, y en donde hay que avanzar paso a paso y con el mayor cuidado, sufriendo, uno tras otro, sacudimientos terribles, y pudiendo apenas respirar al través de la nube de polvo que envuelve el carruaje e impide reconocer los objetos a pocos pasos de distancia.

Como espectros grises vimos pasar los edificios de la aldea de Huequen, situada a orillas del río de este nombre, el mismo que corre al frente del Hotel de Ercilla, y que va a caer al Malleco, a dos o tres kilómetros al Norte del interminable callejón.

En lo peor de éste encontramos un individuo entrado en años, de barba larga y de rudo aspecto, que venia de Angol, marchando pausadamente al lado de su carretilla, que los bueyes arrastraban con dificultad, a pesar de que la carga se reducía a un pequeño baúl de madera pintada, al arado americano y al barril de clavos con que habilita la Inspección General a los colonos que se dirigen al interior a tomar posesión de sus hijuelas. Era este sujeto el llamado Mr. Stokes, antiguo cultivador de Australia y actualmente establecido en Ercilla. El infeliz venia, sin duda, espantado y abrumado en aquel camino sin igual. No habló de otra cosa, durante los momentos que permaneció al lado de nuestro carruaje.

Por fin, al cabo de más de una hora de lucha y de fatiga, una que otra casa de campo apareció al lado del camino, con lindos potreros de alfalfa y trébol a la espalda y con los montones de la cosecha a uno y otro lado. En seguida, los edificios modestos de un arrabal, el puente del Regüe, las calles de Angol. En un instante más, pisábamos el hospitalario umbral de la casa del Inspector General de colonias, y nos dirigíamos a sacudir, en nuestros respectivos aposentos, la capa espesa de polvo que nos cubría el rostro y los vestidos, consolidándonos siquiera de las molestias de la postrera jornada con la noticia de que habíamos llegado antes del tren que partió de Collipulli a las 12:15 del día.

En la mesa y en el salón del Inspector General de las Colonias, se reunieron, esa noche, algunos de los principales funcionarios civiles y militares de Angol,-mi antiguo y estimado amigo de la campaña del Norte, el Comandante Salvo, Jefe de estado Mayor, que, durante la ausencia del Coronel Gorostiaga, desempeñaba las funciones de éste; el Juez de Letras recién nombrado para Temuco, don Emiliano Fuentes, y el protector de indígenas, don Tomas Romero, a quien he tenido ya ocasión de consagrar amistoso recuerdo en el curso de estos rápidos apuntes.

Todos estos inteligentes y animosos obreros de vanguardia de la civilización de Chile se hallaban en vísperas de trasladar su domicilio a los pueblos de más al Sur. Fuentes, Romero y el mismo Comandante Salvo, en caso de que se acordara mantener la organización del ejército en Arauco en el pié de lo últimos años, irían a Temuco. En cuento a los funcionarios de la Inspección General de Colonias,-el señor M. Drouilly y el estimable contador señor MacVicar,-se creía, entonces, que habrían de trasladarse a Traiguén, y se agregaba que el edificio que ocupaban ellos en Angol sería destinado al liceo de la provincia.

La proximidad de estos cambios y la conciencia del importante encargo de establecer y hacer arraigar el régimen administrativo en la región ante cuyos umbrales se detuvieron, durante más de tres siglos, nuestros antepasados de la época colonial y de la época republicana, hacían vibrar cuerdas de varonil resolución y juvenil esperanza en la conversación de este grupo compuesto de algunos de nuestros mejores representantes en el Sur, parecía que sentían estremecerse en sus manos la cadena de la cultura nacional, que les tocaba eslabonar, después de tan larga interrupción.

Las horas que pasé entre ellos fueron las últimas de mi visita al antiguo territorio araucano. El tren expreso de la madrugada siguiente me conducía a un mundo de más modernas y ardientes preocupaciones, en donde aguardaban la postrera mano los preparativos de otra jornada más larga y accidentada y de más remoto y más oscuro término.

En los ocho días de nuestra campaña de las colonias, dimos una vuelta redonda. Partimos de Angol, con rumbo al sur, y mantuvimos esta dirección hasta Cholchol. De aquí, caminamos al Suroeste hasta Nueva Imperial, y de Nueva Imperial a Temuco, al Oriente. Volvimos de aquí, con dirección al Noroeste, hasta Lautaro; al Norte, de Lautaro hasta Ercilla, para inclinarnos aquí al Noroeste hasta Collipulli, y concluir con la marcha al Poniente, de Collipulli a Angol.

La distancia recorrida fue la siguiente:

	Kilómetros
En ferrocarril de Angol a los Sauces	34
En carruaje de Sauces a Traiguén	38
De Traiguén a Galvarino	33
De Galvarino a Nueva Imperial	54
De Nueva Imperial a Temuco	30
De Temuco a Quillen	55
De Quillen a Victoria	55
De Victoria a Ercilla	16
De Ercilla a Angol, por Collipulli	50
Total: kilómetros	365

Los pocos días que pude consagrar al estudio de las colonias fueron aprovechados escrupulosamente. Visité todos los puntos en donde hay población europea establecida, menos en Purén y Contulmo, que son insignificantes por el número de pobladores y el desarrollo de los cultivos, y Quechereguas, muchos de cuyos vecinos vinieron a Traiguén. Y en todas partes, aproveché cuanta oportunidad se me presentó para interrogar a los colonos y conocer su situación, la historia de su instalación y sus necesidades y quejas.

No conozco, en mi país alguno de América, colonias de europeos que hayan surgido, desde la primera hora, sin inconvenientes, sin alternativas y sin luchas. Nuestra colonia alemana de Llanquihue, tan próspera actualmente, no vino a dar frutos sino al cabo de más de veinte años. En el Perú, en el Brasil, en la Argentina, el país esencialmente colonizador, los establecimientos coloniales han tenido que pasar por durísima prueba, a que muchos de ellos no han resistido. A la crisis de la aclimatación no se sustrae nadie, -individuo o agrupamiento de individuos.

Ahora bien; de lo que vi y oí, en nuestras nuevas colonias, resulta que los días más difíciles pasaron,-que hay en la mayor parte de ellas cierto número de individuos, con tres años de residencia, regularmente instalados y en franco camino de prosperidad, que sirven a los demás de estímulo y ejemplo- y que los colonos comienzan a preocuparse seriamente de asuntos de interés general, del mejoramiento de los cultivos y de la plantación de industrias relacionadas con la agricultura. Los individuos que lleguen ahora a establecerse en las

colonias encontrarán, por consiguiente, en los núcleos ya consolidados, un apoyo con que no contaron los fundadores de aquellos.

Si a esta circunstancia se agrega el aumento general de la población en Malleco y Cautín, el rápido progreso de las ciudades y la terminación próxima de las líneas férreas, que recorrerán, de Norte a Sur, los dos valles principales, se comprenderá que las colonias cuentan con elementos suficientes para mantenerse y desarrollarse. Los elementos de inteligencia, de industria y de capital que se logre allegar a los que ya existen en el territorio contribuirán a impulsar la marcha progresiva de la zona colonizada, a darle nuevo ensanche, a ambas orillas del Cautín, y a abreviar el plazo que nos separa todavía del momento en que el país y el Gobierno verán recompensados con usura los sacrificios hechos por aclimatar población, cultivos y hábitos europeos en la antigua Araucanía.